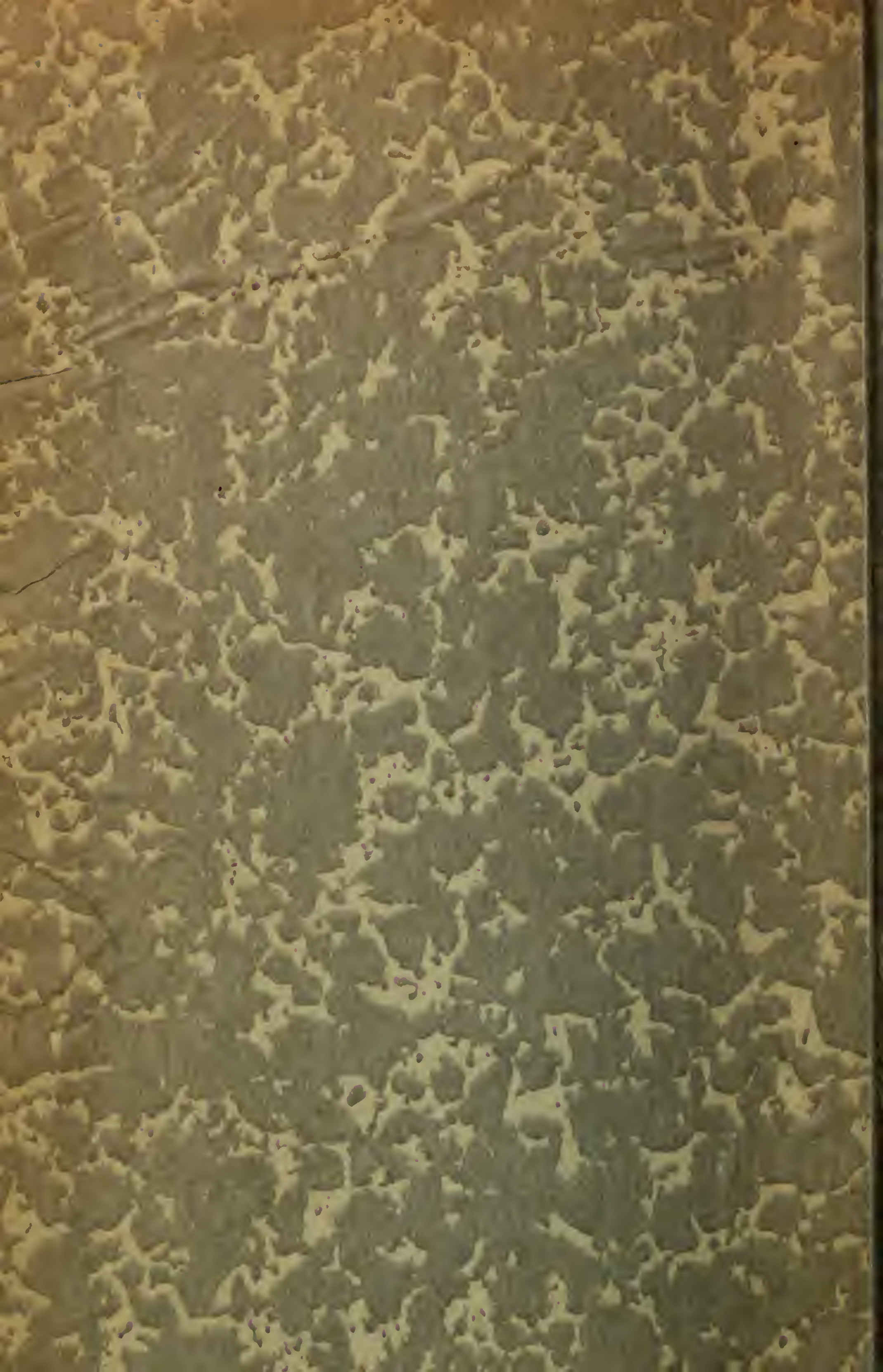

3 1761 07802996 4





TOBILLERAS

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

JOAQUÍN BELDA

TOBILLERAS

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4, MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (3.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
Saldo de almas (3.ª edición).
La Farándula (4.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (7.ª edición).
Una mancha de sangre (3.ª edición).
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (3.ª edición).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico. (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (3.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición).
El Compadrito.

EN COLABORACIÓN

CON LUIS ANTÓN DEL OLMET

¡Usted es Ortiz! (Narraciones para el tren, la playa y la siesta.)

«No pueden contraer matrimonio:

1.° Los varones menores de catorce años cumplidos y las hembras menores de doce, también cumplidos.

Se tendrá, no obstante, por revalidado *ipso facto*, y sin necesidad de declaración expresa, el matrimonio contraído por impúberes, si un día después de llegar a la pubertad legal hubiesen vivido juntos sin haber reclamado en juicio contra su validez, o si la mujer hubiera concebido antes de la pubertad legal o de haberse entablado la reclamación...»

(Código Civil vigente, art. 83.)

Lolín marchaba casi a tientas por el pasillo larguísimo, que era como la espina central de la casa. De día y de noche reinaba en él la misma obscuridad: el sol no llegaba nunca hasta allí, y la única bombilla anémica que pretendía alumbrarlo, sólo servía para hacer más visibles las tinieblas. ¡Perdón por el contrasentido!

Eran las dos de la madrugada, y en la casa dormía todo el mundo: don Jacinto, padre y jefe de la familia; los hermanitos pequeños, la criada, y doña Adela, esposa y madre; es decir, esta última hacía algo más que dormir. ¡Roncaba! Y sus ronquidos, tan estrepitosos como acompasados, retumbaban en el corredor cual aullidos de la sirena de un buque en el seno de la niebla.

La pequeña había llegado del cine despues de la media noche, y ahora se dirigía a la cocina para beber un vaso de agua antes de meterse en el lecho. A la puerta de la estancia culinaria dió un suspiro, mientras tanteaba en

la madera buscando el picaporte; el suspiro era de pena y de nostalgia, ya que desde tiempo inmemorial hemos quedado los novelistas en que no todos los suspiros son iguales.

¿Por qué suspiraba Lolín tan a deshora y ante la puerta que daba acceso al fogón? Sencillamente para llorar sin lágrimas la ausencia del bien perdido.

Digámoslo pronto para que el lector no se dé a la malicia: el bien perdido era un gato, un monísimo gato gris-acero, ágil, mimoso, vivaracho, con ojos de esmeralda, que hubiera hecho las delicias de Poe y de cualquiera de estos literatos modernos, para los cuales el enemigo de los ratones es algo tan pedante y ultratelúrico como un socio del Ateneo.

El felino, gloria de la casa y amor de Lolín, había desaparecido del hogar hacía tres días: la de hoy era la tercera noche que pasaba fuera de él, pues inútiles habían resultado cuantas pesquisas se hicieron por la vecindad para averiguar el paradero del morrongo. Aquella noche, la pequeña, durante la cena de la familia, había tratado de convencer a don Jacinto para que anunciase la pérdida en los periódicos, ofreciendo al que devolviese al animalito una buena gratificación; pero el padre negóse a ello ante el temor de que cada habitante de

Madrid, dueño de un gato, se presentase desde el día siguiente en aquel segundo derecha de la calle de Juanelo, después de haber teñido de gris-acero al minino de su pertenencia.

¡Pobre *Lombroso!* El gato se llamaba así, y a Lolín parecíale que su vida estaba incompleta, que había en ella un vacío desde que al volver de la calle en compañía de mamá o de los hermanos no podía tomar en sus brazos al animalito, rodeárselo al cuello como si fuera un boa, acercar a la suya la boquita armada de unos bigotes que parecían pinceles, o convertirlo en una pelota y metérselo entre el es cote de la blusa.

Pero, ¡qué se le iba a hacer! Aquello se había acabado: en esta tercera noche, la chiquilla sintió ese primer amago de resignación que es como la avanzada del olvido en su lucha con el cariño de lo que se perdió.

Lolín Muro era una criatura de trece años, acaso un poco alta para su edad, de cuerpo sin formas aún, y toda ella rubia, desde el pelo, que era como una madeja de oro, hasta los labios, que, más que encarnados, eran de un rosa pálido casi amarillo; la piel era de marfil, recubierta de esa suave pelusilla de melocotón que parece ser la coraza de las rubias. Si dentro de aquel cuerpo había sangre, lo que es al

exterior no se manifestaba. Sólo una cosa negra había en él, de un negro carbón, de una obscuridad nocturna: los ojos, dos cuentas de azabache, con el doble cerco, también negrísimo, de cejas y pestañas, que parecían pintadas por un hábil maestro del tocador.

¿Era guapa Lolín? Era mucho más que eso: era soberbiamente rara y atrayente, de ese feo diabólico que han ostentado en la faz todas las grandes heroínas de la Historia, desde la Dubarry a *la Cachavera*.

Pero aún más que de ordinario fué raro el rostro que puso ahora al dar vuelta al interruptor de la luz de la cocina. Sobre una silla, que entre el fogón y una mesa de madera había, estaba *Lombroso*, el fugitivo y calaverón *Lombroso*, en la postura favorita de los leones del Congreso. Por lo visto, como todos los juerguistas, al cansarse de correrla habia vuelto al hogar, y saboreaba con mayor agrado sus delicias.

La pequeña creyó al principio en una alucinación, pero tal creencia errónea duró poco: el gato empezó a mayar, y la niña lo tomó en sus brazos como una madre que vuelve a encontrar sano a su hijo después de un paseo por los altos de Maudes.

Se olvidó de beber agua, se olvidó de apagar

la luz y fuése corriendo a su alcoba llevando contra el seno al hijo pródigo. La alcoba de Lolín era una estancia algo mayor que una caja de galletas, que lindaba con el comedor por un lado, y por el otro con el cuarto de la criada. En ella había una cama, un lavabo, un armarito y dos sillas.

No tuvo que desnudarse, porque cuando salió al pasillo sólo llevaba sobre su cuerpo una camisita de tela de cebolla que, por el tamaño, parecía fabricada con el exclusivo objeto de tapar el ombligo de su dueña. Dejó al minino sobre una de las sillas, mientras rezaba los tres *Padrenuestros* con que diariamente se despedía de San Antonio—*mi novio*, le llamaba ella—al acostarse. Después volvió a cogerlo, apagó la luz y se metió con él en la cama.

Aquella noche Lolín durmió con *Lombroso*. En su casta doncellez de niña buena, era la primera vez que se acostaba con alguien.

Al día siguiente, cuando Engracia, la criada de Lolín, se puso a arreglar el dormitorio de la muchacha, empezó a notar unas picazones extrañas por todo el cuerpo. Al hacer la cama y sacudir las sábanas parecía una camarera de un hotel de San Sebastián; el lecho estaba plagado de pulgas de ambos sexos, que entregadas a una infernal batuda, ejecutaban unos saltos tan formidables que ni con la vista se las hubiera podido seguir.

Por lo visto *Lombroso* había pasado los días de parranda en un pajar, porque había vuelto completamente enjambrado de aquellos bichitos que dieron nombre a un cuplé famoso. La doméstica tomó una de las sábanas y, no queriendo que aquello quedase dentro de casa, abrió el balcón del dormitorio y sacudió sobre la calle de Juanelo toda aquella miniatura de parque zoológico.

Lo hizo con cierta precipitación, y por ello no pudo ver que la lluvia de chupópteros fué a caer íntegra sobre un caballero que estaba muy

plantado en la acera, abstraído en la contemplación de los árboles otoñales del fronterizo jardín ducal. ¿Qué esperaba allí aquel sujeto? Por absurdo que fuese lo que esperaba, seguramente no era aquel chaparrón de dípteros.

El hombre debió oir el ruido del balcón al abrirse, porque, alzando la cabeza, fué a situarse en la acera fronteriza cruzando la calle.

La doméstica vió venir el chaparrón: seguramente aquel tío iba a proferir varios insultos, y no sin cierta razón. Su asombro fué grande cuando vió que el joven—pues aún lo era—empezó saludándola muy risueño y acabó proponiéndola por medio de gestos amables que bajase a la calle, pues tenía necesidad de hablar con ella.

Si en el mundo quedan aún mujeres sencillas, la criada de Lolín era una de ellas: nacida en Miraflores de la Sierra y bautizada con el nombre de Engracia, resultaba mucho más simple que un flautín, y de una facultad para conmoverse casi inverosímil. Así fué que, cuando el joven callejero, sin duda para desvanecer su incertidumbre, le enseñó desde abajo una moneda de dos pesetas, la Engracia se apresuró a retirarse del balcón y a ganar la calle, después de haber cogido en la cocina la

botella del vinagre, indudablemente para justificar el mutis.

El socio de las dos pesetas era un hombre de treinta y ocho años, alto, moreno, buen tipo, con bigote pequeño pero poblado, y con ese aire de empuje bueyuno de todo hombre que ha empezado a... faltar al sexto mandamiento después de los treinta años. Permite que te lo presente, lector: se llama Alfonso Yáñez, es de Sevilla, y hasta hace unos meses ha sido primer dependiente en uno de los mejores establecimientos de telas de la patria de Sánchez Mejías; con un buen sueldo y participación en los beneficios, acaba de retirarse del comercio a vivir de la renta que le produzca un capitalito de ciento ochenta mil duros. Ha fijado pie en Madrid—¡su gran ilusión!—, vive en un hotel de la Gran Vía mientras encuentra un piso a su gusto, y es un buen muchacho.

Su diálogo con la Engracia no es de los que dejan indiferente al que lo escuche.

—¿Qué quería usted, señorito?

—¿Usted está sirviendo ahí en ese piso?

—Sí, señor, ya va *pa* seis meses.

—Bueno, yo le voy a preguntar a usted unas cuantas cosas, y si no quiere no me las conteste. Pero no se enfade usted ¿eh?

—¡Anda! ¿Y por qué tengo de enfadarme?

—No, es que es un poco raro... Vamos a ver: una chica así como de unos quince años, muy rubia, con ojos muy negros...

—Esa es la señorita Lola.

—¡Ah! Se llama Lola...

—Sí, pero todos la llaman Lolín.

—Bueno, y vivirá ahí con sus padres...

—¡Claro! Don Jacinto y doña Adela. El padre está en el Ministerio de Hacienda.

—Y ¿no tiene hermanos?

—Dos pequeños, de siete y ocho años.

—¿Sale sola la señorita?

—Todas las tardes, a eso de las seis.

—Y ¿dónde va?

—Pues aquí cerca, a la calle de los Estudios, a dar la clase de piano con doña Bernarda... que es su profesora.

—Anoche salió con la madre.

—Sí, señor: según dijeron, iban al cine Royal. Van muchas noches allí.

—¿Tiene novio la chica?

La Engracia se quedó estupefacta: ya hemos dicho que era muy sencilla. Hasta ahora no había comprendido dónde quería ir a parar aquel señorito.

—Pero ¡señorito! ¿Cómo quiere usted que tenga novio, si sólo tiene trece años?

—¡Oh, hay algunas...! Pero, bueno, ¿usted

nunca ha visto que nadie le pasee la calle, ni que se le acerque nadie cuando sale a dar la lección?

—¡Claro que no!... Es decir, hará unos cinco meses, al principio de estar yo en la casa, una noche, a eso de las siete y media, había yo bajado aquí a la tienda de Embajadores, y al volver vi a la señorita que volvía también para casa; me chocó que venía muy de prisa, y así colorada, como si le pasara algo; me aguardé en la esquina, y cuando ya estuvo más cerca vi que venía a su lado, muy pegado a ella, como si le fuera contando un secreto, un señor mayor...

—¿Cómo mayor?

—Sí, un señor viejo, con barbita blanca, *pero* bien vestido; cuando llegaron a ese rincón de la tapia del jardín, que ya ve usted que está tan obscuro, el señor se acercó aún más a la señorita y le dió así como un abrazo.

—Y ¿qué hizo ella?

—Cruzó de acera muy de prisa, y, como huyendo, vino a meterse en casa, cuando yo la alcancé. La pregunté qué le había dicho el viejo, y me contestó: «No sé; unas cosas muy raras; debe haberse equivocado y haberme tomado por su hija, porque ha querido darme un beso».

Durante el breve relato anterior, los ojos del señor Yáñez brillaban como lucecitas diminutas de bengalas. En toda su cara se pintaba esa ansiedad mezclada de envidia del hombre que escucha una historia difícil de la que hubiera querido ser el protagonista.

—Diga usted: si yo mañana le trajera una carta para la señorita Lola, ¿se la daría usted?

Volvió a quedar indecisa la doméstica.

—Si se entera de eso la señora, me planta en la calle.

—No tiene por qué enterarse.

—¡Ah, claro! Pero... yo creo que lo mejor será que usted la espere aquí mismo esta tarde cuando salga a dar la lección, y se la dé en propia mano.

—Se asustará de mí como se asustó del viejo, y no querrá tomarla—dijo el hombre, como hablando solo.

—Pues yo, la verdad...

—Bueno, mire, yo esta tarde vendré con la carta y un duro; el duro para usted, naturalmente.

La Engracia, por toda contestación echóse a reir. ¡Un duro! Es decir, lo que ganaba ella en diez días...

—De manera—continuó el otro, no dejándola tiempo para reflexionar—que a las tres y

media en punto estaré en la esquina de Mesón de Paredes. Usted baja a cualquier recado y me busca.

Hasta entonces no se dió cuenta la chica de que había cometido una imprudencia permaneciendo de palique con aquel sujeto bajo los mismos balcones de la casa. Menos mal que el señorito había marchado ya al Ministerio y doña Adela era casi seguro que no se hubiese levantado.

De todos modos, cuando su interlocutor separóse de ella de un modo brusco, se metió en el portal y fué subiendo las escaleras con cierto miedo. Si su ama les había visto y le preguntaba, contestaría que era uno de su pueblo.

Es lo que dicen siempre las criadas cuando hablan con quien no deben.

Lolín había pasado una mala noche: *Lombroso* no la permitió pegar un ojo en toda ella.

Desvelada, levantóse más temprano que de costumbre, y desgreñada, sucia, vestida con una bata que había sido de su madre, y ahora, por lo accidentada, parecía un mapa del Tirol, fué a la cocina a tomar el desayuno.

Los hermanitos estaban ya en el colegio, y la pequeña, al acabar el tazón de café con leche, volvió a su alcoba para lavarse la cara. Le chocó no hallar en ella a la criada, y más aún el encontrar la cama a medio arreglar; el balcón abierto hizo que mirase a la calle sin saber por qué, y—también sin explicárselo—fué rápida a esconderse tras una de las maderas, al ver a la Engracia charlando con un hombre.

Se las arregló de manera que por la rendija que formaba la doble hoja de una de las puertas pudiera ella ver sin ser vista. ¿De qué hablarían? Desde allí no era fácil adivinarlo. La Engracia no tenía novio: por lo menos eso de-

cía... Además, aquél era demasiado señorito para ser el novio de una chica tan... fea.

Lolín se dedicó a examinarlo; se fijó lo primero en los ojos, grandes y un poco velados, como de persona fatigada; luego en el color de la cara, muy moreno; en el bigote, espeso y fuerte como un cepillo, pero como un cepillo pequeño; en las manos, algo grandes y bastas, y, sobre todo, en una sortija que lucía en el dedo meñique de la izquierda, del tamaño de una almendra.

A medida que lo examinaba, se confirmaba en su primera idea: aquél no podía ser el novio de la criada. ¿Quién sería entonces? Deseando estaba que la chica subiera para preguntárselo; mientras tanto, seguía mirando a la pareja, y en su curiosidad se iba mezclando un sentimiento de complacencia. Fué, sin duda, por ello por lo que la chica, al ver que el desconocido, dando por terminada la entrevista, se marchaba algo de prisa calle abajo, experimentó cierta contrariedad.

La Engracia empujó la puerta del piso, que cautamente había dejado entornada, y ya en el pasillo, que servía de vestíbulo, estaba Lolín aguardándola.

—¿Dónde estabas?—preguntó a la pequeña con temor de que la hubiera visto por el balcón.

Y antes de que la chica pudiese responder, se adelantó ella con una mentira.

—He bajado a la tienda un momento.

Entonces, por el ánimo de Lolín pasó una cosa que ella misma tardó luego muchos días en explicarse; había acudido a la puerta decidida a preguntar, a enterarse, y de pronto, al ver que la Engracia hacía misterio de su charla con el desconocido, sintió ella también la necesidad de no darse por enterada, de ocultar que lo había estado viendo todo por la rendija del balcón.

Fué como un rubor súbito, como un arrepentimiento instantáneo ante el secreto que se nos va a escapar de los labios: la necesidad de que *aquello* quedase sólo para ella.

Lolín pasó el día en un estado de inquietud; en ella, poco dominada por sus nervios, no era aquello frecuente. Mientras iba trajinando de un lado a otro de la casa, durante la comida en la mesa con toda la familia, ayudando a la madre en la faena de adecentar a los dos hermanos antes de que salieran al colegio de la tarde, quedábase a lo mejor abstraída, casi como en éxtasis; bien se le veía en la cara el esfuerzo interior por sacar de los fondos inconscientes de la memoria algo que se resistía tenaz a pasar el umbral de

la conciencia: los labios se apretaban el uno contra el otro como si quisieran sacarse sangre, las cejas se fruncían en una mueca casi dolorosa... Y el recuerdo perdido, sin acudir.

Lo que la pequeña se preguntaba a sí misma con tanto interés era lo siguiente: «¿Dónde y cuándo he visto yo a ese hombre que hablaba esta mañana con la Engracia en la acera de enfrente?»

Que lo había visto ya antes de ahora, resultaba para ella indudable; pero no lo era menos que la cosa había ocurrido hacía ya algún tiempo. No se trataba de nada inmediato, sino de algo que vuelve desde un poco lejos y cuando no se le espera.

Para excitar la evocación formulábase a sí misma las hipótesis más absurdas. ¿Había sido en una película, como héroe de aventuras fantásticas, en las que iban del brazo la incongruencia y el amor? ¿O tal vez simplemente en el escaparate de una fotografía, vestido de frac —un frac de guardarropía— y apoyado voluptuosamente en el respaldo de una butaca, en la que había sentada una señora gruesa con traje de novia? Acaso en la plataforma de un tranvía en día de lluvia... Pero no: era inútil, y Lolín acababa sus soliloquios diciéndose que

sí le había visto, pero *no le había visto en ninguna parte.*

Hasta entonces, la existencia de la pequeña había sido una cosa de poco sabor: su primer recuerdo databa de un día en que, teniendo ella cinco años, la metió la madre en un cubo de agua muy caliente, la enjabonó, le llenó luego de polvos refrescantes las coyunturas de brazos y piernas, y después de vestirla como una infantina y perfumarla como una rosa, la llevó al teatro Español a ver el *Tenorio*, representado por un señor muy bajito, algo rechoncho, y que cuando se arrodillaba en la escena del sofá para decirle a doña Inés una serie de chulerías en verso, pasaba luego las *morás* para ponerse de pie. Desde entonces, y por uno de los más elementales mecanismos de la asociación de ideas, siempre que Lolín oía hablar del personaje de Zorrilla veía ante sí una especie de esfera chillona que se paseaba por un cementerio hablando sola.

De aquella tarde—porque fué en la tarde clásica del día de los muertos—conservaba la chica otra huella en su memoria: en las butacas anteriores a las ocupadas por su mamá y ella había un hombre y una mujer que, haciendo caso omiso de lo que en el escenario ocurría, pasaron todo el tiempo con las caras muy jun-

tas, materialmente pegadas, y sin dejar por ello a la pequeña que viese la escena con desahogo, a pesar de que por su poca estatura estaba casi siempre de pie en su localidad. Fué esta la primera visión que Lolín tuvo en su vida de ese apegamiento eterno del macho y la hembra, que los literatos llaman amor: lo vió entonces, aunque no se enteró hasta muchos años más tarde. Ya al final del drama, cuando el escenario se llena de difuntos envueltos en unas sábanas y con los rostros manchados de harina—«panaderos muertos», los estuvo llamando ella durante algún tiempo—, la nena, sobrecogida de miedo, hizo un esfuerzo, y por entre las bocas de los dos novios, que entonces, sin duda por respeto al entierro de Don Juan, se habían separado un poco, pudo ver la escena final. Así fueron para Lolín simultáneas las visiones primeras del amor y la de la muerte... No quiero decirte, buen lector, las consecuencias alevosas que sacaría de esto uno de esos novelistas que han leído a D'Anunzzio, y que, cuando escriben, empiezan a dar volteretas sobre las cuartillas.

La hija de don Jacinto aprendió a leer en un colegio de pitusas de la calle de la Esgrima, dirigido por la viuda de un pocero que tenía una decidida afición al tribadismo. A los ocho

años de edad, Lolín, a más de leer de corrido y escribir con diversas faltas de ortografía, que no eran siempre las mismas, para mayor variedad, sabía que París era la capital de Francia, que España limita al Norte con los Pirineos, que Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso por su decidida afición a la fruta, y que los artículos de la Fe son catorce. También sabía sumar muy despacito, y no ignoraba que el agua del Lozoya es un compuesto de oxígeno e hidrógeno... Lo que no sabía es qué era hidrógeno ni qué oxígeno.

Un año después Lolín dejó de ir al colegio; la causa ocasional fué la rabia profunda que le tomó la maestra, y que la hacía estar siempre de rodillas cara a la pared y con los brazos en cruz; pero la causa eficiente—¡vaya tecnicismo filosófico!—fué que los padres quisieron que la pequeña, antes que dejara de serlo, enveredase sus labores por el lado práctico, y aprendiese un oficio o carrera que la permitiese ganarse la vida en los años futuros. Y con ese sentido de la realidad que tienen la mayoría de los padres de la clase media—y que parece inspirado por un guardacantón—, decidieron que la chica se hiciera profesora de piano.

De aquella época, hacía ahora cuatro años,

recordaba también vagamente Lolín algo... parecido a lo de la tarde del *Tenorio;* llevaba sólo unos días acudiendo a la clase de solfeo en casa de doña Bernarda, que vivía en un piso tercero de la calle de los Estudios, cuando una tarde, al llegar, le abrió, como siempre, la criada, y le dijo: «Pasa y espera en el salón; doña Bernarda ha salido, pero vendrá en seguida». El salón era una pieza pequeña con un único balcón a la calle, y en la que no había más mobiliario que el piano, tres sillas y una jaula enorme de un loro, que también aprendía el solfeo. Con él eran siete los discípulos de doña Filo; pero de las seis alumnas hembras—el loro era macho—; sólo dos, a más de Lolín, iban a aquella hora de la tarde; la Pepita, una chica muy guapa, de unos quince años, con unos ojos muy grandes, y Merceditas, otra tobillera de amplias melenas, que le caían como un manto hasta cerca de la cintura.

Le chocó no verlas al entrar en la clase esta tarde; creía que estarían esperando como ella. Sentóse cara al balcón y se dispuso a aguardar. De pronto oyó unas risitas y unos cuchicheos: debía ser en la habitación inmediata, que era la alcoba de la profesora, y a la que sólo una cortina separaba del llamado salón. Lolín creyó reconocer la voz de Pepita, y, llena de

curiosidad, fué de puntillas y levantó un extremo de la tela.

El cuadro que se ofreció a su admiración fué para ella completamente inédito: caídas sobre el propio lecho de la profesora, las dos pianistas futuras forcejeaban entre sí, como si luchasen por ver cuál de las dos había de quedar encima; pero no debía ser ese el objeto verdadero de la lucha, porque Pepita conservaba siempre su puesto de dominio, y además, al cabo de un rato, quedaron las dos muy quietas, después de haberse prodigado unos mimos que no suelen ser muy frecuentes entre luchadores.

Por mucho tiempo—por toda la vida—guardó Lolín el recuerdo de la escena, cuyo significado no descifró hasta más tarde. Parecía ser su sino irse enterando de ciertas cosas por parcelas, sin poner malicia alguna en ello. Aunque éste, en realidad, suele ser el sino de niños y niñas desde que la enseñanza noble y decente de las flaquezas de la carne ha caído en desuso, y los individuos de la especie humana aprendemos a multiplicarnos como lo aprenden los perritos y los gatitos en la calle: por casualidad.

¿Por qué en el día de hoy, al evocar la chiquilla la figura del hombre visto en la acera

aquella mañana, se acordaba de lo de la tarde del *Tenorio* y de la lucha de las pianistas futuras? Ella no había visto nunca a aquel señor, ni luchando con nadie ni pegando su boca a la de una vecina de localidad. ¿Por qué, pues, esta amalgama de recuerdos?

El quererse explicar esto, que le parecía tan absurdo, era acaso el motivo principal de sus éxtasis y de sus abstracciones del día de hoy. En la comida la madre había tenido que llamarla al orden.

—Pero ¿qué haces ahí con el tenedor en el aire, Lolín? Esta chica parece que está hoy tonta.

Al marchar los hermanitos por la tarde al colegio y don Jacinto a su tertulia de uno de los cafés de la Puerta del Sol, Lolín se metió en su alcoba y se acostó con ánimo de dormir: la mala noche pasada la mantenía en un nerviosismo especial que era así como una inquietud del que espera algo que ha de llegar de un momento a otro. Hacía esfuerzos por dormirse; pero le entró de pronto el temor de que llegase la hora de su clase de piano y ella siguiese durmiendo; y aunque faltaban para ello tres horas, la misma inquietud la impidió dormir. Hoy quería ella salir a la calle como no había querido nunca: en la calle la esperaba algo, te-

nía fatalmente que pasarle algo, aunque no sabía qué ni por qué.

Notaba que iba a cambiar en su interior una cosa, y esperaba el cambio con una alegría y un miedo deliciosos. Así fué que, al oir las cinco y media en el reloj del comedor, se tiró del lecho y se puso a peinarse y a arreglarse con una coquetería exagerada y, desde luego, nueva también en ella.



Lolín tenía unas primas que vivían en casa propia en la calle de Zurbano.

Ello quiere decir que eran gente rica y que no se trataban con los parientes de la calle de Juanelo más que superficialmente y por puro compromiso. Eran tres: Natalia, Hortensia y María de las Virtudes. Bueno, así las pusieron en la pila bautismal al echarles el agua que limpia y fortalece el espíritu; pero sus nombres verdaderos — decimos *verdaderos* porque por ellos las conocía todo el mundo — eran los de Tali, Senia y Maripú: algo raro parecerá ello al lector, pero así era.

La madre se llamaba Natalia también y resultaba hermana de doña Adela: mujer guapa a sus cuarenta y dos años, hubiera sido apetitosa si una vanidad de autor novel no la hubiera hecho antipática aun a los mismos adoradores de sus carnes broncíneas y de sus cabellos de azabache ondulado. El padre, don Jerónimo Pillaruelo, era cuatro cosas: rico, datista ex gobernador civil y artrítico.

Las primas de Lolín tenían diez y ocho, doce y nueve años, respectivamente: guapa, lo que se dice guapa, no había más que una, Senia, la de doce otoños; la menor era pasable, y Tali, la mayor, por ser la más inteligente, resultaba horriblemente fea.

La familia tenía automóvil, una *carabina* inglesa que salía con las niñas a la calle y un perro danés que todos los años concurría a la Exposición canina del Retiro, aunque con menos motivo que su amita Tali. Es decir, que pertenecían por derecho propio al grupo de las que ahora se llaman niñas «bien», aunque gramaticalmente no está ni medio bien llamarlas de ese modo.

Lolín iba a casa de las primas cinco o seis veces al año, en los días señalados de fiestas familiares, y aunque no era muy dada al análisis, volvía siempre del lujoso piso principal de la calle de Zurbano con esa inquietud humillante del que se ha metido por sorpresa en un baile de Palacio y ve que no se han ocupado de él ni para echarle a la calle. El automóvil de los Pillaruelos no lo *probó* más que una vez: una noche de Diciembre en que llovía como cuando Noé estrenó el arca, y la pequeña había venido sin paraguas a casa de las primas; al llegar la hora de volverse a la suya, el tío

tuvo un arranque, e imponiéndose al resto de la familia, que no aprobaba la aventura, ordenó al mecánico que condujese a la peque a su humilde morada. Lolín, anonadada por tal honor, fué todo el trayecto sentadita en el borde del asiento sin atrever a repantigarse; dos veces se escurrió y quedó sentada en el suelo del coche.

Tía Natalia, siempre que despedía a su sobrina en estos días señalados, pronunciaba una frase que, por lo estereotipada, parecía sacramental:

—Di a tu madre que un día de estos me llegaré a visitaros.

Y así varios años, sin que el día llegase nunca. Claro que la noble e inflada dama no mentía; por lo visto, al decir *un día de estos* quería decir un día de este siglo.

De las tres primas sólo una, la más chica, mostraba a Lolín verdadero afecto, y en simpática correspondencia era también a Maripú a quien la hija de don Jacinto quería de veras. Cuatro años mayor que ella, pudiera haber dicho que la había visto nacer si no fuera porque no suele ser costumbre que, cuando una criatura está para venir a este mundo, dejen entrar a los chicos en la alcoba de la madre para que vean el espectáculo como quien ve el desfile de

un regimiento. Pero sí podía asegurar que, teniendo Virtudes tres meses, había estado en los brazos de su prima-hermana, que entonces sólo contaba cuarenta y ocho; fué un día de Pascua y en el propio comedor de la calle de Zurbano, que entonces aún tenía fresco el estuco; Lolín, jugando, tomó a la diminuta parienta del seno de la nodriza y la tuvo contra el suyo sus buenos cinco minutos. Aún podía verse en la región parietal derecha de Maripú un recuerdo que servía de acta notarial de la escena: una cicatriz de algunos milímetros de extensión que parecía hecha con un cuchillo de postres. Fué que, al querer pasear la improvisada niñera a la pequeñísima, la dejó caer cabeza abajo hasta tropezar con el filo de la chimenea.

Estas cosas no se olvidan nunca, y sin duda por ello Lolín y Maripú se querían como Dafnis y Cloe.

De este querer se habían dado las chicas repetidas pruebas; pero acaso la mayor de todas fuese una material, tangible, con brazos y piernas como las personas, y que, además, tirándole de unas cuerdecitas, decía papá y mamá como una chica seria. Fué el día en que Maripú cumplió los siete años cuando Lolín se presentó en su casa, llevando bajo el brazo una

caja de cartón que parecía el estuche de un violín; la muñeca, en un bazar donde el dueño no fuera muy ansioso, podía valer sus cincuenta pesetas; pero a la pequeña sólo le había costado treinta céntimos, o sean tres papeletas a perra gorda que vendía su maestra de piano para, con el producto de la rifa, hacer a un sobrino suyo soldado de cuota.

Maripú tuvo, al recibir el juguete, la mayor alegría de su vida. La nena, con sus siete años, parecía tener cuatro o cinco, y no ciertamente en lo corporal, pues crecida y desarrollada estaba acaso más de lo corriente a su edad, sino en aquella mecánica de los instintos y de los apetitos a que la Filosofía, queriendo amplificar las cosas, ha dado el nombre de espíritu. Era una chica atrasada que parecía condenada a infantilismo perpetuo; cercana a los ocho años, la madre tenía que tomarla en sus brazos y dormirla en ellos antes de irse a la cama por las noches; la misma doña Natalia dió una tregua a su vanidad de foca para enseñar a la hija a leer y a escribir, porque al ponerla en un colegio de monjas del paseo del Cisne fueron tales las congojas que la asaltaron en los cinco únicos días que concurrió a él, que hubo que retirarla ante el fundado temor de una enfermedad.

Era siempre mimosuela, vergonzosa, tímida hasta un extremo patológico, y su afición a los juegos de la primera edad parecía tan inalterable en el transcurso de los meses, que por lo visto la muñeca regalada por la prima, salvo caso de rotura, la iba a servir para jugar hasta el día mismo de su boda.

No habrá que decir que para Maripú no existían ninguna de esas picardías inocentes—¡diabólicamente inocentes!—que son el repertorio de conversaciones y juegos de las nenas aun mucho antes de que apunte en ellas la mujer. Para la chica menor de los Pillaruelos eso de jugar a los novios era algo tan sin sentido como para un hombre sensato una nota redactada por los prohombres liberales, y la distinción entre lo guapo y lo feo aplicada a un varón no existía en su cerebro rudimentario ni aun como germen propicio a futuros desarrollos.

No se entienda por esto que la nena era tonta; era, por el contrario, sagaz, despierta, dotada de un gran sentido comprensivo; pero, recién cumplidos los nueve, su sagacidad y listeza seguían siendo los de una mocosuela de seis años.

La muñeca, a la que bautizó con el nombre de *Laly*, fué para ella el primer amor; con un

biombo japonés, que en tiempos había adornado el cuarto de baño de la casa, construyóla sus habitaciones particulares en un ángulo de su propia alcoba, que vino a quedar así reducida casi en una cuarta parte. Allí la puso su lecho, un tocador, un armario ropero y un baño; todo ello comprado, al parecer, en una almoneda del país de Liliput, pues *Laly*, aun siendo de las más crecidas de su raza, no pasaba de los cincuenta centímetros de estatura.

No habrá que decir que la niña de china y celuloide hacía sus cuatro comidas diarias, se bañaba cada veinticuatro horas y daba sus paseos por el balcón corrido que había en el chaflán de la casa. Maripú llevaba a más el verismo en aquella comedia materna con que se ensayaba acaso para futuros cuidados: a media noche se levantaba de su cama y acudía a la de *Laly*, porque se aseguraba a sí misma con toda seriedad que la muñeca había sufrido un golpe de tos; además—y esto, más que realismo venía a ser naturalismo—, todas las mañanas la cogía en sus brazos, la llevaba al retrete y la sentaba al borde de la elegante taza donde la familia descargaba los prejuicios de su conciencia, teniéndola allí un buen rato para que se librase de incomodos sin precipitación, y tirando después de la cadena, como mandan

las Ordenanzas municipales. Más de una vez, al acudir el grave ex gobernador, señor Pillaruelo, o la vanidosa doña Natalia a realizar—sólo que más en serio—idéntica labor a la que *Laly* estaba ejecutando, tuvieron que esperar en el pasillo a que la criatura terminase, y de nada servían sus protestas, hijas de la urgencia con que los ciudadanos de países latinos acudimos a veces a ciertos parajes; mientras *Laly* no se levantaba, la puerta no se abría.

Si se tiene en cuenta que todas estas bromas las seguía realizando Maripú muy en serio después de cumplir los nueve años, se comprenderá el fundamento con que hemos hablado de su atraso mental, que no era desde luego deficiencia nativa, sino, más bien, falta de desarrollo. Acaso con el tiempo se corrigiese todo, y la pequeña, en vez de llevar a la muñeca al *water-closs* por las mañanas, la dejase que, como los gatos, hiciese sus cositas por los rincones.

Como si la Naturaleza hubiese querido poner en la misma familia la compensación, los doce años de Hortensia, o Senia, como la llamábamos los íntimos, eran un modelo de sana precocidad. Guapa, lo era un rato muy largo; sin que se supiera por qué, tenía tipo valenciano marcadísimo; piel muy blanca, cabellos muy

negros y ojos grandotes y vivos que se comían la mitad de la cara. Era una huertana-señorita, y decimos que no se sabía por qué, a causa de que siendo la madre madrileña—de la calle de Malasaña nada menos—y el padre de Santo Domingo de la Calzada, en la familia no había más antecedentes valencianos que la afición de doña Natalia a las paellas y la idolatría de don Jacinto hacia el genial autor de *La Barraca*, obra que se había leído tres veces.

Lo soberbio de Senia era el conjunto, aquel perfil de líneas intachables, de nariz recta, boca pequeñita y de dibujo, y barbilla de una pureza de nardo. A los doce años era un capullo casi abierto del todo, y no diremos—empleando una frase muy del gusto de esos adulteradores de la realidad que se llaman novelistas—que la hija segunda de los Pillaruelos era a su edad una soberbia promesa de mujer, porque a lo mejor estas tobilleras tan estupendamente guapas de los doce a los quince, se convierten luego en unas mujeronas camiones *muy carro de la carne*. Basta para ello con que el matrimonio las empuje, o con que se dediquen asiduamente a ver películas de serie.

Dejemos, pues, a un lado la promesa y saboreemos la realidad, que por lo que a Senia Pillaruelos se refiere, no puede ser más sabrosa.

Y no te asusten, lector, los doce años de la chica. El vulgo, a quien ya apellidó Lope de Vega como se merecía, dice que las nenas pequeñas sólo gustan a los viejos. ¡Bah! Aunque así fuera, los viejos, por haber probado de todo, son personas de buen gusto; pero, además, ¿no hay en el lejano Oriente, ese Oriente en que—sin conocerlo, claro es — van a beber su inspiración nuestros literatos, sultanes que tienen favoritas de nueve años de edad y que cuando llegan a los quince las jubilan con los cuatro quintos, porque consideran que se les han puesto ya fondonas?

Y no vale decir que por allá las chicas de nueve años están muy desarrolladas y son como por acá las de diez y ocho. Ello no es cierto; lo que pasa es que aquellos tíos, dicho sea en el sentido cariñoso del vocablo, tienen pupila, saben distinguir y conocen que nunca el fruto es más sabroso que cuando verde, ya que madurez, aun biológicamente, quiere decir tanto como principio de descomposición.

La nena en la que apunta la mujer es algo más sabroso que la mujer misma; dominan en ella dos sentimientos por encima de todos los demás: la curiosidad y el deseo de que la tomen en cuenta. Y, físicamente, la misma imprecisión de sus formas, el androginismo del

rostro, hacen de ella como un sexo distinto, sin las podredumbres grasientas de la mayor parte de las mujeres ya hechas.

Senia, como tobillera, podía servir de arquetipo a la clase. No es de extrañar, pues, que ante ella, querido lector, caiga uno de rodillas dando gracias al cielo.

Al pisar Lolín la calle de Juanelo aquella tarde de Octubre, le pareció que caminaba por un sitio desconocido. Eran las últimas horas del día, y en el ambiente había una serenidad muy dulce, con esa dulzura especial del otoño madrileño, que es, sin disputa, la estación ideal en la villa y corte.

Todo tenía para la pequeña un sentido especial en esta tarde: los árboles del jardín ducal frontero a su casa, la gente con que se cruzaba por la calle, hasta los letreros de las tiendas del barrio, que parecían encerrar en sus frases vulgares «Leche de vacas», «Se sirven vinos y comidas»..., un sentido halagador.

Era como un velo que comenzase a descorrerse, sirviendo de clave para explicar muchas cosas que hasta entonces habían parecido absurdas a la pequeña, sacando a la luz, a medida que se descorría, aspectos nuevos de la vida... agradables a un tiempo y dolorosos.

Engracia, la criada, al sentir marchar a la señorita salió tras ella a la calle y la alcanzó en la esquina de San Dámaso.

—Oye, Lolín..., Lolín...

Se volvió sobresaltada; en la espera de algo que no sabía lo que era ni por dónde iba a venir, cualquier cosa que no fuese normal la llenaba de ansia.

—No he querido decirte nada en casa, porque no vayan a pensar... Tengo una cosa para ti.

—¿Para mí?

—Sí; me lo ha dado un señor muy guapetón que ha hablado conmigo esta mañana en la calle. Tú debes conocerlo; por lo menos él te conoce a ti.

—Yo, ¡no!—dijo asustada la pequeña.

—Bueno, pues él te debe haber visto en alguna parte, y me ha dicho que te entregue esto; no te lo he querido dar en casa, porque si se entera tu madre ¡figúrate!

Sacó la carta de debajo del delantal y se la entregó a Lolín, que tardó un poco en tomarla.

—¿No la quieres?

Repentinamente la chica se había quedado tonta; se realizaba tan pronto lo que ella había soñado durante todo aquel día, convertíase tan de prisa el deseo en realidad, que Lolín se encontraba en el caso del que sueña y tiene la duda de que está soñando.

Por encima de toda otra impresión se le impuso la necesidad de alejar cuanto antes a la

criada para leer a solas la carta. No pensaba hacerlo en la calle, pero sí en la escalera de la casa de la profesora, donde, a más de haber buena luz, era raro encontrar gente. Tomó el papel y dijo a la Engracia:

—Bueno, ya me contarás luego; me voy, que es tarde y no me gusta llegar la última.

Y echó a correr hacia la calle de los Estudios.

Vivía la profesora de piano a la mitad de la vía, en la acera de los pares y en una casa muy estrecha, en cuyo piso bajo había un restorán económico. A aquella hora de la tarde la escalera venía a ser un nido de tinieblas, disipadas un poco ante la puerta de cada piso por una mortecina bombilla encerrada en una especie de jaula de alambre.

Lolín subía hoy la escalera como si la persiguiese alguien; no quiso detenerse ante el primer piso, en cuya puerta había una placa no muy grande, de porcelana, en la que decía: «Calleja, grabador». Nunca había visto salir ni entrar a nadie por aquella puerta; tan hermética aparecía siempre a sus ojos, que si un día la hubiera visto abrirse la habría entrado un miedo espantoso. No; lo que es ante aquella losa sepulcral no leía ella la carta.

Ya había salvado la mitad de la distancia

que entre los dos pisos mediaba, cuando rectificó su decisión; mucho peor era ponerse a leer ante la puerta del piso de la profesora; podía subir una de las alumnas, abrir para algo la dueña de la casa y sorprenderla, y aunque no se trataba de un delito... Pero, sí, un delito le parecía ahora a Lolín aquella primera aventura.

Indiscutiblemente era mejor leerla ante la luz del primer piso: así, si alguien subía de la calle o bajaba de casa de la pianista, le daba tiempo, al oir el ruido, para esconder el papel y continuar su camino.

La carta, de una letra muy clara, era bastante extensa. Aquel desconocido le decía a su desconocida que estaba loco por ella, que la había visto muy pocas veces, la última la noche anterior al volver ella con su madre del cine, pero que, a pesar de eso, comprendía que no podría vivir alejado de la *pequeña rubita*. El hombre—que debía ser un ingenuo de comedia de Dumas—empleaba para probar su amor todas esas frases y conceptos alambicados de uso corriente, que, en realidad, no se sabe quién ha inventado, y que las gentes han ido tomando de las comedias y de los dramas desde tiempo inmemorial. ¡Peste de conceptismos y de cursilería, que, probando el valor

real de las palabras cuando se repiten mucho, ha llegado a adulterar en la vida la esencia misma del amor!

Había en la epístola un párrafo de más enjundia que el resto; se diría que sólo para llegar a él había sido escrito lo demás. Permite, lector, que lo copiemos a la letra: «No la exijo una contestación inmediata; tómese todo el tiempo que quiera para pensarla. Lo que sí le advierto lealmente es que, desde ahora, estaré siempre a su lado sin que se entere usted y que me presentaré a su vista cuando menos se lo figure».

Lolín alzó los ojos del papel y los fijó aterrada en la puerta de «Calleja, grabador», en la enigmática puerta que nunca se abría, y de pronto, leyendo muy de prisa el final anodino de la misiva, echó a correr escaleras arriba. Se le había figurado que el piso se iba a abrir para dar salida al autor de la carta, dispuesto a ahogarla en sus brazos.

La lección dióla como todos los días..., al parecer; fué cosa mecánica, repetición inconsciente de su labor diaria. Nunca había estado el espíritu más ausente de lo que estaba haciendo el instinto. Ahora, por encima de todo, estaba el miedo, un miedo horrible a la amenaza clara y precisa «...desde ahora estaré

siempre a su lado sin que se entere...» ¿Era el demonio, entonces, aquel hombre? ¿Estaría ahora allí, junto al piano, sin que la profesora ni las otras dos chicas lo viesen?

Terminó la lección sin darse cuenta del tiempo que había pasado, y despidiéndose como siempre, salió a la calle. Apretó el paso, pero no habría andado ni diez, cuando un hombre se puso a su lado en el borde de la acera y le dijo muy bajito:

—Comprendo que aún es pronto para que me conteste; pero, ¿por qué no me da, por lo menos, una esperanza?

La chica le miró: era *él*. Y al verlo a su lado desapareciòla del todo el miedo, el recuerdo de la amenaza, sintiéndose invadida por una gran confianza. No le contestó, sin embargo, limitándose a sonreir de una manera algo estúpida.

Pero a él la mueca debió parecerle un mohín celestial, porque se le vieron brillar los ojos y animarse.

—¿Dónde va usted ahora?

—A casa.

—Y ¿no quiere usted que paseemos un poco? Una vuelta nada más por la calle de Toledo...

—No puede ser.

La producía un raro efecto el que la llamase de *usted,* como a una mujercita. Si aquel hom-

bre era el demonio, no cabía duda que se presentaba de un modo muy respetuoso.

—¿Por qué no puede ser? Yo soy de fiar.

Había llegado la pareja a la esquina de la calle de San Millán, y, sin darse cuenta, en lugar de seguir ella por la de San Dámaso, el camino recto a su casa, torcieron los dos hacia la de Toledo. El barrio a aquella hora estaba lleno de animación: encendidas las luces, noche cerrada desde hacía más de media hora, era el momento de la vida en los comercios, de las compras y recados para la cena, y también el plácido flanear de paseantes y vagos, que acuden—mariposas a la luz—al bullicio y a la aglomeración.

El señor Yáñez quería, por lo visto, proceder con método, porque al ver que lo del paseíto con la pequeña era ya un hecho, varió de tema y la preguntó:

—Bueno, pero, ante todo, ¿tiene usted novio? No vaya a ser que yo sirva para espantar a alguien...

Lolín le miró; siempre que contestaba a sus preguntas, lo hacía mirándole a la cara.

—¡Cómo voy a tenerlo! No tengo edad todavía...

—¡Oh! ¡Lo que es eso...! Otras más pequeñas lo tienen.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo!... Bueno, pero, por lo menos, ¿pretendientes sí habrá usted tenido?

—No, no, tampoco.

—¿No se le ha acercado nunca ningún muchacho por la calle?

—Si yo apenas he salido sola; para venir a dar la clase nada más; y para eso, antes me acompañaba siempre la criada.

—Bueno, pero, por lo menos, seguirla alguno yendo usted con sus papás, y escribirla luego cartitas y pasearla la calle, eso sí.

—No, no, tampoco eso: de verdad.

Lolín no mentía: de todas esas cosas de noviazgos y de porquerías amatorias ella no sabía nada más que lo poco que había oído decir a las amigas, y en lenguaje no muy inteligible para ella. Si por virginidad de alma se entiende ignorarlo todo, la suya era un alma virgen sobre toda ponderación. Claro que a veces se desea saber; y ese deseo, alambicando un poco, ¿no será ya perder la virginidad?

Cruzaban la plaza de la Cebada, y el galán quiso que lo hiciesen por la parte del antiguo Humilladero: la distancia era mucho mayor, y el paseo se alargaba así bastante.

El olor a verduras, con predominio de la cebolla y la lechuga, les acompañó en el paseo;

cerrando los ojos podía uno creerse en una inmensa huerta por la que circulasen unos tranvías muy alborotadores.

—Yo quería que usted y yo hablásemos, pero no así, en medio de la calle—decía él, que desde que llegaban a sitios de menos luz y bullicio se acercaba más a la chica—. Porque, si eso que me dice de que nunca la ha cortejado nadie fuera verdad...

—Sí que lo es; se lo diría si no.

La chica decía verdad; pero, como ocurre con harta frecuencia en la vida, la verdad era tan inverosímil, que el otro no la creía. Su escepticismo era el de un gran comilón al que, gustándole hasta la hartura un manjar cualquiera, no puede comprender que los demás no lo coman. Quiso aclarar una cosa, e insistió:

—Pues a mí me ha contado un pajarito que una noche un señor de barba blanca, muy señorón él, fué acompañándola a usted hasta la puerta misma de casa. ¿No se acuerda? Y parece que, a última hora, hizo algo más que acompañarla...

Lolín echóse a reir.

—¡Ah! Eso fué uno que se equivocó.

—¿Cómo que se equivocó?

—¡Claro! Me confundió con su hija.

Por primera vez en el diálogo el amigo Yáñez no supo qué decir, y optó por callar. La respuesta de la chica planteaba un dilema que, como casi todos, era un lío; porque si lo que decía era sincero y la pequeña creía de buena fe que el viejo aquel, al intentar parchearla, no había hecho más que equivocarse, entonces es que se trataba de una ingenua excepcional; y si hablaba así por hipocresía, se hallaba delante de una simuladora de cuidado. En cualquiera de los dos casos, como ingenua o como demasiado lista, Lolín era muy peligrosa.

Y, por lo mismo, apetitosa en extremo. Yáñez volvía a la carga.

—Podíamos vernos mañana y pasar un gran rato juntos.

—¡Cá! Si a mí no me dejan salir sola de casa más que para ir a la clase.

—Ya lo sé, y lo tengo pensado todo. Usted sale mañana a la hora de costumbre, y con el método de piano bajo el brazo, como lo lleva ahora; yo la espero en la calle de los Estudios, y, en vez de subir, seguimos juntos y nos metemos en un café, o en un teatro, donde usted quiera, y allí estamos todo el tiempo que dure la clase. Luego, a la hora de siempre también, usted vuelve a su casa, pasando antes por la de la maestra para darle cualquier excusa por

no haber ido; así se evita qúe mande recado a su casa de usted.

La cosa no estaba mal tramada, y Lolín, sonriendo siempre y sin dejar de mirar a la cara a su interlocutor, no decía sí ni no. Se habían metido ya por la calle del Humilladero, y el olor a cebollas y lechugas se iba alejando suavemente; a medida que adelantaban en el paseo, los comercios iban siendo más raros, la luz de las calles más escasa, y como consecuencia disminuían también los transeuntes. Iba la pareja por la acera de la derecha, y el sevillano vió de pronto a mitad de ella una calle más estrecha y más obscura que se abría como una invitación del pecado oculto y silencioso. Era la del Mediodía Grande, y el galán, sin decir nada, metió por ella a la damita.

Esta iba como embobada, caminando de un modo maquinal, y, llena de confianza en su acompañante, hubiera ido a los alrededores del Purgatorio si a tan peligroso sitio la hubiera querido llevar. Se había olvidado de todo, y, como si el reloj se hubiera parado para que ella saborease a placer la primera charla amorosa de su vida, Lolín no se acordaba de que en su casa podían ya estar echándola de menos a tal hora.

La conversación había languidecido, porque él, acometido de una tensión nerviosa muy violenta, notaba que se le secaba la boca, y las manos se le movían como en el principio de una convulsión. Temblaba de tener a la chiquilla tan cerca de su cuerpo y en aquella calle obscura, que parecía el rincón de una selva por la que nadie transitase.

Le parecía que la cosa había ocurrido demasiado pronto con arreglo a sus cálculos: al hablar aquella mañana con la criada, al escribir después la carta, él se había imaginado una temporada de paseítos por la calle esperando que la pequeña se asomase al balcón, de seguimientos por todo Madrid cuando saliese con los padres de compras o al cine, de recaditos dilatorios por medio de la criada... La perspectiva no le seducía mucho, pues su edad — algo lejana ya de la paradisíaca del pavo — no era la más a propósito para todos esos pasos de gimnasia sueca, que en la civilización actual vienen a ser los prolegómenos del amor.

Y ahora estaba embriagado de la felicidad de ver cómo todo lo había logrado desde el primer momento. Porque para él, aquello, que parecía tan poco, era todo; lo demás saldría lógicamente de aquel paseo y de aquella conver-

sación, como salen de las premisas la consecuencia.

El temblor de ahora era, pues, de felicidad y de deseo... Pero no vayas muy de prisa, amigo lector: el deseo del amigo Yáñez no era todavía ese deseo integral que, cuando se satisface, trae como requisito inmediato el agua caliente y la toalla. Yáñez era un caballero, y el desear ahora aquello hubiera tenido todos los caracteres de un infanticidio.

Sólo que, aunque esto no lo comprendan los tenorios sementales, las mujeres inspiran a veces un deseo que, sin ser el del revuelco, es mucho más imperioso, más febril. Y el novio de Lolín se dispuso a satisfacerlo... Pero no está bien dicho así: sintió el impulso fatal, completamente mecánico, de satisfacerlo; la voluntad, inhibida, no tenía nada que hacer allí; esa cosa que los filósofos escolásticos llaman el libre albedrío, se había quedado, por lo visto, en la calle del Humilladero.

Yáñez miró hacia atrás y vió que nadie venía: hacia adelante, el farol más próximo estaba a unos diez metros..., y, además, estaba apagado. Dejó, primero, colgante atrás el brazo derecho, y después, lentamente, sin violencias, lo fué elevando hasta llegar con la mano a la altura de los riñones de la joven; una vez

allí, los dedos empuñaron en una crispación la madeja espléndida de sus cabellos rubios, aquel haz de espigas que al tacto parecían de seda, y que eran, a no dudar, el supremo adorno de su cuerpo.

Lolín no pareció enterarse del contacto: nada tenía de extraño, porque como llevaba el pelo sujeto a la nuca con un gran lazo, toda la cascada ondulante que le caía por la espalda quedaba como insensible para su dueña. Habría hecho falta un gran tirón de la mata de pelo para que la sensación de tacto llegase.

Y el galán no dió ese tirón. Al contrario, con toda suavidad, como quien teme romper un juguete delicado, fué acariciando las hebras, impregnándose la mano de su aroma, para que el recuerdo del contacto quedase en ella por mucho tiempo.

—¿Vendrás mañana? ¿Vendrás, pequeña...?

No decía más que eso muy bajito, habiendo acortado la marcha hasta quedar casi parados los dos.

Ella no contestaba más que con su eterna sonrisa; pero ya era bastante. La flor comenzaba a abrirse: el capullo iba a convertirse en nardo fragante.

Torcieron el ángulo de la calle del Mediodía Chica, y les deslumbraron a lo lejos las luces

de la de Calatrava. Yáñez soltó su presa al ver un grupo de mujeres que por la misma acera iba a cruzarse con ellos dentro de nada. Se llevó la mano a la boca y la besó durante un rato largo. Lolín vió aquel beso, pero no pudo comprender que en realidad era para ella.

Cruzaron la calle de Toledo, y, sumidos de nuevo en el bullicio de la gente, subieron hasta las Maldonadas, y allí exigió ella que el galán se separase: estaban muy cerca de su casa y podía verlos alguien.

La proximidad del domicilio paterno la despertó del sueño en que estaba desde que salió de casa de la profesora; y, al despertarse, le entró una prisa horrible por ganar la calle de Juanelo.

En la despedida quiso él concretar.

—Bueno; ¿vendrás mañana conmigo? ¿Te espero a las seis?

Lolín, riendo siempre, le dijo:

—Mire, yo saldré a la hora de siempre; espéreme en la esquina de los Estudios, y allí decidiremos.

—¿Me juras que vendrás?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no he de venir?

Y se marchó. Apretó el paso como si la persiguieran; desde que se había separado de

aquel hombre habían vuelto a invadirla los miedos y los terrores de antes. El demonio estaba a su lado, y seguramente iba a subir con ella la escalera de su casa.

Yáñez avanzó un poco por la cabecera del Rastro y la siguió con la vista calle de Juanelo adelante, hasta que se sumió en el portal.

El hombre estaba contento. Lo había visto él, se lo decía el instinto: ahora ya, pasase lo que pasase, y por muchas vueltas que el mundo diera, aquella criatura ya no dejaría de ser lo que era desde hacía unos minutos: una mujer. La niña acababa de morir a sus manos en medio de una calle obscura que olía un poco a cebolla.

Aquello tenía más importancia, al menos para él, que la simple rotura de una membrana que parecía un olvido de la Naturaleza. Además, era una cosa incruenta, y, por lo tanto, más limpia.

Alfonso Yáñez era hijo de un camarero de café, que prestaba sus servicios en la calle de las Sierpes, y de una canastera de la Correduría, que se había casado con el camarero dos años antes de nacer el pequeño. Esto quiere decir que el aspirante a novio de Lolín no era grande de España por nacimiento.

Su infancia fué la de todos los chicos de padres pobres, que se crían más en la calle que en la casa; pero fué muy corta, tanto, que a los nueve años ya se había acabado. Esos no más tenía cuando entró de último aprendiz en el comercio de telas de los Velasco, sito en la calle de Argote de Molina, y el mejor de toda la región andaluza. Sus obligaciones eran barrer la tienda y limpiar las lunas por la mañana, echar virutas y serrín en el suelo del establecimiento los días de lluvia, y acompañar en tales jornadas con un paraguas a las clientes de postín hasta que tomaban el cohe. El sueldo era el de dos reales diarios; pero como estaba

interno en la casa, todos los meses entregaba a a la madre los tres duros limpios.

Desde entonces, Alfonsito empezó a ser hombre. Al ponerle la canastera autora de sus días los primeros pantalones largos, pareció colocarle también un hábito de formalidad. Describir la vida del aprendiz en casa de los Velasco sería algo tan monótono como contar una sesión de la Academia de Jurisprudencia sin poner música al relato. Pero sí hay un hecho acontecido cuando el zagal había cumplido ya once años, que en sí nada tiene de particular, pero que—como ocurre con muchas cosas que de particular *en sí* no tienen nada—ejerció una influencia grande en las aficiones amatorias del aprendiz.

A los once años, Alfonso Yáñez no era hombre más que en lo relativo a la seriedad de que antes se habló; pero notaba ya en sí esos preparativos de explosión, esos preludios que anuncian la sinfonía que se ha de oir dentro de poco. Conversaciones oídas a medias a los compañeros de internado le habían puesto en la pista, pero en una pista por la que aún no sabía andar ni tenía la menor idea de dónde conduciría. Una tarde de domingo, cerrado el comercio, salió el pequeño y marchó a casa de su madre: estaba ésta en el comedor, una de las tres ha-

bitaciones de la casa, muy entretenida en charlar con una mujer a quien Alfonsito conocía mucho de vista.

Era una corredora de muebles y alhajas que vivía en la vecindad, y a la que unía con la madre de Alfonso una gran amistad. Muy joven, acaso con exceso para su oficio, era guapa; pero entre todos los atractivos que reunía su cuerpo, había uno que sobresalía de los demás de modo superlativo: era el pelo, una cabellera espléndida color ébano, ondulada borrascosamente de modo natural, sin que en ella hubieran tocado nunca tenacillas ni aguas rizadoras. Sabiendo el encanto de aquel su adorno capilar, ella lo cuidaba, manteniéndolo siempre muy limpio y con ese brillo y color vital que da la limpieza como ningún otro menjurje.

Trataba siempre la corredora a Alfonso como a lo que era, como a una criatura: no había en sus mimos ni en sus caricias ninguna clase de malicia, ni el muchacho la había puesto hasta ahora al recibirlas; pero en la tarde a que nos venimos refiriendo...

Llovía; el padre estaba en su ocupación del café, y el chico se dispuso a pasar toda la tarde del domingo metido en casa: como ésta era muy pequeña, los tres estaban siempre juntos,

y la madre, sin dejar de charlar con la vecina, se puso tranquilamente a peinarse.

—Hoy no me he peinado yo—dijo la guapetona—; ¡llevo un día...!

El chico se fijó en su cabeza: sin saber por qué, le atraía aquella masa de cabellos, en la que él veía la distinción principal entre el hombre y la mujer.

—¿Quieres peinarte aquí?—le dijo la madre.

El chico sintió de pronto el deseo de que la corredora dijera que sí; le entusiasmaba la idea de ver correr aquellos cabellos en libertad, como una cascada que se desborda.

Felizmente accedió la joven, y con el mismo peine con que la madre se peinaba, empezó ella a batirse aquel ovillo de hilos de ébano, que cada vez se mostraban más rebeldes.

Alfonsito, sentado en una silla a la espalda, estaba como en éxtasis; habíase puesto a merendar pan y una naranja, y a cada bocado que se llevaba a la boca le parecía que eran los cabellos de la joven los que se le metían por ella, llenándole de una suave delicia. Agradecía el abandono en que le dejaban las dos mujeres, y que le permitía entregarse a solas a tal deliquio. Para él había desaparecido todo, su madre, la estancia, el ruido de la lluvia en la calle, y también se le había borrado el cuer-

po y la cara misma de la mujer, cuya mata de pelo tanto le atraía, quedando sólo ésta, como si flotase aislada en el aire, cual una nube que ocultase a la vista todo lo demás.

Del arrobamiento vino a sacarle la voz de la interesada, que con él hablaba:

—¡Qué demonio de pelo!... No hay manera de barajarlo. Oye, Alfonso, ¿quieres hacer el favor? Mira, coge aquí.

Con la mano izquierda se había hecho un haz, que sujetaba sobre la parte alta de la cabeza, y para poder arreglarse el resto de ella le pedía al chico que la ayudase sujetando aquel mar de olas alborotadas. Alfonso tuvo miedo, creía que la corredora le había adivinado el pensamiento, y trémulo acudió y empuñó el haz de hebras, cuyo aroma de limpieza le acariciaba el olfato.

Fueron pasando años, el chico fuése convirtiendo en hombre, y el recuerdo de aquel rato fué el más intenso que de toda su infancia conservaba. Asaltábale sobre todo con fuerza tenaz en los momentos en que, despertado el gusanillo sexual, se disponía a satisfacerlo... solo o en compañía de alguna dama. La evocación de aquella cabellera—evocación involuntaria, claro es—le acompañaba siempre en los momentos de fiebre amorosa, y era como el fondo obli-

gado sobre el que se desarrollaban todos los temas, como el motivo sin cesar repetido en todas las sinfonías de la carne.

Motivo que, desde el principio, y sin que él se diera muy clara cuenta de ello, empezó a influir en su conducta. Fué algo tarde, siendo ya dependiente mayor, cuando Alfonso Yáñez se dedicó a la busca y captura de señoras con cierta asiduidad; pero siempre, y cuando le era dado elegir entre una guapa de pelo lacio y una regular o fea con cabellera atrayente, elegía a esta última. No abundaban mucho en Sevilla las mujercitas alegres que gastaban sombrero; pero cuando el joven comerciante se tropezaba con alguna de ellas, la exigía que se destocase, y la examinaba la cabeza antes de decidirse a entrar por uvas.

Nunca fué partidario de los líos continuados con una sola persona; pero poco antes de retirarse del negocio, estuvo a punto de caer en uno de ellos con una joven oficiala de un taller cercano a la tienda, que frecuentaba mucho ésta, enviada por su maestra para adquirir los adornos; la mocita tenía un pelo negro precioso, y Yáñez, en cuanto la veía entrar, acudía en persona a despacharla, cosa que ya, dada su categoría, no hacía con casi nadie. Una noche salió a la calle tras ella con mucho disimu-

lo, la abordó y llegó a hacerla ciertas proposiciones. *Afortunadamente,* días después la chica pescó el tifus, la pelaron al rape, y a Yáñez se le apagó repentinamente el fuego.

El comerciante liquidó su parte en el negocio, y ya convertido en rentista, vino a Madrid pletórico de ilusiones, pero un poco preocupado con la organización que había de dar a su vida. Muertos sus padres, había quedado solo en el mundo, y presumía que iba a estarlo por mucho tiempo, pues tenía al matrimonio ese terror instintivo y santo que tienen los hombres de talento a todo lo que sea vulgaridad cotidiana y estúpida.

Cuando llegó a la corte Alfonso Yáñez, era un tipo casi distinguido; desde luego no había en él esa petulancia en el vestir, ni esa afectación detonante del hombre que se ha hecho rico después de pasar unos cuantos años detrás de un mostrador. Era un instinto natural, un buen gusto espontáneo el que le salvaba de caer en esos resabios horteriles, y le daba aspecto de muchacho rico, pero algo tímido.

No tenía apenas amigos en Madrid, y desde el primer día se dedicó, pero con cierto método, a conocer todo ese placer de cincuenta pesetas para arriba, que es limpio y divertido para quien lo toma sólo como pasatiempo, y

que, a veces, no carece de agradables sorpresas.

Gran callejero, por aburrimiento y por afán de conocer cuanto antes la población, tomó muy pronto la costumbre de echar a andar detrás de la primera mujer que le gustaba, con las peores intenciones, pero con una gran discreción; si ella hacía cara y le daba ánimos, el hombre remataba la aventura, siempre con la cartera por delante; y si, al contrario, la bella no respondía, el hombre deshacía tranquilamente su camino, diciéndose a sí mismo con toda modestia:

—Te has equivocado, Alfonso; otra vez será.

La inexperiencia le hacía a veces cometer verdaderas pifias. Tropezó en ocasiones diversas con esa clase de mujer tan abundante ya en Madrid, que por su tipo, su aire, y hasta ese deambular sin tino ni dirección fija por las calles, parece haber salido a ellas en busca del amor mercenario: la confusión es muy fácil, pues ni aun la indumentaria puede servir de base para la diferenciación, ya que honradas y amorosas visten cada vez más igualmente, en virtud de ese criterio democrático que es fruto natural de los tiempos.

La cosa producía a Yáñez verdadera rabia, por ser hombre que en estas cuestiones proce-

día siempre con absoluta buena fe. Más de una vez, cuando después de recorrer tres distritos en pos de una de esas damas de aspecto dudoso, después de varias paradas en otros tantos escaparates, que parecían una invitación al crimen, se metía ella por una de esas calles obscuras y solitarias que nunca faltan en el centro mismo de las poblaciones, arrimábase el joven lleno de timidez, y por respuesta a sus proposiciones veladas recibía el consabido:

—¡Caballero! Usted se ha equivocado.

Y a él le pasaba por las mientes la idea, que nunca llevó a la práctica, de replicarla en pleno insulto:

—La que se ha equivocado es usted. Cuando se va así por calle se debe retozar; lo demás no es honrado.

Otras veces, y esto sí que le irritaba, el golpe no resultaba fallido: la pescadora aparente lo era en efecto; pero antes de llegar con ella a consumar la suerte, había que seguir una serie de trámites, incoar tal cantidad de expedientes y desenvolver tales rodeos, que no parecía sino que se trataba de formalizar un matrimonio o de ingresar en una orden religiosa de las de abolengo aristocrático.

Venía todo aquello de:

—¡Ay, por Dios, caballero, no se me acerque

en esta calle tan céntrica, que puede comprometerme!

—Sígame, pero a distancia. Cuando lleguemos a aquel callejón obscuro, entonces podrá hablarme.

Y toda la serie de tramitaciones:

—¡Ay, no, ahora, no, qué disparate! Me esperan en mi casa. Lo que puede hacer es escribirme pasado mañana una carta y yo le contestaré donde usted me indique.

Se escribía la carta, venía la contestación, siempre con retraso, y la entrevista era sencillamente para decir que tal día, a tal hora—generalmente una semana después—, se verían en aquel café solitario de aquel barrio excéntrico. Esto de la cita en los cafés no solía faltar casi nunca; se diría que el gremio de señoras del honor dudoso estaba conchabado con el gremio de cafeteros y se ayudaban trayendo parroquianos a los establecimientos poco concurridos.

El recurso de la entrevista en el café solía terminar también casi siempre de la misma manera; la señora, llegada ¡por fin! la hora de herrar o quitar el banco, decía, como quien descubre un gran misterio:

—Verás... Yo tengo una amiga, señora muy seria ¡eh!, que tiene una casa a la que pode-

mos ir. Es casa decente, ya lo verás; ahora, que a mí me está muy agradecida y consiente en cederme una habitación para pasar un ratito por la tarde.

Luego resultaba que la tal casa decente, donde había que entrar dejando el calzado a la puerta, como en las mezquitas, era sencillamente la gran casa de compromiso del barrio, mucho más popular que los baños del Niágara.

Indudablemente, toda esta coba era una cosa que habían inventado las mujeres creyendo que así se hacían valer y sacaban más dinero a los hombres de la parroquia; puede que en algún caso fuera ello cierto; pero en la mayoría lo que lograban era aburrirlos y obligarles a que tomasen por el atajo. Creían ellas que así daban también un poco de ilusión de conquista al acto sucio del revuelco; para estudiantes y gentes de poca edad podría valer aquello; pero a los que, como Alfonso Yáñez, habían ya doblado ese primer cabo de la vida a partir del cual son cada vez más deleznables las ilusiones, la táctica no resultaba más que un atentado a la propia comodidad, y sabido es el prestigio que esto de la comodidad va ganando poco a poco a medida que el varón va internándose por los campos de la madurez.

Sí; esto del amor, que pudiéramos llamar

bandolero, era una de las cosas mal organizadas que quedaban aún en el mundo. Todo se andaría: en algunas ciudades se había andado mucho ya; en Madrid todavía, siendo cosa más necesaria que el Metro, estaba el asunto un poco en embrión.

Al trimestre escaso de estar en la corte empezó Yáñez a notar una evolución en sus gustos y preferencias mujeriles; notaba que al cruzarse por la calle con una de esas muchachitas muy jóvenes, de líneas un poco acusadas y rostro que más tiraba a lo andrógino que a lo femenino, despertábasele una ternura suave que, al principio, tenía un tinte paternal, pero que poco a poco sentíase tentada por el incesto, y el padre pensaba en coger a una de aquellas nenas en sus rodillas... y tirar de repertorio.

Hasta hacía muy poco tiempo él a estas pequeñas no las había mirado nunca como mujeres, y si alguna vez había parado mientes en una más bonita o más pizpireta que las demás, lo había hecho con la misma indiferencia sexual con que en un bazar de muñecas se pararía ante la vitrina de la de más precio.

Mil veces había oído decir que esta afición amorosa a las tobilleras venía a ser signo de vejez, o más bien síntoma ineluctable de médu-

la que emprendía la cuesta abajo. Era la leyenda, uno de esos apotegmas que forman parte del tesoro experimental del vulgo, tan copioso como despreciable. No le preocupaba. Acaso porque, individualmente, tenía dos razones poderosas para no creer en ello.

Era de éstas la primera el considerar que los que podríamos llamar tobilleros, es decir, los chicos en plena edad del pavo que van a pasar de niños a hombres, persiguen con deleite, y a veces hasta acosan con furia a esas frutas verdes, a esas chicas de su misma edad que acaban de soltar el aro y la comba.

En ese sentido, Yáñez había vuelto a ser tobillero a los treinta y tantos años. ¡Qué felicidad!

Pero lo que más le alegraba, lo que le hacía mirar con cierta sorna eso de la vejez sexual, era que aquel su naciente amor por las peques de trece y catorce no disminuía en un ápice la atracción que en él ejercía la mujer normal, la mujer-mujer, que podríamos decir, para distinguirla de la mujer-niña.

Le seguían gustando las guapas de todas las edades, y hasta puede que se corriera un poquito en la contabilidad, pues más de una vez había perseguido y capturado matronas que rodeaban los cincuenta, y no era ciertamente

de ellas de las que recuerdos menos gratos y arrulladores conservaba.

Se trataba, pues, simplemente con esta nueva y creciente afición al tobillerismo, de una ampliación de horizontes, de un aumento del catálogo amatorio, que ofrecía un porvenir lleno de posibilidades, como diría un filósofo novísimo.

Había, en el gremio de chicas tiernas, una clase que a Yáñez empezó muy pronto a abrirle desmesuradamente el apetito: eran las que, dotadas por la Naturaleza de una bonita pelambrera, la lucían tendida por la espalda en forma de manto o de cola de caballo. La picardía, el brillo de los ojos, el mismo atractivo del cuerpo infantil, todo desaparecía ante su entusiasmo por una madeja de pelo rubio u obscuro que estuviese algo limpio.

En largos soliloquios se razonaba esta su frenética afición. Era un culto a lo natural, a la forma bella y tumultuosa con que lucían siempre la cabellera las musas, las heroínas y las diosas de la antigüedad, ya que no se concibe a Venus emergiendo de las espumas del mar con un peinado de Pagés, por artístico que fuese. Cuando la niña dejaba de serlo y pasaba a mujer, apresurábase a recogerse el pelo, a hacerse un peinado que siempre, por sencillo

que fuese, era un artificio más que añadir a los otros artificios con que la educación las armaba para la pesca del marido.

Pero... estaba difícil en Madrid el cultivo intensivo de la tobillera; porque claro que Yáñez no le llamaba cultivo a pasear por toda la ciudad detrás de una de ellas, hacerla después unas cuantas muecas desde la calle al balcón y, como suprema orgía, irse en las noches del verano a unas sillas de Rosales, mientras a la espalda tocaba la Banda municipal las piezas más ardientes de su repertorio.

Las dificultades de lo otro, de lo más serio, le hacían pasar muy malos ratos a Alfonso cuando se ponía ante sus ojos una de esas pequeñas atrayentes. Inflamado en deseos iba creciendo esa flama cuanta mayor era la imposibilidad de satisfacerlos, y más de una vez llegó a temer por la integridad de su razón ante el afán verdaderamente obsesivo que le asaltaba.

En plena crisis de estas se encontraba cuando entró una noche en el cine Royal siguiendo los pasos pequeños y menuditos de una trigueñita de cara muy picaresca que, acompañada de su madre y una hermana mayor, iba a entregarse a los solaces de la película.

Cayó Alfonso en las pavorosas tinieblas de

la sala del cine cuando se estaba desarrollando el episodio 32 de una de esas abominables películas norteamericanas que parecen ideadas por un enfermo de meningitis. Siguiendo el punto de luz de la linterna del acomodador fué a ocupar su localidad, mientras pretendía seguir también con la vista la otra linterna del otro acomodador tras de la cual marchaban la madre y las dos hijas. Desgraciadamente, vió que tomaba dirección opuesta a la suya.

Tuvo que esperar a que el episodio terminase — y era más largo que una tarde de Julio — para que se hiciese luz en la sala y pudiese él buscar con la vista a la pequeña cortejada, que tenía motivos para creer que le había caído antípoda. Esperó, y nunca le parecieron tan vacuas las peripecias de los dos consabidos enamorados que buscan juntos el consabido tesoro y reciben las consabidas zambullidas en el agua y los consabidos tiros, que, aunque dan en el blanco, nunca matan.

Acabó aquello y se encendió la sala; Alfonso buscó por toda ella, púsose de pie, extendió la vista a los cuatro puntos cardinales con el ansia del sediento que busca el chorro del agua brillando a la luz del Sol. ¡Nada! Por lo visto a las tres se las había tragado la tierra o habían perecido víctimas de una de aquellas truculen-

tas catástrofes que acababan de desarrollarse en la pantalla.

Había hecho el canelo, porque además de haber perdido de vista a la pequeña, tenía ahora que tragarse unos cuantos metros de aquella película tan divertida. ¡Con lo que le regocijaba a él el cine... sin una compañera amable en la butaca de al lado!

Fué a sentarse rezumando desolación, cuando delante de él, separada no más por el espacio estrecho que mediaba entre fila y fila, vió un haz de hebras doradas, abundante y ondulado como un trigal cuando lo agita el viento de Abril; la mata de pelo, sujeta por un lazo a la nuca de su dueña, caía después sobre el respaldo de la butaca hasta rozar casi las rodillas de Alfonso Yáñez.

Este dió un respingo, notó que la boca se le secaba como si estuviera comiendo mojama, e instintivamente se pasó la lengua por los labios.

Aquel pelo era el de Lolín. Yáñez esperó hasta el final de la sección, echó a andar tras él—para lo cual, *incidentalmente,* tuvo que hacerlo también detrás de su dueña —, y siguiéndole, como había seguido antes el gusano de luz de la linterna del acomodador, llegó a la calle de Juanelo.

Pero lo hizo furtivamente, sin que ni la propia interesada ni su madre se enterasen de la persecución. Fué por las calles como alucinado, nuevo Rey Mago tras de la estrella que caminara por el Oriente.

Y al otro día volvió al sitio donde la estrella se había apagado para él y... ya sabe el lector lo que pasó.

Como siempre, a la hora de siempre y con el aire y el aspecto de siempre, salió Lolín de su casa para ir a dar la clase de piano, la tarde siguiente a su primera entrevista con Alfonso.

Y no vale pasarse de listos y decir que la procesión iba por dentro; no, por dentro, en realidad, no le andaba nada a la muchacha. Si en el pensamiento humano cupiera la *panne* absoluta, diríamos que el cerebro de Lolín sufría una *panne* en su actividad desde hacía casi veinticuatro horas. Pensaba, sí; pero tan confuso era, tan embrollado lo que pensaba, que, contradiciéndose unas ideas a otras con igual fuerza, venía a ser nulo el resultado de lo pensado.

Si ahora, al salir de casa con el método de piano bajo el brazo, la hubiera parado alguien en la escalera y la hubiera preguntado concretamente qué pensaba hacer al encontrarse en la esquina de los Estudios a su cortejo, no hubiera podido responder nada; no lo sabía.

Y claro es que lo encontró. Aunque la chica

fué puntual, él llevaba yá allí cerca de media hora.

Lolín viólo de lejos y, al fijarse en él, comprendió lo que quería decir la palabra guapo aplicada a un hombre. Hasta entonces, siempre que en un teatro oía, por ejemplo, llamar guapo a un cómico por una amiga o vecina de localidad, la pequeña se fijaba en él, lo analizaba con verdadero ahinco, y acababa siempre formulándose idéntica pregunta:

—¿Por qué le llamarán guapo a este hombre? Lo que es yo no le encuentro atractivo alguno...

Y por una sincera inclinación de su espíritu, en el mejor mozo no había ella encontrado hasta ahora más que defectos: éste le parecía sucio, el otro lucía unos dientes demasiado grandes, al de más allá había empezado a caérsele el pelo... o llevaba unas estupendas rodilleras. El hombre en general se le ofrecía como un bicho desagradable que sólo miedo podía inspirar.

Y este concepto era lo que había cambiado en ella, por encima de todos, en aquellos dos días. Sí, ya se daba cuenta de lo que quería decir un hombre guapo; un hombre guapo era aquel que estaba aguardándole a ella en la esquina, con los ojos como brasas, que parecían

querérsela comer, con la cara de un moreno campesino que resultaba casi mulato, y el tipo de una dejadez arrogante que a ella la dominaba, llenándola de un miedo delicioso. A su vista sentía la necesidad de entregarse, de hacer dejación de su voluntad de una manera absoluta.

Comenzó él dándola las gracias por haber venido, y, emparejados, echaron a andar por la acera de la izquierda de la calle de los Estudios. La casa de la profesora estaba en la de la derecha, y bien pronto la pareja pasó ante ella sin pensar siquiera en detenerse. Hablando, hablando, es decir, hablando él solo, pues ella no hacía más que escuchar y sonreir, llegaron a la calle de Toledo.

De este modo tan sencillo quedó resuelta la duda que al amigo Yáñez había atormentado durante todo el día: ¿Lolín accedería a acompañarle donde él la quisiera llevar, o insistiría en subir a dar su clase? No había habido discusión, ni siquiera había existido planteamiento de la cuestión; dócilmente, calladamente, como hace siempre la verdadera obediencia, la chica había hecho la voluntad de su flamante novio.

Atravesaron la plaza y calle Mayor y, por la de Santiago, fueron a buscar la plaza de Oriente. Era ya noche cerrada, pues Octubre

agonizaba, y la pareja, muy ensimismada, parecía la de una hija con su padre, un padre muy joven, pero padre al fin. Por la diferencia de edad bien podía serlo Yáñez de Lolín.

Mientras aquél iba contando a la pequeña lo mucho que le gustaba y lo bonita que le parecía, por dentro iba pensando en la dejación total, absoluta, que la pequeña le había hecho de su voluntad. Demasiado tierna para esa lucha de caprichos y de imposiciones que suele ser el cariño entre hombre y mujer, se daba con el pensamiento antes de darse con el cuerpo. A él la cosa le encantaba, pero, al mismo tiempo, le llenaba de terror.

Porque aunque la cosa parezca una paradoja de esas que ahora están en moda, no hay idea de los disparates, de las locuras que puede obligarnos a hacer una persona que nos entrega sus potencias interiores de modo tan completo.

Él notaba, casi se diría que palpaba, aquella dejación de la pequeña; se transparentaba claramente en su sonrisa, que no era de picardía, sino de sumisión complaciente; en su manera de mirar, franca, prometedora, llena de curiosidades, que con tal de satisfacerse estaban decididas a todo.

El Cinema Iberia venía a ser un local amplí-

simo, construído por un empresario que, indudablemente, era un tío de pupila; este socio habíase enterado de que en Madrid, sobre todo desde el último crecimiento asombroso de la población, eran escasas y no muy confortables las casas de citas, y había alzado en el barrio de San Vicente una colosal, en la que para mayor solaz de la parroquia, se exhibían unas películas y sonaba un sexteto.

Porque el Cinema Iberia no era más que eso: una colosal casa de citas, en la que cabían a un tiempo varios miles de parroquianos.

Todavía las butacas no tenían mucho de particular: eran como las de los demás establecimientos, y en ellas, una vez hechas en la sala las tinieblas, no cabían más que aquellos escarceos más o menos románticos que crecen como la hiedra entre el público de la película. Pero ¡los palcos!... Los palcos del Iberia, grandes como camas de matrimonio, eran algo diabólico, que si Mefisto los conoce cuando bajó a la tierra a echarle la zarpa al alma de Fausto, traslada a uno de ellos la escena del jardín de Marta.

A más de muy grandes, tenían tan alto el barandal que, aun iluminada la sala, costaba mucho trabajo distinguir a sus ocupantes desde el resto de las localidades. Los antepalcos

eran un nido lleno de misterio y de... comodidades; en uno de ellos, que caía muy cerca del escenario, había un sillón amplio, fastuoso, acogedor como una celestina, en el cual se habían cometido más atentados a la ley de Malthus que en una juerga comunista.

¿Habrá que decir que el Cinema Iberia estaba siempre lleno? Sería tan superfluo como meterse a tomar un baño con impermeable.

De cuando en cuando veíanse entrar en él unas parejas muy pintorescas; a la legua notábase que eran gentes que se habían encontrado de un modo un poco fortuito, pero que trataban de conservar siempre un buen recuerdo del acaso de aquel encuentro. Otras—esto ocurría preferentemente con el público de los palcos—entraban primero ellas, jóvenes de pocos años por lo general, y ocupaban su localidad sin que varón alguno las acompañase; no hay que pensar mal, lector; no transcurría mucho tiempo sin que un señor maduro penetrase en el local y, afectando un aire muy despreocupado, aunque llevando en los ojos ese brillo del caballo cuando olfatea la cuadra, buscase el palco número tal, donde habían entrado las chicas solas, y se colase en él.

Durante el período culminante de la sección se percibía en la sala, como si subiese en co-

lumnitas de humo hasta el cielo, ese rumor callado que emerge de los huertos y jardines en las noches perfumadas de la primavera, y que debe ser la subida de la savia por tallos y ramas hasta que hace explosión en el capullo.

Alfonso Yáñez, ya lo habrá adivinado el lector, tenía el propósito de llevar a Lolín aquella tarde a un palco del Cinema Iberia; desde la una obraba en su poder la localidad, y al pasar ahora por delante de Caballerizas iba diciendo a la pequeña:

—Me gusta ese cine porque se está más aislado que en otros; no le ve a uno casi nadie, y aunque lo que hacemos no es nada malo, hay que evitar que te vea alguna conocida y le vaya luego a tus padres con el cuento de que te has fumado la clase de piano.

—¿Qué películas ponen?

La pregunta le hizo a Yáñez el efecto que le habría hecho la más enrevesada de las de la Trigonometría. Pero ¡qué curiosonas son las mujeres! Y si son tobilleras, mucho más curiosas todavía. Había que responder algo.

—¿Qué películas?... Pues ¿querrás creer que no me he fijado en el programa? Pero seguramente veremos algo bonito.

Poco faltaba ya para verlo. Llegaban; la pareja entró con la misma seriedad y el mismo

recogimiento que si fuese a tomarse los dichos o a empeñar una alhaja de familia. Yáñez iba emocionado al penetrar en el palco; ella estaba sumisa, decidida; parecíale que en aquel agujero de sombras que era el antepalco, y a cuyo fondo se oía tenuemente el piano del sexteto como el canto de una sirena, iba ella a descubrir por fin el misterio. Al cerrarse la puerta tras los dos, Lolín tuvo la impresión de haber dado un paso decisivo en su vida.

Alfonso Yáñez instaló a la chica en un asiento que hacía frente al escenario y, lleno de respeto, colocóse él al lado. La pequeña, a pesar de su emoción, engolfóse desde luego en la película que se estaba proyectando; pero él, aunque también se puso a mirar, no se daba cuenta de lo que veía.

Pasado un rato en un silencio fatigoso, el ex comerciante buscó a tientas una de las manos de ella, y cuando la tropezó la atrajo hacia sí, colocándosela sobre el pecho. La manita estaba caliente y temblaba un poquito. Él quiso que la palabra siguiera al gesto, y con una voz muy tierna la preguntó:

—¿Pero es de verdad que me quieres, Lolín?

La chica, que con la obscuridad había perdido algo de su timidez, le dijo:

—¡Anda! ¿Y por qué no voy a quererle a usted?

No se dió él cuenta de la tremenda lógica que había en aquellas palabras; eran ellas, por eminentemente sinceras, la expresión más exacta del ánimo de Lolín desde el día anterior. Y cualquier chica en su caso hubiera podido decir lo mismo a su primer adorador. Para todas ellas el primero que las abordaba, con tal que no fuera un tipo francamente repugnante, llevaba el juego ganado; cuando fueran mayorcitas ya sería otra cosa.

—Es preciso que me tutees; me hablas así como a un padre o a un extraño.

—Si eso le gusta...

—*Te*, *te* gusta.

Al lado de Lolín había otra silla, que Alfonso casi distinguió en las tinieblas, y, abandonando la que ocupaba en el centro del palco contra el antepecho, fué a sentarse en ella. La peque, inclinada hacia adelante y sin dejar de interesarse en la película, dejaba entre su cuerpo y el respaldo de la silla un espacio libre, en el que el haz broncíneo de su pelo campaba solo y dominador. Yáñez fué allí con su mano derecha, la sumergió entre las hebras y las acarició temblón como quien juguetea con el agua olorosa de una jofaina.

De vez en cuando alzaba a mano abierta la cabellera de Lolín y se la llevaba a la boca, la

besaba, la gustaba como quien saborea un plátano tierno, se cubría con ella la cara y, puesta a modo de corbata, doblaba sobre ella el cuello, sintiendo la caricia de una piel fina en un día de frío.

¡Qué placer tan intenso, qué voluptuosidad tan honda experimentaba con todos aquellos juegos! No los hubiera cambiado por otros goces que el cuerpo mismo de Lolín habría podido proporcionarle si él fuera un hombre como los demás.

¡A qué poca costa, con cuánta inocencia podían satisfacerse ciertas aberraciones que indudablemente caen de lleno en los dominios de la patología! Alfonso Yáñez era un fetichista de los más clásicos y típicos, y acaso aquella su creciente afición a las chicas tiernas no fuese más que el atractivo irresistible que sobre él ejercían sus pelos sueltecitos, sus melenas alborotadas y propicias siempre al jugueteo y al retozo.

Sí, era un anormal; pero, por serlo, la pequeña iba a salir de sus brazos seguramente sin detrimento alguno en su físico, sin esos atropellos y sondeos brutales que los hombres de sexualidad normal emplean con las doncellas en cuanto la ocasión ayuda un poco.

Aquí la ocasión no podía ser más propicia,

pero no había cuidado. Haciendo *aquello*, a Yáñez no le apetecía nada más... Y lo hacía ahincadamente, con toda fe; aquí no era como en aquel contacto furtivo de la noche anterior en la calle del Mediodía Grande; aquí la chica se daba perfecta cuenta de que su novio la estaba haciendo la *toilette*. Y en su ignorancia de novicia que no tiene de ciertas cosas más que atisbos, pensaba:

—¡Quién sabe! Puede que eso sea una prueba muy grande de amor.



Un timbre previsor anunció durante largo rato que en la sala iba a hacerse la luz.

Pero Yáñez no se movió: los palcos del Cinema Iberia estaban tan bien dispuestos, que desde fuera de ellos no podían verse más que las cabezas de los que los ocupaban.

¡Las cabezas! Con ellas hubo bastante para que Lolín, al iluminarse del todo el local, se llevase un susto mayúsculo, al mismo tiempo que se llenaba de asombro. Porque al extender la vista por la sala y mirar a los palcos de enfrente vió en uno de ellos algo que la hizo levantarse como un corzo y, muy encogida, refugiarse en el antepalco.

El novio la siguió.

—¿Qué te pasa?

—¡Ay, qué susto me he llevado!

En efecto, estaba pálida, suspirando de prisa como si acabase de librarse de un atropello.

—Pero ¿qué es?

Separó un decímetro la cortina que cubría el antepalco del muro y dijo a Yáñez:

—Mira por aquí, pero con cuidado, no nos vayan a ver. Allí enfrente, en el palco que hace ocho contando desde el escenario. ¿Ves?

—Sí.

Veía, en efecto, una señora de edad, algo delgada y muy seria, que, muy de cara al escenario, parecía despreocuparse de todo lo demás que pasaba en el palco, como si estuviera en él sólo por guardar las formas; detrás había una pequeña insignificante, y luego otra chica de la edad de Lolín, morena, y que desde lejos parecía guapísima; a su lado, pegado a ella como un sello a una carta—y aun se notaba que al darse la luz habían hecho un esfuerzo para despegarse un poco—, había un pollo muy atildado, de peinado de coco y rostro epiceno. En el aire, en la ropa, se notaba que eran demasiado señoritos en comparación con las parejas habituales del Cinema Iberia.

Lolín fué explicando el cuadro.

—Las dos chicas son primas mías. Senia, que es la mayor, y Maripú, que es la más pequeña. La señora de edad es la de compañía, que sale siempre con ellas a la calle: la *carabina,* como la llaman.

—¿Y el pollo?

—¡Ah! Ese no sé... Yo no sabía que Senia tuviera novio.

—Bueno, y ¿por qué te has asustado?

—Hombre, figúrate que me ven aquí contigo: ¡iban a tardar mucho en irle con el cuento a mi madre!

—Es verdad.

Yáñez se preocupó al principio; pero no tardó en pensar que con la luz apagada no había temor de que los descubriesen. No hacía falta más que tener un poco de cuidado en los entreactos.

La chica le explicó muy a la ligera quiénes eran aquellas primas y qué relación tenían con su familia. Alfonso comprendió cómo una criatura de vida tan humilde como Lolín tenía unas parientes de aspecto tan diverso.

—Lo que no me explico—dijo la pequeña—es cómo vienen a este cine.

—¡Bah! Como hemos venido nosotros.

—¡Ca! ¡Esas...! No sé: ahí debe haber trampa, porque además, ahora recuerdo que, según me han dicho ellas mismas muchas veces, hoy es el día que les toca el abono en Royalty; de manera que ¿cómo están aquí?

—Pues, mira: la mayorcita debe estar muy a gusto. Fíjate: parece que no se han enterado de que se ha iluminado la sala.

—¡Anda! Esa es más resuelta...

Pero el entreacto terminaba; volvió el impe-

rio de las tinieblas y tornaron a su sitio Alfonso y Lolín. Sólo que aquél, queriendo variar un poco el programa, tomó con las dos manos la cabecita de la chica y, uniéndola a la suya, le dijo:

—Vamos a darnos un beso. ¡El primero!

Así lo hicieron, y, por influencia sin duda del medio, el beso fué tan largo como solían ser los de los enamorados en las películas.

—Dime, Lolín: ¿soy yo el primer hombre que te besa? Pero dime la verdad.

—No.

Decididamente la obscuridad volvía atrevida a la pequeña.

—¿Dices que no?—preguntó él con cierta desilusión.

—No, no...

—Y ¿quién ha sido el que te ha besado antes que yo?

—Mi padre.

Quedóse de una pieza el preguntón; otra duda horrible—aquella chica era un vivero de dudas—volvió a asaltarle; aquella pequeña, ¿era una ingenua casi inverosímil, o era una guasona de primer orden?

Para cualquiera de las dos hipótesis había fundamento bastante en aquellas dos palabras que la chica acababa de pronunciar: «Mi pa-

dre». Al galán se le quitaron las ganas de seguir preguntando.

La película seguía y Yáñez siguió también su faena capilar. No se cansaba nunca: esta era otra de las ventajas de su afición; no había en ella ese goce intenso, pero fugacísimo, que es el fondo de otros placeres genésicos y que, apenas saboreado, ya es sensación refugiada en los rincones del recuerdo. Esto no: aquí era como un deleite que tenía algo de la suavidad mística, del arrobamiento tranquilo de los éxtasis. Cerrando los ojos, para aumentar más aún la negrura de la sala, Alfonso iba imaginándose mil escenas vividas sólo en su fantasía, creando un mundo de imaginaciones, cosas tal vez no ocurridas jamás si no era en el campo de su pensamiento, pero de un pensamiento muy lejano, muy tierno, como de cuando era niño. Y tenía que hacer un esfuerzo para traer a la memoria la escena aquella de su despertar sexual en casa de su madre en Sevilla, cuando la joven corredora le pidió que la ayudase a peinarse y él estuvo bañando sus manos durante un gran rato en aquel mar de cabellos de ébano. Tenía que hacer el esfuerzo; pero al pasar el recuerdo el umbral de la conciencia lo hacía como si no viniese de muy lejos, como esas personas a las que ve-

mos muy de tarde en tarde, pero que han seguido de cerca los pasos y las peripecias de nuestra vida.

Lolín dejaba hacer a su novio; cierto que éste, sin duda para que el recuerdo fuera completo, iniciaba con la mano izquierda unos escarceos en otros parajes del cuerpo de la joven; pero como ello no le proporcionaba mayor molestia, seguía contemplando tranquilamente las incongruencias de la película... y figurándose lo que estaría pasando en el palco frontero entre su prima y aquel pollo.

Esto último le daba cierta tranquilidad de conciencia, aunque en realidad no la tenía muy perturbada. Si sus primas, muchachas «bien», iban allí acompañadas de amigos de contrabando, ella, que socialmente no era más que una muchacha «regular», bien podía hacerlo sin que nadie la censurase.

Y eso que Lolín no se lo figuraba todo. La joven Senia había conocido a aquel pollo un mes antes en el cine Royalty; lo había conocido a distancia, pues ella estaba en un palco con su gente y él ocupaba una delantera. Pero la miró, la sonrió un poquito, siguióla a la salida hasta su casa y al día siguiente hizo lo de rigor en casos tales: ponerse al habla con la *carabina* y procurar aprovecharse de las cir-

cunstancias, que nunca faltan cuando se las sabe esperar.

Hoy era la primera vez que había conseguido *encerrarse* en el Cinema Iberia en compañía de su novia, y como el pollo—un estudiante de Caminos hijo de un alto empleado de la Tabacalera—no se parecía a Alfonso Yáñez en las aficiones amatorias, estaba dando a su pequeña la primera lección de cierto juego manual.

Senia estaba torpe. Hay que tener en cuenta que era la primera vez; a los doce años aún no había debutado, y el aprendizaje, tan necesario para todos los oficios de este mundo, tenía sus exigencias y sus pasos contados.

Esa natural torpeza de la novicia debió ser la causa de que el pollo que la acompañaba pronunciase de pronto esta frase, que casi se oyó en los palcos vecinos:

—No, mujer; si no sabes ni siquiera cómo se coge.

¿A qué se refería? Lo ignoramos; pero queremos ser castos de pensamiento y creer que lo que Senia, en sus pocos años, aún no sabía coger, eran las pulmonías.

La imprecación del pollo resonó en el momento en que la película llegaba al punto más interesante, y la *carabina*, aplicándose aún

más a la admiración del *film*, dió un gran suspiro al oir las palabras cabalísticas. Acaso recordase la ocasión en que, años atrás, otro pollo como aquel le decía algo semejante en circunstancias análogas. Pero no; cuando la *carabina* estaba en situación de que le dijeran aquello, aún no se había inventado el cinematógrafo.

Alfonso Yáñez era feliz; por hoy nada había hecho en la obscuridad del palco, de ningún pecado impuro podía acusarse, aparte aquel arrobo místico inspirado por los cabellos de la joven, que, después de todo, era bastante inocente.

En cuanto a ella, que ni siquiera había realizado cosa parecida, se consideraba satisfecha, casi podría decirse que ahita con sólo tener al lado, tan cerca, a aquel hombre que, para ella en estos momentos, resumía y compendiaba de un modo tangible a todos los hombres del mundo. Su naturaleza no le pedía nada, no tenía hambre ni sed de nada material, y el despertar de sus sentidos consistía sólo en esta necesidad de ponerse en contacto con el macho, en este halago de ser deseada por él como una mujer, de ser mirada con apetito, de convertirse de niña en hembra a quien los hombres toman en cuenta y desean. ¡Suprema voluptuosidad, su-

premo goce de las llamadas tobilleras, que, desde luego, es lo que más agradecen!

Lolín tuvo la idea, y se la comunicó a su novio, de que saliesen antes de que el espectáculo terminase, para evitar el encontrarse con el público a la salida. A él le pareció la cosa muy racional, y, después de darse otro beso muy largo, salieron al pasillo en dirección a la calle.

La escalera principal tenía dos tramos que bajaban, respectivamente, del lado de los pares y del de los impares, y se unían a mitad de trayecto en uno solo para bajar así hasta el vestíbulo.

La pareja de Lolín y Alfonso, muy juntos y muy de prisa, bajaba por uno de ellos, y al llegar al sitio de la unión se tropezaron con otras personas que habían descendido por el opuesto. Las que bajaban eran las primitas y el pollo que las acompañaba; la *carabina* venía detrás, algo distanciada, siempre en su divino papel de guardiana de la Moral, pero desde lejos.

El encuentro fué inevitable, y el azoramiento de unos y otros tan inevitable como el encuentro. Sorpresa no hubo más que por parte de las primitas; lo que menos podían figurarse ellas es que Lolín estuviera allí y acompañada por un desconocido. El que ni se azoró ni se

sorprendió fué el novio de Senia; como no conocía a Lolín ni de nombre, no se enteró de nada.

Ambos bandos comprendieron súbitamente que allí lo que se imponía era hacer como si no se hubieran visto. Así lo hicieron, y dejando Lolín que el otro grupo pasara delante, y bajando todos los ojos, separóse una vez más la familia.

La función terminó al poco tiempo y la gente empezó a salir un poco de prisa; sobre todo en ellas se notaba la precipitación por ganar el tiempo pasado allí seguramente de un modo furtivo: eran criadas que habían salido aquella tarde *a ver a su madre*, y habían volado al Iberia, donde las aguardaba el novio; modistas que, por aquella tarde, se habían fumado el taller; chicas de portera que habían salido a un recado, *a por la leche*, quizá; Lolines que en vez de su lección de su piano o de baile la habían dado de dactilografía... Ahora iban todas con el afán de llegar pronto a casa, y que la bronca, si se la echaban, no fuera muy grande.

Y ellos salían ahitos, satisfechos, como hombres que han comido bien y han suprimido, por algún tiempo, el problema del hambre; en cambio ellas aparecían más indiferentes, sin

huella alguna de goce en la cara, instrumentos puramente pasivos del placer de ellos, pero contentas con la satisfacción de los machos.

El público se repartía en todas direcciones por la amplia calle donde el Iberia se alzaba, alejándose algunas parejitas muy unidas aún, como si para ellas continuase la película.

El local por dentro quedaba lleno de ese vaho caliente y lechoso de los establos en que unas vacas generosas de sus ubres hubiesen pasado una noche entera. Una neblina sutil ascendía lentamente al techo, y en ella parecían bailar una danza grotesca mil bichitos, millares de criaturas humanas en embrión que se habían perdido estérilmente, como la semilla a la que una mano torpe arroja sobre un pedregal.

Al día siguiente Lolín buscó un pretexto para ir a visitar a las primas de la calle de Zurbano.

—Mamá, como hoy es día de Todos los Santos, ¿quieres que vaya a visitar a las primas?

Ya sabe el lector que las visitas de Lolín a sus parientes sólo se verificaban en las fechas muy señaladas del almanaque. ¡Y más señalada que hoy, que, por ser Todos los Santos, era la onomástica de toda la familia de Pillaruelos!

Fué, en efecto; vestida con lo mejor, arreglada como para comulgar por primera vez, la peque salió de su casa a las tres de la tarde acompañada por la Engracia. Al novio le había dicho la noche antes que hoy no se verían, y también le había explicado por qué: siendo día festivo le faltaba el pretexto de la lección de piano para salir a la calle sola, y en cuanto a acompañarla por el camino hasta la calle de Zurbano, cosa a la que él se agarró como a

una escarpia inflamada, la chica se opuso. Madrid, aunque muy grande, era muy pequeño, y podían verlos donde menos lo esperasen.

Cuando iban allá Lolín y la criada, tomaban el tranvía en Progreso e iban en él hasta la plaza de Santa Bárbara. Desde allí a Zurbano a pie no resultaba muy lejos.

La criada la dejaba siempre en la puerta misma de la casa, y el portero, desde la noche en que la vió salir sola en el automóvil de los señores del principal, descendía un poco de su altivez de obrero con librea, y se apresuraba a ponerla el ascensor. La fastidiaba, porque a Lolín la hubiera gustado subir a pie por la escalera, hundiendo las plantas en aquella alfombra tan mullida que parecía una pradera de heno, y aspirando el aire tibio que emanaba de los radiadores, encendidos hoy precisamente por primera vez en aquel comienzo de invierno.

Su llegada al piso producía siempre una gran extrañeza en la criada al abrir la puerta, y las primitas, que no tardaban en acudir, prorrumpían indefectiblemente en esas exclamaciones de júbilo—¡Hola! ¡Dichosos los ojos! ¿Tú por aquí?—, que, queriendo decir demasiado, nada dicen.

Hoy fué Tali la primera que acudió al mis-

mo vestíbulo, muy puesta de sombrero y colocándose los guantes.

—¿Vais a salir?—preguntóle Lolín con cierta angustia.

—Yo voy con los papás a hacer unas visitas, pero Senia y Maripú se quedan... No sé si luego van a salir ellas con doña Nelly.

Doña Nelly era la *carabina*.

Al oir la voz de la primita, la risueña Maripú vino corriendo por el pasillo central de la casa, que era más bien una galería suntuosa con palmeras en grandes cacharros de plata: a un lado de él abría el comedor, que tomaba la luz de un patio, y al otro el gran salón, cuyos tres balcones daban a la calle de Zurbano.

Maripú se colgó al cuello de Lolín sin dejar que ésta se quitara el abrigo y la boina. Llena de mimosería, empezó a reconvenirla:

—¡Mala! ¡Más que mala! La última vez que estuviste aquí me prometiste venir a los dos días: ya no me quieres. Ayer tarde te vi en el cine y...

Felizmente acababa de aparecer Senia, la cual, al percatarse de lo que la pitusa se disponía a contar a gritos, la cogió por la espalda y la obligó a callar casi a la fuerza. Abrazó y besó a la recién llegada, y mientras la ayudaba a despojarse de las prendas calleje-

ras, echó una mirada a la hermanita menor, acompañada de una mueca que quería decir:

—¡Pero qué estúpida eres, criatura!

Luego, mientras iba Lolín a saludar a los tíos, Senia cogió a Maripú contra la puerta del comedor, y se puso a reprenderla con toda severidad:

—Lo primero que te he dicho es que no digas a nadie dónde estuvimos ayer. ¡Tonta! La culpa la tengo yo por llevarte conmigo. Descuida, que no me volverá a ocurrir.

Y Maripú, casi haciendo pucheros como cuando tenía cinco años, se fué al fondo de la casa, después de decir a la hermana:

—Pero si es que se me había olvidado...

Tía Natalia recibió a su sobrina como siempre; es decir, con la misma frialdad cortés con que acogería a la hija de unos vecinos pobres que viniese a jugar un rato con sus hijas. Preguntó por su hermana y su cuñado, pero no se necesitaba ser muy lince para comprender que las preguntas las hacía importándole lo mismo que la respuesta fuera que estaban sanos y robustos o que en aquel momento estaban los dos de cuerpo presente.

Tío Jerónimo la dió unas palmaditas en la cara y le dijo:

—Nosotros nos llevamos a Tali, pero ahí

quedan Senia y Maripú. Luego creo que van a ir al cine con doña Nelly: que te lleven con ellas.

Su mujer le fulminó con la mirada.. ¡Siempre sería un estúpido, con su eterno afán de ser amable con todo el mundo! ¿Qué necesidad había de que sus hijas se exhibieran en público con aquella pariente de los barrios bajos? Para doña Natalia todo el que viviera más allá de la Concepción Jerónima era una persona absolutamente despreciable.

Se marcharon, y Senia apresuróse a apoderarse de Lolín y a llevársela a su cuarto. Se le había despertado súbitamente un cariño grande por la prima, a quien hasta entonces sólo había tratado como a una amiga de ocasión: parecía unirla ahora a ella ese afecto complaciente e interesado de los cómplices.

Para quedarse las dos a solas tuvieron que conformar a Maripú, que a toda costa quería que la visitante se pusiese a jugar con ella y con la muñeca *Laly;* fueron a su dormitorio y se entretuvieron durante unos minutos visitando *la casa* de la linda pepona, acariciándola y viéndola tomar el café. Después, para que las dejara tranquilas, hiciéronla creer que Lolín iba a probarse unos vestidos y la dijeron que no las molestase mientras ellas no la llamaran.

Miss Nelly, la complaciente miss Nelly, a quien, después de lo de la tarde anterior, no le chocaba el interés de las dos primas por cuchichear a solas, se encargó de retener a Maripú.

El dormitorio de Senia, a la vez tocador y cuarto ropero, era una estancia muy amplia que tenía un gran ventanal sobre un jardín a la espalda de la casa. Como todos los cuartos de las tobilleras «bien» de estos primeros años del siglo xx, estaba puesto con arreglo al eterno modelo de revista inglesa, que, si no bonito, era, por lo menos, limpio y cómodo.

El lecho era muy bajo, y de día, cubierto por una piel aleonada, parecía una *chaisse-longue* amplia; los mueblecitos, en el mismo tono blanco de los muros y el techo, eran pocos y frágiles, como corresponde al dormitorio casto de una virgen, en el que no han de reñirse ninguna clase de combates. Blancas eran también las cortinas de la puerta y la ventana, los paños que guardaban los trajes en el ropero, y hasta las esterillas que casi cubrían el piso de madera. Una sinfonía en blanco mayor, como diría cualquiera de nuestros literatos en un ataque fulminante de cursilería. En aquel estuche, que parecía una campiña nevada, no había de ordinario más nota

negra que la de los ojos y la cabellera de Senia, más guapa en aquel interior que en medio del bullicio de las calles y de los teatros.

En eso de guapa hoy lo estaba de verdad; preparada ya para salir, habíase puesto un trajecito obscuro muy abierto por el pecho, cuyas carnes acariciaba un adorno delgado de piel que subía hasta los hombros para bajar por la espalda: por abajo era más corto que los que llevaba hacía un año, siguiendo esa ley ineludible para las muchachas de ahora, con arreglo a la cual, a medida que van cumpliendo años, se van haciendo la ropa más corta. Senia hoy de pie, dejaba ver el saliente de la rodillas, y si se sentaba, y por acaso cruzaba las piernas, entonces lo que se veía no puedo yo decirlo en un libro tan puro como éste.

Habíase dejado el pelo libre del todo, de manera que le caía por los hombros, cuello y espalda como una mantilla negra puesta al desgaire; tenían sus cabellos un brillo metálico especial, con densas tonalidades azules, y la amplia melena, que llegaba hasta la mitad de la espalda, era de esas que, aun vistas desde lejos, parece que descubren su limpieza y su buen olor.

Formaban aquellas dos cabecitas un bello

contraste—oro y negro—que evocaba ideas de suntuosidad; pero, a diferencia de Lolín, Senia tenía sobre sí otros atractivos que los de la cabellera. Los ojos, muy negros y muy grandes, lucían un brillo entre malicioso e ingenuo, y la blancura de los dientes, al asomarse por entre los labios de guinda, era una invitación más al asalto. ¡Hermoso capullo de mujer, entreabierto nada más, pero sin duda más bello ahora que cuando fuese rosa ya formada y hubiese perdido ingenuidad!

Cerraron la puerta por dentro y sentáronse al pie de la cama.

—Oye—empezó Senia—, ya comprenderás que yo no he contado a nadie lo de ayer.

—Ya me lo figuro; ni yo tampoco. Pero ¡mira que es casualidad!

—Bueno; nosotras es la primera vez en la vida que vamos a ese cine.

—¡Anda! Y yo.

—¿De verdad?—preguntó Senia con toda ingenuidad.

—De verdad; te lo juro. Si fué que...

Pero se calló. En realidad, ¿qué podía contarle a la prima? Su aventura había sido tan inverosímil, que ella habría enrojecido al contarla, no de vergüenza, sino ante el temor de que no la creyesen.

Senia quiso ayudarla.

—Y ¿quién era aquel señor que te acompañaba? ¿Algún amigo de tu papá?

—¡Ca! Pues si mi papá se enterase de eso...

—Entonces, ¿quién es? ¿Dónde lo has conocido?

—Pues en la calle. Se me acercó... bueno, antes me había escrito una carta.

—¿Y no sabes quién es?

—Sí, mujer; es muy rico, y dice que me quiere mucho.

La morena, algo más avispada que su prima en estas cuestiones, la oía decir aquellas cosazas con cierto terror. ¿Iba a resultar que Lolín, que parecía tontita, podía ya dar lecciones de algunas materias? ¿Tendría razón su madre al decir con cierto retintín que sus parientes los Muros eran gente de pocos escrúpulos? Una pregunta le bailaba en la boca, pero era tan escabrosa, que no sabía cómo soltarla. Y, sin embargo, era la clave para saciar la terrible curiosidad que la asaltaba. Porque más que nada era eso: una curiosidad de solterona de cuarenta años.

Quiso, dando ejemplo, provocar la confesión de Lolín confesándose ella misma primero, y así, aunque la primita nada le preguntaba, empezó a contarle la historia de sus relaciones

con el pollo que la acompañaba la tarde antes en el Iberia: cómo y dónde le había conocido, las cartas que le escribía..., las exigencias que había tenido en el palco.

—No hay más remedio, chica; hay que ser complacientes; si no, se van. Y luego qué cuesta eso tan poco... Lo que yo no sé es qué placer sacan los hombres a eso. A ti también te lo habrá exigido el tuyo.

—No; hasta ahora, no.

—¿Que no?—dijo Senia entre incrédula y asombrada—. Entonces, ¿a qué fuisteis al palco del Iberia? Porque para hablar nada más, hay otros sitios mejores.

Y Lolín sintió de pronto la necesidad de contárselo todo a su prima; era como un desahogo, como una exigencia de que Senia supiese que ella tenía también un hombre que se le acercaba temblón y con la boca seca. A ella, que tenía un año más que su prima. Y se lo dijo todo, los tirones del pelo, aquella caricia prolongada de su cabeza, mientras ella se dedicaba indiferente a ver la película, los contactos, los besos..., pero nada más.

La morena la oía mirando al espacio ante sí, con los ojos muy fijos, como en una abstracción. Cuando la rubia dejó de hablar, ella, con una risita zumbona, dijo:

—Sí, sí..., a mi novio no le da por los cabellos, es más positivo. Pero me has hecho acordarme de una cosa que me ocurrió el invierno pasado, y que a mí, al principio, me pareció muy rara. Una noche, yendo yo sola con la miss por la calle de la Montera, empezó a seguirme un señor muy bien vestido que, aunque no era viejo, no podía decirse tampoco que fuera un pollo; yo notaba que, cuando íbamos por sitios donde se podía andar con desahogo, el hombre me seguía a distancia mirándome con respeto; pero, en cambio, al llegar a uno de esos parajes en que por exceso de circulación la gente se apelotona y se rozan los transeuntes unos con otros, mi cortejo se acercaba a mí todo lo que podía. «¡Vaya!—me dije—. Este es un aprovechado. Con tal que no sea de los que pellizcan...» Pero no, me había equivocado, porque yo no notaba en mí intento alguno de parcheo, y tú sabes que esas cosas se notan.

Lolín respondió tan sólo con una sonrisa.

—Una de las veces, ya en la esquina de la Puerta del Sol, y en un momento en que de tanta gente no podíamos materialmente andar, el señor se me acercó a la oreja y me dijo muy bajito: «Tiene usted el pelo más bonito de Madrid». A mí, aquello me hizo reir, y al poco rato perdí de vista a mi adorador. Llegué a

casa, y estando quitándome el sombrero delante de ese espejo, oigo a miss Nelly que da un grito: «Señorita Senia, ¿qué le ha pasado aquí?» Y me trajo hacia delante toda la mata de pelo: miré, y en ella, en la parte correspondiente al centro de la espalda, faltaba un mechón del tamaño de mi mano. Se veía muy claro que lo habían cortado con unas tijeras.

—¡Ay que ver!

—Me lo corté entonces yo misma todo por igual antes de que mamá me lo notase, y gracias a que tardó poco en crecerme otra vez.

—Pero yo digo, ¿y para qué querría tu pelo aquel tío?

—¡Qué sé yo! Como no fuera para hacerse un dije... Bueno; hay que ver lo raros que son los hombres.

A los doce años Senia largaba sentencias como esa, y se quedaba tan fresca. Lolín, que era un poco mayor, empezó a mirar a su prima con cierto respeto, con el de la discípula por la maestra: a Senia le habían pasado cosas y sabía mucho. Ella, en cambio, no había hecho más que asomarse al balcón, y aún no se explicaba casi nada de lo que pasar veía.

El relato de Senia le había dado un poco de miedo. ¿Se le ocurriría a su novio proveerse de unas tijeras, y cuando estuviera descuidada

dejarla pelona? Por si acaso, tendría más cuidado en adelante, y lo mejor sería procurar distraerle con otros jugueteos cuando estuvieran los dos solos. Por ejemplo, con aquello mismo que el novio de su prima había obtenido de ésta la tarde antes en el cine. No debía ser cosa muy trabajosa.

Las dos primas llevaron con ellas a Lolín aquella tarde a un palco de Royalty.

La chica protestó al principio:

—Mujer, voy hecha una facha—dijo a Senia—. Si yo lo hubiera sabido, me hubiera arreglado mejor.

—¡Calla, tonta, si vas muy bien!

Lolín tuvo un éxito entre la pollería tierna y uniformada—peinado de coco, rostro afeitado y ropa muy entallada—que constituía el adorno masculino de los días de moda en el elegante cine. Como era nueva, mirábanla con curiosidad, y aun alguno se permitió sonreirla y hacerla muecas desde lejos, pruebas de afecto que la pequeña, algo cohibida, acogió volviendo la cara para otro lado.

En el entreacto vió en una butaca, muy cerca del palco, al pollo que la tarde antes acompañaba a su prima en el Iberia, pero no se acercó; únicamente, cuando él creía que nadie lo veía, lanzaba a su novia unas miradas voluptuosas con los ojos casi en blanco, mientras

se llevaba la mano izquierda a cierto paraje de su cuerpo que no era el corazón.

A la salida, despidióse Lolín de sus primas en la misma puerta, y fuése solita a su casa. Para huir de las calles muy céntricas cortó por Florida, atravesó Fuencarral y vino a salir a la Corredera; siguió por toda ella, y ya iba a meterse en la calle de Tudescos, cuando le dió miedo la profusión de mujerzuelas baratas que pululaban por ella.

A Lolín inspirábanle un miedo terrible las mujeres públicas; estas desgraciadas que se echan todos los días a la calle a ganar el pan en una forma que viene a ser una variante de la mendicidad, tenían para la chica una fama de furiosas y perversas endemoniadas, que le hacía huir de ellas como de casos de viruela. Desde luego les tenía mucho más miedo que a los hombres; y cuando al volver con sus padres por la madrugada de algún teatro pasaba por la plaza del Progreso, que a aquella hora venía a ser un vivero de piculinas, se agarraba a los brazos de sus progenitores, como pidiéndoles que la defendieran del ataque de aquellas furias.

Por no topar ahora con ellas, siguió andando por la calle de la Luna y torció por la de Silva. Eran estos unos barrios casi desconocidos para

ella; a la mitad de la calle sorprendióle el estrépito de unas castañuelas y de un piano golpeado con cierta furia: el ruido salía de un balcón muy iluminado que tenía medio abiertas sus puertas.

Al pasar frente a la de la casa, tuvo Lolín que detenerse en la acera para no tropezar con alguien que de la entrada salía. Era una chica de su misma edad, que se la quedó mirando, y antes de que pudiera reconocerla, la habló gozosa:

—¡Lolín! Pero, ¿eres tú? ¿Qué haces por estos barrios?

Era Merceditas, la tobillera, alumna de piano de doña Bernarda, a la que Lolín, en ocasión memorable, había sorprendido haciendo cierto enjuague con Pepita, la otra discípula, en la misma cama de la maestra. Hacía un mes que, sin despedida previa, había dejado de ir por la calle de los Estudios, y la profesora no sabía nada de ella.

—¿Y tú?... ¿Es que vives aquí?

—¡Ca! Vengo a dar clase: ahora terminamos.

Marcharon juntas hasta la calle de las Fuentes, donde los padres de Merceditas eran porteros. Por el camino fué ésta explicándose.

Ella iba, desde hacía un mes, a aquella Academia de baile, porque quería ser artista; sus

padres estaban entusiasmados con la idea, y la pequeña, convencida de que aquello del solfeo y del piano de doña Bernarda no era más que perder el tiempo, se había aplicado como una fiera a aprender la danza y el accionar para los cuplés, viendo, como todas, detrás de aquello las alhajas de precio, los retratos en los periódicos, el amigo rico, y puede que hasta el automóvil.

Era una novedad de estos últimos años que ya iba tomando caracteres de plaga. Desde que el género de varietés había entrado en el público y había sustituído casi en absoluto al antiguo género chico; desde que en él figuraban como eminencias hasta media docena de grandes artistas de inmenso talento—Raquel, la Pastora, Lolita Méndez, Carmen Flores, la Serós, la Isaura, y alguna otra—, habíase desencadenado una afición tempestuosa entre las chicas de doce a quince años, que, por lo eruptiva, parecía una de aquellas epidemias místicas del milenario. Las víctimas eran, con preferencia, hijas de portera, aprendizas de modista y sobrinas de curas párrocos. ¿Talento? La mayoría de ellas no lo tenían ni para poner un cocido; pero en eso nadie se fijaba.

Madrid se iba llenando de Academias, en que una maestra o un maestro—casi siempre buja-

rrón — se encargaban de preparar a las pequeñas para estas batallas del Arte. Había una en la calle de la Aduana, la de la gran Julia Castelao, artista de verdad ella y persona seria y simpática; otra en la calle de Monserrat, en la de Echegaray, esta de la calle de Silva, y cien más. Raro venía a ser el barrio de la corte en que, desde las primeras horas de la tarde a las primeras también de la noche, no resonase con estrépito el repiqueteo de las castañuelas y los ayes de un piano que, generalmente, parecía tocado por un epiléptico. El que no estuviera en el secreto, pudiera creer, al pasar por la calle y oir aquello, que se trataba de gente despreocupada que estaba corriendo una juerga; lejos de eso, era un taller de trabajo, en el que unas nenas se llenaban el cuerpo de sudor dando clase, para que el culto a Terpsícore no pereciera nunca por falta de sacerdotisas.

—Pues, aquí — decía Merceditas — somos lo menos cincuenta. Yo voy muy bien; si sigo así, voy a salir antes de un año.

—¿A salir?

—Sí; salir quiere decir debutar.

—¡Ah! Y ¿dónde?

—Eso no lo sé: ya veremos cuando llegue el momento. En la casa de huéspedes que hay en

el tercer piso de donde vivimos, hay un señor que es periodista y es amigo de un pariente del que tienen en Romea para contratar las artistas, y ese, que es muy simpático, me ha prometido recomendarme cuando llegue el caso.

Lo que callaba la futura estrella era que el tal periodista, un repórter de sucesos de un diario de la noche de segunda fila, había tenido con ella ciertas exigencias, a cambio, sin duda, de la gloria y el dinero que con su gran influencia pensaba proporcionarla. Muchas noches, a esta misma hora, la esperaba a la salida de la Academia, y, generalmente, metíanse ambos en el vecino cine de la Gran Vía, en el cual Merceditas tenía que entregarse a ciertos ejercicios manuales, para los que acaso no fuesen perdidas del todo las lecciones de tecleo de doña Bernarda. Pero era lo que la chica había oído decir muchas veces a sus compañeras de clase: «En no perdiendo la honradez, lo demás, como no deja huella...»

Porque esa era la segunda parte de la cosa. No que el arte fuera inseparable de la liviandad, ni que las cupletistas y danzarinas fueran todas, como cree el vulgo, unas aves de corral, sino que, desde que cada artista de varietés había de exhibir un traje distinto por canción o por danza, con el sueldo no había ni para em-

pezar, y, fatalmente, se caía en el suplemento.

Y el suplemento, en el caso más honesto, era el amigo fijo y constante, que no por serlo dejaba de ser un lío. Claro que había excepciones, y a esas Academias iban muchas chicas decentitas, muchachas que de buena fe se acogían a aquello como un medio de ganarse la vida con cierta independencia, y como pudieran haberse hecho telefonistas o empleadas del Metro, pero lo general era lo otro.

Para algunas era un medio decente de entrar en la indecencia de la prostitución, y desde la tobillera que, acompañada por su madre, al acabar la lección diaria se iba a hacer la carrera a las calles del centro, hasta la vergonzante que... sin buscar nada, esperaba para rendirse que se presentara la ocasión propicia, el aprendizaje de las varietés había venido a sustituir para muchas las antiguas últimas horas de Fornos, o la exhibición de la no menos famosa cuarta de Apolo.

¡Tobilleras! También éstas venían a ser flores que se abrían, capullos que acababan de formarse, pero ¡de cuán distinta manera que aquella otra de las tobilleras «bien»! Su tránsito de niña a mujer iba casi siempre manchado con la baba de algún cazador desaprensivo o de tal cual protector de frutos ácidos todavía.

Y éstos, generalmente, no se contentaban, como Alfonso Yáñez, con dar besos en el pelo.

—Debieras animarte y venir también a la Academia—decía Mercedes a Lolín, cruzando la calle del Arenal—. Dice el maestro que conviene empezar muy jóvenes, porque así se acostumbran las piernas y la garganta.

—¿Yo?... Yo no sirvo.

—¡Bah! No hagas caso: si servimos todas. La cuestión es aplicarse.

Se despidieron, y al hacerlo, la *vedette* en ciernes insistió mucho con la amiga para que fuera a la Academia.

—Mira, en último caso, aunque sea como curiosa, no dejes de ir una tarde; yo estoy siempre hasta estas horas; verás cómo lo pasamos bien.

Lolín siguió hasta su casa pensando en aquel encuentro. ¡Qué demonio de Merceditas! Siempre había sido muy resuelta aquella chica. Lo que es ella no pensaba ir a la Academia, ni siquiera de visita; sin saber por qué, le inspiraba cierto terror todo aquello de los cuplés, de las reuniones de treinta o cuarenta chicas, y de las castañuelas alborotando la calle. Acaso fuera el mismo miedo que la inspiraban las mendicantes del amor en Tudescos y en la plaza del Progreso; no habría podido explicárselo, pero parecíale que era una cuestión de olfato, y que

el olfato le decía que de las unas a las otras no había mucha diferencia.

Entretanto, las castañuelas y el piano loco seguían resonando de barrio en barrio. Un extranjero de esos de buena fe que viajan por los países en busca de lo típico, diría seguramente al oir el estrépito: «¡Gracias a Dios que he tropezado con la España típica!» Y si era periodista enviaría a su periódico una crónica escrita con el catite puesto, y en la cual, de seguro, no faltaría una observación como esta: «En Madrid las familias de la aristocracia, todas las tardes, de seis a ocho, *hacen* baile flamenco».

Al entrar Lolín en su calle, por la del Mesón de Paredes, vió a Yáñez plantado en la esquina; sin duda había calculado la hora en que ella iba a volver de casa de las primas y estaba aguardándola.

Notó que él no la había visto, y atacada de un súbito pudor, quiso volverse atrás, y por la calle del Duque de Alba dar la vuelta y entrar en la de Juanelo por el extremo opuesto. También podía seguir como iba y pasar por la otra acera sin gran riesgo de que él la descubriera; un carromato de vino, de esos con seis mulas, acababa de detenerse en medio de la calle, y a su abrigo podría desfilar la fugitiva.

Un momento estuvo parada sin saber lo que debía hacer, porque el caso era que, a un tiempo, con el rubor que la impulsaba a huir de su novio, sentía vehementes deseos de que la viera, de hablar con él, aunque sólo fueran dos palabritas. Se dejó llevar por el instinto, y creyendo que así lo compaginaba todo, metióse por la misma acera donde Alfonso hacía la guardia, y deslizándose como una ánguila... tobillera por entre él y la pared, procuró al pasar darle al novio con el codo en la espalda. Lo hizo y siguió andando como si no lo hubiera visto.

Pero como él volvióse al sentir el empujón, echóse a andar tras ella y la detuvo a los pocos pasos.

—¿Te has divertido mucho?

Le contó cuanto había hecho y le suplicó que la dejase en seguida, pues, además de ser tarde, podían verlos desde su casa, de la que estaban a dos puertas.

—Bien, ya te dejo; pero dime cuándo y dónde nos veremos mañana.

La chica se quedó absorta. No había pensado en que pudieran hacerle tal pregunta. Sabía, sí, que ella necesitaba verle a diario, porque así se lo pedía el cuerpo; pero pensaba que lo mismo que hoy, sin cita previa, sin ponerse

de acuerdo se habían visto, tenía que pasar en días sucesivos. Era la misma lógica de las mujeres ya corridas y experimentadas, que, después de meterse de lleno en una aventura, quieren dejar al azar el segundo encuentro con el amante, halagadas por la idea de que éste las busque, y con la busca conserve más tiempo la ilusión. Es, simplemente, una cuestión de instinto.

—Pues, mañana...

—Sí, mañana; yo no quiero que lo de hoy se repita; me he convencido que no puedo pasar sin verte.

—Yo saldré, como siempre, a la clase de piano.

—Entonces, hasta mañana.

Siguió hacia Progreso; eran las ocho y estaban ya en la calle los primeros periódicos de la noche. A Yáñez le llamó la atención el pregón de los vendedores, que hablaba de un crimen pasional; compró uno de ellos y se empapó.

Se trataba de una tragedia muy vulgar, después de todo: el eterno marido que, harto de saber que su mujer le coronaba y harto también de soportarlo, decide un día darse por enterado oficialmente y la emprende a tiros con la esposa. Ésta la *diña* con el último espasmo

—¡uno más!—, y los periódicos hablan de Calderón, del vengador de su honra, del amor libre y de los tenorios callejeros.

Alfonso leía todo aquello con cierto desdén. ¡Qué ganas de complicarse la vida con ciertas cosas! ¡Tan fácil como era buscarse un apañito silencioso y sin tiros! Y si no, que se lo dijeran a él. Felizmente su Lolín no estaba casada y no había nada que temer.

Encendió un cigarro y sonrió.

Los dos novios se encontraban en esa situación de plena confianza de las personas que habiendo emprendido un negocio, les ha salido todo bien y no temen complicaciones posibles.

Eran las vísperas de la Purísima: el frío de Diciembre habíase aposentado ya en Madrid, y el callejeo iba teniendo sus inconvenientes, sobre todo a esas primeras horas de la noche en que parece que se levanta del suelo, abandonado ha poco por el Sol, una sutil neblina calahuesos.

Precisamente era este el momento del día en que Lolín y Yáñez podían verse. Un mes largo llevaban haciéndolo con una vulgaridad casi perfecta. Alfonso, después de la fiebre de los primeros momentos, había metodizado su vida. Levantábase tarde, y después del almuerzo, si el tiempo ayudaba, íbase a dar un paseo muy largo, creía él que para oxigenarse, pero en realidad para que el tiempo pasara más de prisa y llegaran las cinco y media, hora en que muy lentamente, como quien saborea una

fruta predilecta, se encaminaba a la calle de los Estudios, y en ella, y en su cruce con San Millán y Duque de Alba, esperaba...

En todo ese tiempo Lolín había asistido a unas ocho o diez clases de piano; las demás se las había fumado con una tranquilidad de conciencia que se igualaba mucho al estoicismo. Esas clases dadas habíanle costado otras tantas batallas reñidas con su novio ante la puerta misma de la casa de la maestra, luchas en la que para salir vencedora tenía siempre que emplear el argumento supremo:

—¿No ves que si no subo nunca se quejará la profesora a mis padres, y se nos acabó la combinación?

Entonces la dejaba subir, pero con la advertencia de que la esperaría en la calle para dar una vuelta antes de que ella entrase en su casa.

Los días en que la pequeña hacía novillos los dedicaban tranquilamente a pasear, eligiendo casi siempre aquellas vías silentes y penúmbricas—¡vaya un par de adjetivos!—que, cual manto de vieja astrosa, se extienden entre el Cerrillo del Rastro y el Campillo del Mundo Nuevo. Otros, era un cine el que les daba cobijo; Yáñez tenía sus preferencias por el Iberia, como tributo romántico al hecho de haber

sido el que albergó las primicias de su amor, y además por lo confortable de sus palcos, que eran lo más parecido a una cama redonda. Y no faltaban tardes en las que, ahitos de películas y de callejeo, acogíanse al refugio galeoto de un café: las vicarías del Progreso o el de Platerías, y los rincones sabios de los de Lavapiés, Valencia, el Pilar o San Isidro—entrando por Grafal ¿eh?—, supieron muchas veces de sus conversaciones, en tono menor, y de los sobos capilares del galán a poco que el camarero volvía la espalda.

Lolín acudía a estas diminutas juergas enfundada en un abrigo obscuro de cuello muy alto, sobre el cual el oro-seda de sus cabellos parecía adquirir nuevos reflejos. Él, aunque al principio lo hacía también metido en una gabardina extraplana, pensó después que para aquellos barrios y para tapar ciertas cosas, era mucho más a propósito la noble y castiza capa; mercóse una, y como él no la había usado más que en una ocasión en su vida—cierta vez que tomó parte como peón de brega en una novillada benéfica allá en Sevilla—, llevábala al principio como si al pasar hubiéransela dejado caer desde un balcón; pero más tarde, el uso y la buena voluntad fueron dándole cierta soltura y muy pronto llegó a saber embozarse

en los cafés sin derribar al voleo con el embozo cuanta cristalería hubiera en las mesas vecinas.

A los pocos días de la visita de Lolín a sus primas, y en ocasión en que Alfonso, en una butaca de la última fila de un cine, se entregaba con más furia que nunca a *tomarle el pelo*, en el sentido erótico de la palabra, refirióle la pequeña la aventura ocurrida a Senia con su perseguidor, que luego resultó peluquero. Y Yáñez, por si acaso en la narración iba envuelta una alusión, le dijo:

--¡Conmigo no pases cuidado! A mí, cortar un pelo como éste me parecería un asesinato. Descuida, que no me dará por ahí.

El ex comerciante iba notando con el pasar del tiempo que, sin apagarse para nada el apetito carnal que los encantos de la pequeña le inspiraban—y ya sabemos que el mayor encanto de la nena residía en sus cabellos—, un atractivo de otro orden crecía en él, algo así como un sentimiento suave y tierno, de naturaleza puramente espiritual, un afecto que acaso tuviera con el paternal muchos puntos de contacto, en cuyo caso el otro, el de los sobos, vendría a tener la suprema atracción del incesto.

Las horas del día que no estaba a su lado, Alfonso Yáñez notaba un vacío, como una se-

quedad interior, que cesaba de repente al verla aparecer metida en el abrigo y con el método de piano bajo el brazo por la esquina de la calle de Juanelo.

Para verla más tiempo, aunque fuera a distancia, había inventado una combinación un poco fantástica: la chica, siguiendo sus instrucciones, había hecho creer a sus padres que la profesora de piano—¡esta pobre señora había nacido para alcahueta, sin saberlo, de aquellos amores!—tenía un pariente en un periódico, el cual, por estar ahora de luto riguroso, regalaba casi a diario a doña Bernarda las localidades de teatro que en el diario le correspondían. Lo demás es fácil de adivinar, pues Yáñez no se había desencajado el cerebro para combinarlo; esas localidades, que Alfonso compraba, las llevaba Lolín a su casa diciendo que se las había regalado la profesora, pues ella, también por el luto, no las podía utilizar, y la pequeña marchaba con la madre o el padre al teatro.

A Yáñez le gustaba más que fuera con la madre, y no porque contase con la complicidad de la buena señora, sino porque, como buen... voluptuoso, era un poco cobarde, y caso de ser descubierto prefería tenérselas que entender con una mujer.

No llevaba él su tranquilidad al extremo de tomar otra butaca al lado de la que su novia ocupaba, pero sí se agenciaba una colocada en sitio estratégico y no muy lejano, de manera que desde él pudiera dedicarse a la noble y difícil práctica del timoteo un poco a mansalva. Alguna vez, en cambio, se ubicaba—como diría un americano—en la fila de atrás, de modo que tuviera ante los ojos la figura de su novia casi casi al alcance de las manos.

La cosa marchaba bien, sin tropiezo alguno; solamente, pocas noches antes, como fueran al teatro Cómico a ver a Loreto y Chicote derrochar gracia y simpatía, el novio se entusiasmó demasiado y abusó un poco del juego de ojos y del telégrafo sin hilos de las sonrisas. Tanto abusó, que doña Adela percatóse de ello, y después de lanzar ella a su vez a Yáñez dos o tres miradas furibundas durante toda la noche, al terminar la función y salir a la calle, viendo que aquel tío se disponía a marchar tras ellas, dijo a Lolín, procurando que lo oyese el galán:

—¡Vaya un tío asqueroso! ¿No le dará vergüenza? ¡Digo! Si puede ser tu padre.

Alfonso oyó aquello, no como quien oye llover, pues la lluvia a veces se oye con menos indiferencia, sobre todo si tiene uno que salir a la calle. ¡Pobre señora! ¡Si ella supiera...!

Pero no; no sabría nunca nada. Sus amores entraban en esa fase tranquila y de seguridad que viene a ser la compensación de las inquietudes de los primeros momentos.

Una tarde, a la hora de la lección de piano, doña Bernarda, la profesora, púsose un velustrín por la cabeza, bajó a la calle, y, muy despacito, enderezó sus pasos a la de Juanelo. Iba a casa de Lolín.

Doña Bernarda era una mujer que ya por mucho que hiciese no cumpliría los cincuenta años, pues los había cumplido uno de los del último lustro; era alta, cetrina, huesuda y viuda de un bedel del Instituto de San Isidro. Al perder a su marido, diez años antes, estuvo dudando entre retirarse a un monasterio o entrar de encargada o segunda ama en casa de una su buena amiga que tenía un falansterio de a diez duros la dormida, al final de la calle de Cervantes; pesó el pro y el contra de ambas determinaciones, y al fin se decidió a dar lecciones de piano, instrumento que ella—hija de un capitán de... milicianos nacionales — aprendió a palpar en su primera juventud.

Los comienzos de su magisterio no fueron nada fáciles; las alumnas iban cayendo con cuentagotas, a pesar de las que le enviaba, por segunda y tercera mano, la amiga proxe-

neta de la calle de Cervantes. Pero ahora ya —su buena vela le había valido a Santa Tecla, patrona de los pianistas—doña Bernarda se había asegurado el número suficiente para vivir con cierto decoro, y aun para ahorrar, un poco violentamente, sus cien o doscientos duros anuales.

No podía, sin embargo, descuidarse. Alumnas nuevas casi no se presentaban, y era, por tanto, preciso conservar las antiguas; la desaparición reciente de Merceditas había puesto en guardia a la viuda, y la visita que ahora hacía a la calle de Juanelo tenía por objeto aclarar lo que querían decir aquellas faltas a clase tan repetidas, aquel desvío que notaba en Lolín, su mejor alumna hasta entonces. Temía la rival de Risler y Paderewsky que todo aquello no fuesen más que preparativos de la marcha definitiva. ¡Caray, y eso no! Los tiempos no estaban para bromas.

Hoy esperó a que pasase nada más que un poco la hora de la clase, y viendo que la alumna no se presentaba, nimbó su cabeza con el velustrín y marchó a la calle.

Chocóle a la madre de Lolín la visita aquella; pero más que la visita le llamó la atención la hora en que se verificaba. ¿Cómo no volvía su hija con la profesora?

A las primeras palabras que cambiaron las dos mujeres, doña Adela se llenó de confusión.

—¿Dice usted que mi hija no ha aparecido hoy por su casa?

Y entonces la profesora, no menos asombrada a su vez, se lo contó a la madre todo, es decir, todo lo que ella sabía: las faltas a clase casi diarias de Lolín en el último mes, su distracción durante las pocas lecciones que había dado, la especie de hormiguillo que la invadía en cuanto notaba aproximarse la hora de terminar.

La madre la oía consternada, y doña Bernarda, viendo la desolación que se acentuaba por momentos en el semblante de su interlocutora, empezó a darse cuenta de que había metido la pata. La situación de la viuda era la de una persona que sin querer, y a la buena de Dios, ha provocado una tragedia con sus palabras.

Le entró miedo: ella había ido allí porque creía que de las faltas a clase de la niña estaba enterada la madre, y quería reconquistar a ésta para que el sueldo siguiera corriendo; y resultaba que, según le acababa de decir la propia doña Adela, su hija no había dejado de salir de su casa ni un solo día de trabajo, diciendo que iba a dar clase, y con el método debajo del brazo para mayor felonía. Sin querer, ella había servido de

delatora y había descubierto un gatuperio.

¡Qué horror! Porque seguramente aquella mosquita muerta no empleaba en nada bueno las horas que pasaba fuera de su casa. Tendría un novio, un sinvergüenza, seguramente, que la habría engañado en todos los sentidos de la palabra, y que a lo peor, ¡en el mundo se ven tantas cosas!, la dejaba un día muerta en el lecho de una mancebía. Doña Bernarda estaba ya viendo en los periódicos los retratos del matador y de la víctima, viéndose ella también, y eso era lo grave, complicada en el asunto y citada a declarar como *testiga*.

El miedo la hizo apresurar la despedida, y la impulsó a marcharse de allí cuanto antes. Estaba viendo ya entrar al alguacil del Juzgado con una citación para ella.

La dueña de la casa no tenía tampoco ningún interés en retenerla: ya nada nuevo le podía decir. Fué ella la que, al despedir a la asustada doña Bernarda, hízola una súplica:

—Si mañana va la chica a dar clase, no la diga usted nada de esta conversación. Que no sospeche que nosotras hemos hablado ni que yo estoy enterada.

La profesora prometió hacerlo así, y bajó las escaleras de dos en dos, como si la persiguiera un miura.

—Estos novelistas, encima de sacarle a uno los cuartos, no sirven más que para amargarle la vida.

Esta reflexión pesimista brotó en el cerebro de Alfonso Yáñez a las cinco y cuarto de la tarde de aquel día, 7 de Diciembre, estando el novio de Lolín en su habitación de la casa de la Gran Vía, en la que moraba desde que de Sevilla vino. Se alzó de la butaca que ocupaba junto a uno de los radiadores, y arrojó por lo alto un libro que estaba leyendo, y que, después de describir en el aire una especie de curva del arco iris, fué a caer humillado debajo de la cama.

El libro así despreciado era una novela de un autor que presumía de psicólogo, y en la cual Alfonso acababa de leer el párrafo siguiente: «Desconfía siempre en la vida de las situaciones demasiado llenas de felicidad—le decía Quintiliano, que era un millonario de la Rioja, a su amigo Fermín Ordóñez, que era inspector del Catastro—; nunca estamos tan

cerca del mal como cuando el bien nos rodea por todas partes. La vida no sería ese péndulo de reloj que es, si de los límites máximos de la dicha no emprendiera en seguida el declive hacia el máximo dolor».

Prescindiendo del estilo, que recordaba algo el de las notas políticas con que don Antonio Maura ha logrado deshacer su partido, la cosa era una verdad evangélica.

Por eso le molestó tanto al enamorado.

Había llovido casi todo el día, y ello le obligó a suprimir el paseo digestivo. Ahora ya era el momento de la cita diaria, y se marchó al puesto de observación de siempre.

Como siempre, también llegó Lolín, pero cobijada bajo un paraguas que la hacía aparecer como una imagen llevada bajo palio. Seguía lloviendo, aunque poco, y no era cosa de dedicarse al callejeo; tampoco se sintieron con ánimo para ir en busca de un cine, pues el más próximo caía un poco a trasmanos, de modo que el refugio en el café se imponía.

Los cafés madrileños los días de lluvia suelen notar un aumento desmesurado en su concurrencia; el agua que cae de las nubes no es sólo benéfica para agricultores y vendedores de impermeables y paraguas, sino también para los cafeteros. A Lolín y a su novio cos-

tóles algún trabajo encontrar una mesa vacía en la que podríamos llamar trastienda del café de San Isidro..., siempre entrando por la calle del Grafal.

Abundaban las parejitas, a las que el agua había espantado de las tapias de los solares y de los rincones de las callejas celestinas, pero no estaban tampoco en pequeño número los tratantes y arrieros de las posadas de las Cavas vecinas, seres chillones en los que el olor a ajo parecía ser nativo.

El exceso de público les impidió toda otra cosa que no fuera hablar y estar muy juntos; la humedad traída de la calle iba convirtiéndose allí poco o poco en un calorcillo pegajoso, como el que baña a las caballerías en los rincones de las cuadras llenas de estiércol. Se estaba bien allí, y se hubiera estado mejor a no ser por la excesiva curiosidad que en casi todos producía aquella pareja tan desigual, en la que el galán, sin extremar mucho las cosas, podía ser padre de la dama.

Por hija y padre los tomaron muchos al entrar; pero muy pronto la actitud tierna y restregona de él y la excesivamente sumisa de ella, deshicieron todo posible parentesco.

Una mujer de pueblo que en uno de los grupos de arrieros estaba, dijo con retintín, mi-

rando fijamente a la pequeña y sin importarle que la oyera o no:

—¡Hay que ver lo temprano que empiezan algunas en este Madrid!

El que desde luego no se enteró de la alusión fué Alfonso: estaba muy entretenido mirando los ojos de la novia, aquellos ojos tan negros, que empezaban a serlo en el doble cerco de cejas y pestañas, y que, cual dos tiznones de carbón, formaban tan violento contraste con el oro de su pelo y con el blanco marfil del rostro. Indudablemente Lolín hubiera sido una mujer fea sin aquellos ojos y sin aquella cabellera: las facciones eran duras, y se diría que desiguales; los labios parecían muertos...; pero aquellas dos pupilas, que semejaban dos moras maduras, animaban el conjunto de tal modo, que convertían en una faz deseable lo que en sí era menos que vulgar. El que la miraba a los ojos no tenía tiempo para fijarse en lo demás.

Pasaron allí una hora, y cuando llegó el momento de marcharse, ya muchas mesas habíanse quedado desocupadas. Subiéronse ambos hasta las orejas los cuellos de los abrigos, y salieron, ella primero, y el galán guardándole las espaldas.

No llovía, y la pareja siguió por la acera a

la izquierda, en busca de la calle de Toledo. De pronto Lolín quedóse parada y alejóse de un salto de su novio; miró éste adelante para ver qué era lo que pasaba, y quedóse un momento sin saber qué hacer. Los padres de la chica, parados en la acera, parecían querer cortarles el paso: mostraban ambos un gesto ceñudo, pero no había en ellos expresión alguna de asombro. Se veía muy claro que aquél no había sido un encuentro fortuito.

La madre habló a su hija con aspereza:

—¿Qué hacías en el café? ¿Cómo no has ido hoy a dar clase?

La chica no contestó, y Yáñez, por encima de todas sus vacilaciones, sintió el deber imperioso de no dejar que la chiquilla se defendiera sola en aquellas circunstancias.

—Verá usted, señora, es que yo la he visto al pasar, y...

Le cortó la frase el gesto seco y autoritario de doña Adela, que, cogiendo a su hija por un brazo, la hizo andar delante, mientras le decía:

—Vámonos a casa: ya pondré yo esto en claro.

Era la leona que defendía a la cachorra, preocupándose, lo primero, de ponerla fuera del alcance de los dientes del enemigo. De

éste ya se encargaría otro: ella iba, ante todo, a salvar a la presa.

—Mi marido se entenderá con usted, caballero—le escupió al rostro al seductor.

Madre e hija se fueron calle abajo muy de prisa.

El padre de Lolín era un ser insignificante: tanto, que hasta ahora no nos hemos atrevido a presentárselo al lector por miedo a que lo acogiese con una mueca de desdén. Don Jacinto era uno de esos hombres sin relieve alguno, que parecen haber venido a este mundo con el objeto de desempeñar una función exclusivamente mecánica. Él se había casado, había fabricado tres hijos y marchaba todas las mañanas a su oficina para poder traer todos los primeros de mes el dinero suficiente para que la familia comiera; pero no se le podía pedir otra cosa. El día en que se inventen unos aparatos que puedan hacer todas esas funciones de procrear, escribir minutas y cobrar, hombres así no tendrán razón alguna de ser. A menos que se dediquen a limpiar y engrasar esos mismos aparatos.

Cuando la noche antes refirióle su mujer lo que pasaba con Lolín, el hombre quedóse mirando al techo y exclamó lo menos siete veces seguidas:

—¡Válgame Dios!

Bien sabía doña Adela que de su marido no había que esperar nada ejecutivo, ni aun aplicándole el revulsivo de la probable deshonra de una hija. Por eso ella había previsto todo. Preparados de antemano habían seguido a distancia a la pequeña y la habían visto unirse a un tío desconocido en la misma esquina de la calle. ¿Desconocido? La madre hizo memoria y creyó reconocer en él al mismo sujeto desahogado y desaprensivo que había estado haciendo visajes a la niña en el cine algunas tardes antes.

Tuvieron la paciencia de ir tras ellos silenciosos por la calle, acaso porque la curiosidad pudiese en ellos más que el deseo de vengar agravios: si se meten en algún sitio sospechoso—pensaba doña Adela para tranquilizar su conciencia—, tiempo habrá para detenerlos en el mismo umbral. Y al ver que donde se metían era en el café de San Isidro, pensó la noble dama:

—Aquí lo peor que pueden hacer es tomar café.

El matrimonio tuvo la paciencia de esperar en la calle, y de cuando en cuando miraban a través de los cristales la conducta de los tórtolos. No iba mal la cosa: hasta ahora, y en

todo lo que permitían ver los vidrios empañados por la lluvia, no habían hecho nada que empañase el honor familiar. Ella había pedido café con media y él una copita de aguardiente. Si Hero y Leandro no hubieran hecho más que eso, sus nombres no habrían pasado a la Historia.

La madre, en funciones de directora, distribuyó los papeles.

Cuando salgan, yo me encargo de la chica y me la llevo a casa; allí a solas conmigo, seguramente me lo contará todo y hablará con más claridad que si tú estuvieras delante.

—Sí, sí—decía el padre, encantado de conservar el papel pasivo para el que había venido a este mundo.

—Tú, en cambio, te encargarás de él: le amenazarás, si es preciso, y le obligarás, sea como sea, a que te confiese lo que ha hecho con nuestra hija, y cuáles son sus intenciones.

El programa estaba bien trazado; pero ahora ya, al llegar el momento de llevarlo a la práctica, don Jacinto no sabía qué hacer. Solo con aquel hombre, a quien no había visto en su vida, en aquella acera de la medioévica calle del Grafal, el empleado público se encontraba mucho más cohibido que si su jefe el mi-

nistro le hubiese llamado a su despacho para echarle un respice.

—¿Usted es el padre de Lolín, verdad?—preguntó Yáñez, más que por nada, por acabar con lo violento de aquella situación.

—Sí, señor: y esa es su madre. Seguramente ahora le va a reñir de firme a la chica.

—Siento haber sido yo la causa, pero le advierto que no hay razón. Hemos venido aquí a charlar como dos buenos amigos: nada más. Yo siento una gran simpatía por su hija de usted: es un ángel, y todo se lo merece... ¿No tienen ustedes más hijos?

Alfonso ya sabía que sí, pero hizo la pregunta por ver si con ella hacía hablar a aquel marmolillo, que parecía el seductor sorprendido en flagrante delito de seducción.

—Sí, tenemos dos más.

Y no dijo otra cosa.

—Bueno, pues conste que yo siento lo ocurrido, pero creo que no hay motivo para disgustos ni para que la chica pague culpas que no ha cometido. Yo me llamo Alfonso Yáñez, y estoy en Madrid hace poco tiempo... Pero, pase usted conmigo: aquí en la calle no hacemos más que coger frío.

Volvieron a entrar en el café y, por designios de la suerte, ocuparon la misma mesa que

minutos antes habían ocupado los dos novios. Quedaba aún en el local algún público del que había sido testigo de la entrevista amorosa, y entre él no faltó quien, entregándose a una enorme malicia de pensamiento, comentase con sorna la nueva entrada del galán.

—¡Qué gustos más raros y más opuestos tiene este señor!

No voy a martirizar al lector dándole cuenta de lo que hablaron el padre de Lolín y su hipotético seductor; empezaron dialogando del tiempo y acabaron charlando de política, con toda indiferencia, sin interés ninguno por parte de cualquiera de ellos, como si en vez de haber entrado allí para hablar de la deshonra de una hija lo hubieran hecho para matar media hora entre dos ocupaciones serias. Don Jacinto bebióse una copa de coñac, y no habrá que decir que el gasto lo pagó Yáñez: era lo menos que podía hacer a modo de reparación; el antiguo concepto calderoniano del honor, que exigía la muerte del seductor o su matrimonio inmediato—en ninguno de los dos casos escapaba de la pena capital—, había ahora quedado reducido a una vulgar convidada.

Pero la madre de Lolín no estaba hecha de la misma pasta que el padre; a los seis días del suceso, plazo de tiempo indispensable para lle-

nar ciertos trámites, la chica ingresó como interna en un colegio de monjas extranjeras situado muy al final de la calle de Ayala. Antes la madre había querido saber si su hija... había o no pasado el Rubicón. A pesar de sus negativas rotundas, acompañadas de toda clase de juramentos, ella quería la certeza absoluta, e incapaz de someter a su hija al bochorno que un reconocimiento médico había de producirle, apeló a un sistema que no dejaba de ser pintoresco: una noche, después de la cena, hizo beber a la chica una taza de tila muy cargada de adormideras; se trataba de proporcionarla un sueño muy pesado, que no tardó en presentarse. La madre aprovechó los primeros minutos, y acercándose al lecho, donde su hija estaba en el mismo estado que si hubiera leído una novela noruega, dedicóse a un análisis breve, pero profundo. ¡No! Por allí no había pasado nadie aún, por lo menos nadie cuyo paso tuviera personalidad bastante para dejar marcadas unas huellas.

Mas ocurrió que—fuera porque la dosis hipnótica estaba mal calculada o porque el droguero que vendió el producto no tenía la conciencia tan estrecha como... el pasadizo de Lolín—la pequeña volvió a su pleno conocimiento antes de que la visita de inspección termina-

se, y se dió cuenta de lo que pasaba; el instinto la hizo, sin embargo, continuar fingiéndose dormida. Notó con terror que aquel manipuleo no la desagradaba del todo, y como abriera cautelosamente un ojito y viera que su propia madre era la que tan hábilmente tecleaba, el terror subió de punto al comprobar que ya debía a la autora de sus días algo más que el ser: le debía el experimentar por primera vez en su casta vida de doncella un regocijo diabólico como consecuencia de aquello.

¿Por primera vez?... Sí, estaba segura. Porque el rabo de *Lombroso*, su gato, que también anduvo por aquellos parajes al compartir el lecho con su amita la noche en que da comienzo este verídico relato, no hizo más que anticipar un levísimo presentimiento, caído en seguida en los fondos de lo inconsciente.

Alfonso Yáñez enteróse del encierro de Lolín al cabo de una semana. Desde el día siguiente al de la sorpresa del café de San Isidro dedicóse a rondar la calle de Juanelo, al principio con cierta timidez, lanzándose después más a fondo, como hombre en el que la curiosidad puede más que todos los temores.

Él bien sabía que las entrevistas con la novia se habían acabado; de la iracundia de la madre al verse burlada por una mocosa no era

lícito esperar resultado más halagüeño. Pero quería enterarse, quería saber lo que había sido de la pequeña, aunque a punto fijo no tenía pensado el medio de que se iba a valer para averiguarlo. Haciendo grandes guardias en las esquinas de la calle, arriesgándose a veces a pasar de prisa por delante de la casa, confiaba en la ayuda de la Divina Providencia, que, en ocasiones, no es una confianza del todo estúpida.

Una tarde, a la hora crítica en que Lolín salía para su clase de piano, Alfonso aguardaba desde hacía treinta minutos en la esquina de San Dámaso. Hacíase la ilusión de que la pequeña iba a aparecer por allí, como tantas veces, enfundada en su abriguito, con el método debajo del brazo y el airón espléndido de su cabellera rubia cayéndole como una cascada por la espalda. Como ocurre siempre, ahora que lo había perdido, apreciaba en todo su valor el bien lejano, saboreaba con amargura aquellos minutos de la espera en que él, lleno de deseos, iba haciéndose la boca como buen gurmé.

La noche de hoy—pues ya lo era cerrada desde hacía más de una hora—era fría y algo neblinosa; en las calles había ese leve barrillo que, sin haber llovido, se forma a veces en el pavimento como una esterilla de junco saca-

da del desván en los comienzos del invierno.

De vez en cuando una tobillerita de la edad y el tipo de Lolín pasaba por delante de él muy ligera, como un pájaro que huye de la escarcha, y Alfonso sentía convertirse en rabia la melancolía del recuerdo, que ya era algo más que evocación a la vista de la que pasaba. Un furor de impotencia, una sequedad de garganta le atormentaba, y las manos se le crispaban en el esfuerzo que tenía que hacer para no caer con ellas sobre uno de aquellos cuerpecitos y de aquellas cabecitas de niña, tan ajenas de la tempestad que levantaban al pasar por delante de aquel señor tan serio.

En una de esas crisis estaba cuando vió salir un bulto del portal de Lolín; pronto averiguó quién era, pues en la semipenumbra de la calle. y viniendo hacia él, apareció la Engracia, la criada que había sido el primer mensajero de su amor, y a la que casi no había vuelto a ver desde entonces.

Creyó al principio que venía en su busca, y ello le causó gran alegría; seguramente se trataba de un recado que le enviaba la pequeña, y ¡quién sabe! en aquel recado podía estar la fórmula para que los novios volvieran a verse.

Pero o la chica no había salido a la calle para eso, o no le había visto, porque, pasando de

largo, al llegar a la esquina de San Dámaso torció hacia la Ribera de Curtidores. Entonces él fué en su busca, porque no era cosa de dejarla marchar.

Y por ella se enteró de todo. La pequeña estaba presa en aquel colegio, pues el régimen del internado era tan riguroso, que aquello tenía todo el aspecto de una prisión; las alumnas no salían nunca a la calle, salvo en las vacaciones de verano, y en cuanto a visitas, únicamente podían recibir las de sus padres, y para eso no más de una vez por semana.

—Y ¿sabe usted si el encierro es para mucho tiempo?—pensó Yáñez, que se debatía aún en una absurda esperanza.

—¡Anda! Para siempre.

—¿Cómo para siempre?

—Bueno, quiero decir que la han metido allí para que estudie: así que digo yo que ya no saldrá hasta el verano.

Alfonso tenía bailándole en los labios una última pregunta, que no se atrevía a formular de miedo a que la contestación fuera negativa. Mala espina le daba que la criada nada le hubiera dicho, y ante la necesidad imperiosa de salir de dudas, preguntó por fin:

—La señorita, antes de marcharse al colegio, ¿no le dejó a usted ningún recado para mí?

—No, señor.

—¿No hablaron para nada de mí; no me nombró ella siquiera?

—Le advierto que yo apenas hablé con ella. Me enteré de lo que había pasado por palabras sueltas que le oí a la señora. ¿Es verdad que les pescaron a ustedes a la puerta del café de San Isidro?

—Sí, es verdad. Debió ser una casualidad.

—¡Ca! No lo crea usted, señorito. Fué la profesora de piano, que estuvo en casa hace unos días, la que dió a la señora el soplo de que Lolín no iba a dar clase.

—¡Ah!

La verdad que habían sido ambos imprudentes en extremo, pensó Yáñez. Preocupados en hacerse carantoñas, no habían pensado en lo burdo de la estratagema que empleaban para verse a solas. El pastel tenía que descubrirse, y se descubrió.

—La señorita, la noche antes de marcharse, estuvo llorando mucho.

—Y ¿dice usted que no le dijo nada para mí?

—Nada.

Alfonso Yáñez, a la tarde siguiente, en cuanto almorzó, fuése a pasear por los finales de la calle de Ayala. Ya comprenderás, lector amigo, que ello era de cajón, y convén conmigo en que tú en su caso hubieras hecho exactamente lo mismo.

Se trataba de un paseo eminentemente romántico y platónico, ya que nada práctico, o mejor, ejecutivo, podía deducirse de él. Hoy día, extraer a una chica de un convento, ya sea novicia, ya educanda, es un poco más difícil que en los tiempos de Don Juan Tenorio; el aumento progresivo de la Guardia civil y la implantación del alumbrado público hacen que eso de

«saltando al huerto, al convento
fácilmente entràr podéis»

sea mucho más complicado que entender un discurso de un diputado agrario.

Hacía un gran día de sol, y Yáñez iba recreándose en el paseo, mirándolo todo, sabo-

reándolo todo, en aquel barrio, que era nuevo para él. Las señas se las habían dado bien y así no pudo confundir el colegio donde su novia estaba encerrada con otros dos edificios monstruosos, gigantescos, que casi juntos se alzaban hacia la mitad de la calle.

Le hubiera dolido que fueran éstos, porque las grandiosas moles de sus fábricas estaban separadas de las cuatro calles a que daban por unas tapias o rejas que más parecían la natural defensa de un castillo que el adorno arquitectónico de una casa religiosa. Habría sido horrible tener que saltar aquellas tapias.

Más allá de la calle de Alcántara, casi en el campo, Yáñez vió a lo lejos los muros grises del edificio que servía de cárcel a su amor: de construcción reciente, no era muy grande, más bien parecía tener ese recogimiento coquetón de las casas en que se alberga un ramillete de chicas jóvenes y guapas—Escuela del Hogar, Teatro Reina Victoria y otros análogos lugares de encantamiento.

El sol poniente doraba a fuego una de sus fachadas, y convertía en piedras preciosas los cristales de sus veintidós ventanas. Ni una de ellas estaba abierta: la santa casa parecía muda, deshabitada.

Lo mismo, exactamente lo mismo le ocurría

a un hotel cercano, situado al otro lado de la calle. Era pequeño, coquetón, y también sus balconcitos aparecían cerrados como en ausencia de los dueños o guardando un luto reciente. Alfonso conocíalo de referencia: un camarero del hotel en que vivía le había dado la dirección y hasta—en su afán celestino—le había contado ciertos detalles que eran un vermú; se trataba de un hospedaje del amor, el de más postín y el de más categoría de la corte, indiscutiblemente. La dueña, dama respetable, cuyos pies beso desde aquí porque me consta que se los lava a diario, llevaba un nombre que han llevado algunas reinas de España, y la clientela de la casa se componía de horizontales de muy alto copete, comprometidas en su mayoría, que al acudir allí habían de hacerlo con tanto sigilo y precaución como si de mujeres casadas se tratase, y otras que, o lo eran en efectivo—quiere decirse, por la Iglesia—o, sin serlo, gozaban oficialmente la categoría de honradas... De esa cosa egoísta, vanidosa y poco amiga del agua, que, salvo excepciones, es la mujer honrada.

Alfonso Yáñez, entretenido en aquellos últimos tiempos con su aventura de Lolín, no había visitado la célebre casa. La contemplaba por fuera con cierta curiosidad, con la de ima-

ginarse lo que estaría pasando en aquel momento tras de sus muros herméticos. ¿Qué médula se estaría conmoviendo con el latigazo de la suprema sensación? ¿Qué traiciones se estarían consumando, qué varón tenido por respetable, o qué dama, con aureola de honesta, ejecutaría en aquellos instantes una ridícula porquería?

Sus ojos iban del convento a la mancebía y de la mancebía al convento: como si dijéramos, del coro al caño... Le hacía gracia ver lo cerca que estaban el uno del otro: no había más que cruzar la calle y se pasaba del huerto de la pureza al lodazal del revuelco. Vistos así, al exterior, los dos edificios parecían dedicados a lo mismo; por dentro, acaso la igualdad no fuera tan absoluta.

Dió la vuelta al colegio, que por una de sus fachadas lucía la alegría de un jardín que tenía sus toques de huerta. Una puertecita de hierro que daba por la tapia a una calle lateral, se abrió y dió paso a una pareja de monjas; salieron muy juntas y doblaron la esquina de Ayala. Al pasar por su lado, una de ellas, la menos joven, le miró con cierto descaro, como diciendo:

—¿Qué hará por aquí este pajarraco?

A Yáñez se le pasaron ganas de detenerlas,

y con cualquier pretexto entablar conversación con ellas, y en la conversación ir poco a poco llegando al punto que le interesaba. Pero no: era un hombre tímido, y, además, el pretexto no se le ocurría por ninguna parte.

Lo que sí se le ocurrieron fueron una serie de audacias, una colección de bizarrías algo chuscas: esos juegos infantiles a que se entrega a veces el pensamiento aun a sabiendas de que sus proyectos no han de tener realidad nunca. Eran cosas que él había leído en alguna parte, o de que había oído hablar: asaltar el convento a media noche, sobornar a la hermana portera, hacer llegar una carta a manos de la cautiva por medio de la demandadera...

Acabó de dar la vuelta al edificio y se volvió hacia el centro de Madrid; de cuando en cuando hacía un alto en la marcha, y tornando el rostro, quedábase un largo rato mirando al colegio. Al fin lo perdió de vista.

Alfonso Yáñez pasó unos días espantosos; nada le distraía, todo le cansaba; continuamente, estuviese donde estuviese, veía delante de sí la cabellera de Lolín, aquel manojo de hebras de oro ondulado en el que tantas veces había perdido sus dedos.

Llegó a temer por su salud, y cada día ganaba más terreno en él la idea de que su ca-

beza no estaba buena. En su hasta entonces perfecto equilibrio de hombre sano, había aparecido el espectro de la obsesión, torturándole, como retorciéndole el cerebro, y agarrándose más a él la idea fija cuanto más razonaba para libertarse de ella. Él había oído hablar de esto de las obsesiones, pero habíalo tomado por cosa fantástica, de la cual una voluntad robusta podía siempre libertarse. Recordaba a uno de los dependientes del comercio de Sevilla, que tenía la creencia de que en cuanto saliera a la calle por la puerta principal del establecimiento iba a caerle encima una de las barras de hierro de los toldos y lo iba a dejar muerto en el acto; los compañeros se burlaban de él, y a Alfonso le pareció siempre un estúpido.

Cuando el tormento del ex comerciante era mayor, cuando se asustaba de sí mismo, era en las horas que seguían a cualquiera de sus contactos carnales con las mujeres. Acudía a ellos muy a menudo, no sólo para saciar la naturaleza, sino porque había observado que mientras el... festejo duraba su espíritu se libertaba en absoluto del cautiverio de la idea fija. Cumplía normalmente, pero apenas salía a la calle, y con la materia muerta al parecer para el deseo, empezaba otro apetito más vio-

lento de orden moral, una furia cerebral por tocar *aquello*, por emborracharse con *lo otro*, con lo que estaba encerrado en el colegio de la calle de Ayala.

Nunca había sido un psicólogo, ni falta maldita le había hecho; pero si él se hubiera preocupado teóricamente de estas cuestiones, habría visto ahora cuán risible y vana es esa distinción entre espíritu y materia, que tanto se ha prodigado en los libros. Porque era el caso que aquel apetito, que no podía ser de la carne, puesto que ésta había quedado ampliamente saciada hacía pocos minutos, aquel deseo espiritual, se trasladaba en seguida al cuerpo, le invadía de fiebre, le alteraba el ritmo de la respiración y le inyectaba los ojos. ¡No hablemos del imperativo categórico! ¿Para qué?

Era un verdadero ataque de eso que la gente, acaso sin saber a punto fijo lo que se dice, llama lujuria cerebral; el vulgo la considera propia de viejos, de incapacitados físicamente, pero Alfonso Yáñez, que tenía a diario pruebas de que su potencialidad material no se había agotado, no podía creer en esa interpretación vulgar.

Más de una vez pensó en visitar a un médico, uno de esos especialistas de enfermedades

nerviosas que curan, o, por lo menos, alivian las enfermedades del alma con tanta o más precisión que el más experto de los confesores al más dócil de los creyentes. Pero desistió por miedo al ridículo. ¿Cómo iba él a explicarle al doctor lo que le pasaba? Aun dirigiéndose al más comprensivo, el relato tendría que hacerlo enrojeciendo hasta las orejas, sufriendo verdaderos ahogos de rubor.

Porque esta era otra de las cosas que venía notando en estos últimos días: una agudización de su nativa timidez, una vergüenza verdaderamente ridícula, que le hacía ponerse colorado al menor trato con otra persona, y experimentar un embarazo morboso aun para dirigirse con una petición a la servidumbre del hotel.

Tenía, ello era indudable, intervalos de calma; no hay mal que no los tenga, por implacable que sea, y ellos parecen como una tregua más cruel aún, que la Naturaleza se concede a sí misma, para evitar que el daño mate y se acaben así las torturas de la víctima. Durante ellos, tranquilo de cuerpo y espíritu, Yáñez miraba lo pasado como algo absurdo con lo que él nada tuviera que ver, algo inexplicable, ajeno por completo a su organismo. Era una gran calma, una sedación de paz que le hacía

concebir grandes propósitos de enmienda.

Pero las treguas duraban poco; para ponerlas término bastaba a veces un detalle, un suceso ínfimo: una chica de pelo suelto con la que se cruzase por la calle, una tobillerita que viese en un teatro, de esas de mirada curiosa y rostro abierto a todas las interrogaciones. Entonces, al volver el acceso con furia acrecentada, el hombre sentía ganas de apropiarse el juguete, la muñeca de carne que en él resucitaba el apetito, y juntamente con el hambre, le invadía un odio, un desprecio profundo por la actual organización social, que le impedía a él, con sus convencionalismos vacíos de contenido, caer sobre la presa, y allí mismo, sin más persecuciones ni galanteos, saciar la fiebre que le agarrotaba las manos.

Lentamente, con insidia, fué penetrando en su espíritu la idea de la sustitución. Lolín no era única en el mundo, y ya que la había perdido, ¿no sería cuerdo buscar otra, cambiar el ídolo, siquiera para que disminuyesen sus propios tormentos?

Bien sabía que la cosa no era nada fácil, pero había que ponerse a ello. Aunque poco conocedor de la que podríamos llamar vida secreta de Madrid, de ese vivir que se agita

debajo de los techos que ningún Cojuelo ha levantado aún, y que tan distinto es del aparente de la calle, Yáñez sabía lo bastante para comprender que la empresa de sustituir a la rubita no era llana ni hacedera.

El hombre que en Madrid busque una mujer para que, de un modo fijo y permanente —y siempre por detrás de la Iglesia—comparta con él el lecho, bien sea en la forma de la convivencia diaria, bien en la más práctica y regocijada del revolcón a horas fijas, puede satisfacer su anhelo sin emplear más de unas horas de reloj. Sitios y personas hay que son otros tantos puestos del mercado del amor y otros tantos mercaderes; sólo una condición se le impone: que la mujer por él deseada haya cumplido los diez y ocho años. Pasando por encima de los mandatos del Código, la práctica ha inventado una mayoría de edad para la mujer, que es esa señalada; desde que los cumple, ya puede la pecadora dedicarse de lleno al ejercicio de su profesión; y aunque su aspecto, por falta de comida en muchos casos, continúe siendo aniñado e infantil, ya puede la piculina obtener su volante, pasearse por las calles céntricas a las horas propicias a la fabricación del cabrito, y contraer su correspondiente mal venéreo, que la llevará muy pronto

a dar con sus huesos en un lecho del hospital de San Juan de Dios.

Pero antes de esa edad-barrera, ¡guárdese la cuitada de disponer a su antojo de su cuerpo! Ya puede tratarse de un caso de precocidad, tan frecuentes, de un desarrollo excesivo: es igual. La policía velará por la pureza obligatoria de las menores, y cuanto comercio se haga con ella habrá de ser de riguroso tapadillo, yendo a parar a la cárcel las dueñas de casa que, protectoras de la infancia, las presten acobijo en sus hostales. Es una barbarie, una falta de cultura, una tremenda hipocresía, pero así es.

Alfonso Yáñez, aceptando la realidad, dedicóse al cultivo del tapadillo. Visitó una casa famosa en Madrid, situada no lejos de la plaza del Callao, y cuya dueña, una mártir, había estado ya dos veces en la cárcel de la calle de Quiñones. Era una señora en toda la extensión de la palabra, guapa aún, y con un pecho que, en sus años verdes, debió ser un bloque de mármol; acogió amable al señor de Yáñez, y éste, lo primero que tuvo que hacer, fué acreditar su personalidad, como si se tratase de cobrar un cheque en un Banco.

La dama tenía un miedo horrible a la policía, y en todo caballero desconocido que se presen-

taba en su casa pretendiendo establecer contacto con el mundo de las tobilleras, veía ella un agente del mágico poder que reside en la calle de Víctor Hugo. Su escama era por demás justificada.

—Mire usted, señor—le dijo a Yáñez contándole la historia que, con las mismas palabras, colocaba siempre en tales casos—: el último tropiezo que yo tuve, aún no ha hecho los dos años, fué por una cosa así. Presentóse aquí un caballero a esta misma hora, simpático como usted, bien vestido como usted, y diciéndome lo mismo que usted me dice; yo caí en la trampa, y a la tarde siguiente, cuando estaba arriba encerrado con una chica de trece años que yo le había traído, presentáronse dos compañeros suyos, es decir, dos agentes, y me dieron el gran susto. Ocho meses estuve en la cárcel, y más de cinco mil pesetas me ha costado escapar medio bien del asunto.

Alfonso comprendió que aquella mujer tenía razón, y le enseñó documentos, le dió su dirección y le indicó que fuera al hotel a enterarse de cómo era verdad cuanto él le había dicho. Nunca supo si fué o no; pero a los dos días, cuando él se presentó de nuevo en la casa, la señora estaba dispuesta a servirle, y lo citó para la tarde siguiente.

En el piso segundo de la casa, con absoluta independencia del primero en el que la dueña tenía su industria autorizada de mujeres, era donde instalaba a los amigos de la infancia, que, contra la opinión del vulgo espeso, no eran viejos en su mayoría. En uno de aquellos gabinetes, que, acaso para que la diferencia fuera más completa, tampoco estaban instalados con el lujo y confort de los de abajo, conoció Yáñez, en tardes sucesivas, hasta su buena media docena de jóvenes tiernas. La primera, una rubia, hija de una portera de la calle de Santa Isabel, era menor auténtica, bonita, intacta de cuerpo y muy complaciente: acaso demasiado complaciente para el gusto y las aficiones de Yáñez, pues en ella había desaparecido en absoluto el encanto inocente de esa primera edad de iniciación, ejecutando las mayores atrocidades con una indiferencia absoluta, y dando siempre la impresión de que, aunque todavía no podía ser madre, era capaz de enseñar muchas cosas a la mayor parte de las madres de familia.

Otra, morena ella y ya un poco mayorcita, era una estúpida completa; dábase mucha más importancia que un diputado novel, y presumía de muy honrada, sin duda por tener de la honradez ese concepto puramente fisiológico

y de pasadizo, que es tan común. Creyendo sin duda que sólo el hecho de encerrarse en una alcoba con un hombre era ya para éste demasiado honor y satisfacción, negábase a la más sencilla complacencia, no consintiendo en manera alguna en desnudarse, y cuando se le hacía alguna petitoria alusión a cualquiera de esas jugarretas, más o menos gimnásticas, que vienen a ser la salsa de estas entrevistas, contestaba con un gesto de desprecio y con una frase que tenía mucho de poemático:

—¡Uf! ¡Qué asco! Eso se queda para otras, hijo mío: yo no haría eso por todo el dinero del mundo.

Juana de Arco y Lucrecia Borgia se unían en el alma de aquella chiquilla; pero estar encerrado con ella en aquel gabinete de una casa pública, era como estar de visita en el domicilio de una momia que hubiera hecho voto de castidad... y lo cumpliese.

A pesar de todas estas incongruencias, Yáñez pasó muy buenos ratos en el domicilio de la ex pupila de la calle de Quiñones, y más de una vez bendijo la hora en que se le ocurrió aportar por allí. Quedaba satisfecho en cuerpo y espíritu después de cada sesión con una de aquellas mujercitas en capullo, que, tontas o listas, esquivas o complacientes, tenían ya

todos los vicios y todas las virtudes de las mujeres hechas.

Claro que no se hacía la ilusión de haber encontrado la sustitución de Lolín; pero no podía negarse a sí mismo que mientras tenía en sus brazos a una de aquellas de su misma edad, experimentaba un alivio, se tranquilizaba, sin dejar de pensar en la otra, pero ahora no con el pensamiento torturador del que desea algo que no puede satisfacer, sino con la complacencia del que ayuda al deleite carnal con una yuxtaposición de imágenes. Cerrando los ojos, al llegar el momento supremo podía creer que la que tenía a su lado era la hija de don Jacinto.

Pero aquello también se le acabó. Yáñez, sin haber leído a D'Anunzzio, era un idólatra de la diversidad, y como además le costaba un trabajo ímprobo encerrarse dos veces seguidas con la misma pequeña, exigía siempre a la dueña de la casa un cambio constante de repertorio. No era muy extenso el que aquélla tenía, porque, además, como se trataba de una industria ejercida bajo cuerda, no se podía tampoco salir a la calle, cazando a lazo chicas que aún no hubieran cumplido los quince años para servírselas luego al parroquiano, ávido de carne fresca.

Aquella especie de colegio de niñas de enseñanza integral se reclutaba de un modo casi uniforme: casi siempre eran hijas de porteras, de empleados de sueldo escaso, de familias con muchos hijos que, a la hora diaria del reparto del pan, tenían que acudir al sorteo para que algunos comiesen. Las pequeñas, vestidas de señoritas—pues en eso se empleaban las primeras ganancias del oficio—, iban allí con pleno conocimiento de las madres, y a veces con el del padre; una había, y Yáñez la trató íntimamente, y no fué la que menos le agradó, que subía al piso acompañada por la propia autora de sus días, que esperaba en la cocina—suponemos que rezando el rosario—a que su hija terminase de hacer cabriolas en uno de los gabinetes. Llamábase Emilita la pequeña, y era alumna de la vecina Academia de baile establecida en la misma calle, donde concurría a diario con exagerada puntualidad; como salía de clase a las siete, sólo después de esta hora podía vérsela, y ella afirmaba, en sus momentos de buen humor, que si acudía a citas con los buenos amigos no era más que porque ciertos ejercicios que a éstos agradaban mucho dábanla una gran agilidad de manos para en su día tocar bien las castañuelas.

Se comprenderá que la recluta—en la que no intervenía para nada el vicio ni la voluntad de las reclutadas—no podía ser muy amplia. Por ello el ama se veía y se deseaba para satisfacer el gusto del señor Yáñez, y apelaba a veces a procedimientos que en un concurso de honradez comercial no hubieran merecido ni siquiera un accésit.

Una tarde notó Yáñez, al llegar a la casa, que la dueña le acogía con efusión extremada.

—Hoy sí que va usted a quedar contento, don Alfonso. Le tengo preparada una cosa que se va usted a chupar los dedos de gusto. ¡Verá usted qué chica! Es la primera vez que viene. Eso sí, trátela usted bien, porque la pobrecita ¡tiene un miedo! Pero ya verá, ya verá... Aún no ha venido, pero no debe tardar.

A Yáñez le chocaron todos aquellos extremos en mujer que, de ordinario, no gustaba de hacer el artículo, dejando que la mercancía se recomendase por sí sola, que es, después de todo, la mejor recomendación.

Subió, y en el gabinete que ocupaba casi siempre, esperó. Tuvo que hacerlo largo rato; durante él oía frecuentes cuchicheos de gente que hablaba cerca de allí sin querer que la oyesen, idas y venidas, carreras, algo inusitado.

Al fin se abrió la puerta, y penetró, primero, el ama de la casa, la cual, volviéndose al exterior y como si tirase de alguien, dijo:

—Pasa, tonta, si no te va a comer.

Entró una chica alta, morena, con unos ojos muy hermosos, y con una espléndida mata de pelo negro extendida por la espalda. Vestía un traje encarnado; pero más vivo que el rojo de la ropa era el de su rostro, pues la joven, llena de vergüenza, se veía que había venido allí como quien le llevan al matadero.

A Yáñez le agradó la neófita. Un poco alta, pero, en lo demás, irreprochable. La señora, antes de dejarlos solos, hizo a la víctima una serie de recomendaciones, cosa que tampoco hacía jamás; a Yáñez seguía chocándole y escamándole un poco todo aquello.

Cerróse la puerta al fin, y en la recién llegada operóse una radical metamorfosis en obra de unos segundos; como si al retirarse la señora le hubiera echado a la joven unos cuantos años encima, se le cambió la cara, lucieron en las comisuras de sus ojos unas espléndidas patas de gallo, que en un arroz hubieran tenido un lleno, y el rubor y la timidez de antes trocóse en soltura y decisión de mujer corrida.

Alfonso la examinó, y acercándose mucho a ella, la preguntó:

—¿Qué edad tienes?

Y ella replicó, como un papagayo que tiene la lección bien aprendida:

—Catorce.

Sonrióse él, pero no dijo nada: siempre es una descortesía discutirle la edad a una mujer, aunque se trate de una mujer que quiere hacernos víctimas de un timo. Mostró ella cierta resistencia a desnudarse, pero él venció aquel último grito del pudor, amenazándola con despojarla violentamente de sus vestiduras.

El cuerpo, sin ser un modelo griego, no estaba mal del todo; pero en el bajo vientre, en aquella arca santa de mujer en la que todos hemos estado encerrados una temporada, mostraba señales indelebles de haber ella servido de arca también..., y de no haberse cuidado mucho en los días que siguieron a la apertura del cofre.

Yáñez la examinó más despacio aún: lo que menos engañaba en ella era la cara. Aquella mujer, calculando por lo benévolo, no cumpliría ya los treinta y cuatro. Era guapa; pero la dueña de la casa, con el repertorio agotado, le había colocado una menor de treinta y cinco años.

—Chica, tú te has equivocado de piso—la dijo, aludiendo a la industria amorosa de mujeres maduras que había en el primero de la casa.

La gozó al modo natural, y no volvió más por allí.

Tuvo entonces ocasión Alfonso de conocer varios rincones de Madrid, que más bien podríamos llamar cavernas; en busca siempre de lo que pudiese servir de satisfacción a su afición favorita, metióse en algunos sitios de los que sólo sacó desengaños.

Conoció a la célebre Sara, la celestina que fué famosa en Madrid y tuvo una casa en la calle de Jacometrezo, alhajada con esplendidez, que era, antes de que Maxim's y el Palace transformaran la vida del Madrid galante, uno de los grandes centros de contratación, e incubadora de comprometidas de postín. Sara no había sabido nunca administrarse, y, además, dominada desde el principio por su chulo, un caballero italiano que la comía cuanto ganaba, fué bajando uno a uno los escalones de la decadencia, y cuando Yáñez la conoció había llegado ya al sótano.

Vivía, digámoslo así, en un infecto mechinal de la calle de las Minas, cuya entrada y escalera recordaba las de aquellas casas bar-

celonesas de algunas vías que salen a la izquierda de las Ramblas, y en las que el tifus parece aposentado en forma humana a la puerta de cada uno de los pisos. Sara, al caer, habíase dedicado al comercio de menores; pero falta de medios para proporcionarse género escogido, y falta también de esos auxiliares femeninos que en forma de alcahuetas recorren las casas húmildes donde hay hijas pequeñas, la mercancía que presentaba era por demás deleznable.

Chicas anémicas y mal vestidas, que hablaban al cliente de su hambre y de la perra necesidad que las obligaba a hacer aquello; vendedoras de periódicos, asiduas a los cines baratos, donde entran unos hombres muy pálidos y con ojos muy brillantes, que al salir notan cierta debilidad en las piernas.

Yáñez, un día en que el apetito le torturaba más que de costumbre, encerróse con una de esas mariposas volanderas; era una chica muy joven, que vendía décimos de lotería por la Carrera y las Cuatro Calles, y que más de una vez se le había acercado a ofrecerle la suerte con toda inocencia, sin que mostrase picardía ninguna al hacer la oferta, ni ese doble sentido invitativo de la buscona que adopta un oficio callejero para velar un poco la

busca. Era dócil y conocía su deber; se prestaba a todo con cierta complacencia, como una mujercita a la que los hombres, en lo sucesivo, ya no podrán enseñar nada.

Yáñez quedó satisfecho, pero... ¡no era eso! Bien lo sabía él. Sara, que estaba siempre borracha, le dió a la pequeña un bofetón tan espantoso, que Alfonso lo oyó desde la escalera; acababa de cerrar la puerta del piso, y pudo oir el llanto de la niña y los gritos incongruentes de la proxeneta:

—¡Guarra! ¡Indecente! Ya te enseñaré yo a ti...

¿Qué era lo que pretendía enseñarle? ¿Un nuevo refinamiento amoroso para dar gusto a la parroquia? No era fácil: la chica los conocía todos a la perfección.

Algún otro lugar parecido al cubil de Sara visitó el hombre por aquellos días primeros del año; el resultado fué idéntico. Conoció mucha suciedad, vió muchas chicas en las que las madres querían prorrogar indefinidamente el estado de impúberes apelando a todos los medios, fué enterándose de cuánto había de mecanismo, de oficio aprendido sin afición en todas esas que el vulgo ilustrado llama perversidades y considera como flores venenosas de almas corrompidas.

Nada le satisfacía más que de un modo momentáneo; pero sí notaba que el recuerdo de Lolín iba poco a poco palideciendo en su interior: la evocaba con gusto, continuaba sintiendo hacia ella esa ternura un poco paternal que era siempre como el fondo de su afición a la rubita; pero su gusto y su deseo se ampliaban cada vez más, y, sin salirse del tipo—jovencita con el pelo suelto—, ya no era una hembra, sino todas las hembras las que le gustaban.

A lo mejor, divagando por las calles céntricas, cruzábase con una de ellas y, casi de un modo mecánico, echaba a andar detrás; no pretendía nada, no se proponía nada, pues aunque la pequeña fuera sola, y por muy provocativo que fuera su aspecto, sabía muy bien que aún no era en Madrid costumbre que las tobilleras saliesen a la calle a hacer la carrera. Las que sí salen a diario son unas cuantas mujeres que tienen más de sesenta años, y esto sí que es profundamente inmoral.

Yáñez las seguía en un arranque de puro diletantismo, por contemplarlas más tiempo del que permitía lo rápido del encuentro, con ese instinto de lo bello que tiene todo ser y que le hace apartar la vista de lo feo como de una condenación.

Alguna vez llegó el hombre a seguir a una de

esas palomitas hasta que se metía en su casa: era igual; quedábase un rato mirando al portal, seguía el camino y no volvía a pensar más en el encuentro ni en la persecución.

Una noche, ya a fines de Enero, y cercanas las ocho, Alfonso, en su callejeo de judío errante, tuvo uno de esos encuentros tan frecuentes. En la misma Puerta del Sol, casi esquina a la calle Mayor, pasó junto a él una criatura que le dejó del todo embobado: era una belleza, que tenía mucho de frágil, con el cutis de terciopelo, los ojos muy azules y muy rasgados y el pelo cortado en melenas a lo Colón y cayéndole en flequillo sobre la frente, aumentando así el tinte ensoñador de la cara. Debía tener unos catorce años, y, sin nada a la cabeza, iba bien vestida y mejor calzada, pareciendo una señorita que, en un momento, hubiera salido a dar un recado.

¿Habrá que decir que Yáñez volvió grupas y echó a andar tras ella? El lector me lo creerá sin que se lo jure.

Unos cuantos moscones iban dándola escolta, piropeándola y diciéndola alguna que otra gansada: ella caminaba de prisa, sin oirlos, pero sin demostrar tampoco una excesiva altivez. Siguió toda la calle Mayor abajo: Alfonso íbala contemplando desde la acera opuesta, y

cada vez le entusiasmaba más el aspecto fino, frágil, de la pequeña, la dulzura del rostro, lo quebradizo del cuerpo, casi sin formas aún, y que parecía el tallo de una flor próximo a troncharse. Resultaba un poco absurdo que se dejase caminar así, sola, por en medio de todos los deseos y de todas las lujurias, que a tal hora andaban sueltas por la ciudad, a aquella criatura que con su atractivo hubiera justificado todos los atropellos y que para defenderse no tenía otra arma que el candor de su mirada. ¿Cuál era el pastor de aquella cordera, que así la dejaba pasar por entre el enjambre de lobos?

No iba cerca ciertamente: habían ya pasado de Platerías y la pequeña seguía andando. En la esquina del mercado de San Miguel el grupo de moscones que la seguían se había reducido a dos—sin contar a Yáñez—, los cuales tardaron poco en abandonar el campo. Frente a la Casa de la Villa pasó ya sola la chiquilla.

Fué entonces cuando Alfonso respiró tranquilo, y, mudándose de acera, se acercó todo lo que pudo para contemplarla a su sabor. Entonces ocurrió algo que al perseguidor hizo perder los papeles: la nena, que tan indiferente se había mostrado al acoso de los otros moscones, hasta el punto de no haberse enterado

de que la seguían, volvió la cara y se quedó mirando a este de ahora de ese modo franco, amplio y retador con que sólo miran las tobilleras.

¿Era posible? Porque la cosa se repetía con bastante frecuencia: cada diez pasos la nena volvía su cabecita, imprimiendo a las melenas una sacudida muy graciosa, y miraba a aquel señor, que no la decía sandeces, como los otros. Parecía querer asegurarse de que continuaba siguiéndola, y había también en la mirada como una invitación, como un dar ánimos para llegar hasta el fin.

Alfonso estaba como loco: aparte del deseo que la pequeña le inspiraba, veía posible que en un momento, y cuando menos podía esperarlo, iba a realizarse su sueño de tantos días. Se encontraba en esa situación de incredulidad nerviosa del que, habiendo imaginado durante mucho tiempo cosas imposibles, ve que este imposible toma realidad ante sus ojos.

La chica, sin dejar de mirarle de cuando en cuando y andando muy de prisa, atravesó Consejos, después la calle de Bailén y se metió decidida por la Cuesta de la Vega.

¿Dónde iba? Áquellos parajes, a tal hora de la noche, eran un amasijo de sombras y de soledad: nadie pasaba por ellos sin una necesi-

dad precisa, y aquella pequeña, arriesgándose allí sola, daba unas pruebas de temeridad que se asemejaban mucho a la locura. ¿Por qué no rodeaba por otro lado más racional? ¿O hacía aquello porque sabía que no iba a ir sola y confiaba en la escolta de Yáñez para pasar a su lado el paraje peligroso?

Al pasar frente al muro de la Almudena, Alfonso se acercó a la pequeña: iba temblón, angustiado, con miedo de sí mismo y de la obscuridad. Cuando empezaron a descender el zig-zag que venía a parar a los jardines de la Tela, les envolvía una sombra espesa y pegajosa; a lo lejos se veían en el campo unas luces enfiladas que eran las de la carretera de Extremadura; de cuando en cuando se oía el silbido de una locomotora.

Yáñez habló, pero la chica callaba: él mismo no supo nunca lo que dijo; la habló de si no le daba miedo ir sola por allí , si quería que la acompañara o si accedía a que se sentaran un rato en uno de los bancos que se veían al principio del paseo que bajaba hasta la calle de Segovia.

Habían llegado ya al bosque inmenso, verdadera bóveda formada por unos árboles corpulentos que casi se unían a los del Campo del Moro. No se veía a nadie, no se oía nada; Al-

fonso, febril, pensó que lo que él allí hiciera nadie lo sabría nunca; aunque la pequeña chillase, siempre quedaba tiempo de huir antes de que nadie acudiese en su auxilio.

Perdió la cabeza, e interpretando lo más ampliamente posible aquello de que el que calla otorga, contestó al silencio con que la nena acogía sus torpes proposiciones estrechándola violentamente en sus brazos como pudiera haberlo hecho un mono recién caído de uno de los árboles que les daban amparo. La tiró contra uno de los bancos de piedra, y allí hundió boca y nariz en las melenas de ella, la besuqueó, la babeó como si quisiera comérsela.

La víctima no gritó: únicamente, con vocecita muy débil, suplicaba llorosa:

—¡Por Dios! No me haga nada malo.

Alfonso, saciado ya, levantóse y echó a correr. No paró hasta una hora después, en que, vuelto del ataque, se encontró en un café de la calle de Serrano tomando un ponche.

La nena levantóse también, sacudióse las ropas y siguió tranquila camino de la Puerta del Angel, donde vivía.

En realidad, y como había pedido, no le habían hecho nada malo.



Una tarde, Alfonso, en el colmo del aburrimiento, salió de su hospedaje y se encaminó a la Puerta del Sol decidido a montar sin rumbo fijo en el primer tranvía que le pasase por delante de las narices. Hízolo así, y quiso la suerte que el primero que pasó fué uno de la Fuentecilla. La suerte tiene esos bromazos.

Al llegar a la plaza Mayor, en vista de que en la plataforma posterior sólo iban sesenta y dos personas, y él, recién comido, estaba a punto de reintegrar al exterior el alimento, apeóse y siguió andando por la calle de Toledo.

Pero no tenía humor de caminatas en la tarde de hoy; cruzó la típica calle otro tranvía en el que ya el público iba más holgadito, y Yáñez tomólo en marcha. Era uno de los que por la calle y puente de Segovia hacen el servicio a la Puerta del Angel de la Casa de Campo, atravesando todo aquel barrio pintoresco que, con la carretera de Extremadura por eje, se está formando con indudables evocaciones de

novela clásica y marcado tufillo de carretería.

Yáñez no se dió cuenta del trayecto que iba a seguir hasta que se vió en Puerta Cerrada; iba a pasar por el borde mismo de los jardines de la Tela, iba a ver de día y a plena luz el paraje cuyas sombras nocturnas habían amparado de modo tan completo su cobardía. No había elegido él la ruta, pero no le importaba pasar por allí: sentía esa complacencia instintiva del asesino en volver al sitio de su crimen... en la cual tal vez haya el placer de verse libre todavía para poder enderezar sus pasos a voluntad.

Alfonso, al recordar aquello, sentía cierta vergüenza de sí mismo, a la cual no dejaba de mezclarse cierta dosis de placer en el recuerdo. Consolábale un poco la idea de que, después de todo, él no había causado a la muchacha ningún daño irreparable, y la consideración de que había cedido a un impulso superior a todos los resortes de su voluntad.

Mas, a pesar de todo, no podía evocar la escena sin sentir, aun ahora, pasados ya quince días, un asco casi fisiológico de sí mismo. A la mañana siguiente al suceso buscó con avidez los periódicos por ver si en alguno se hablaba de él: podía haberlos visto u oído alguien; podía también la chica haber dado parte...

Pero nada: la escena de bosque primitivo quedaría para siempre en el secreto, sin más sabedores que los dos—protagonista y antagonista—ni más testigos que los gigantescos árboles, bonachones como todos los gigantes, y acostumbrados a callar, pues no sería aquella la primera escena de tal índole que habrían presenciado. ¡Los machos cabríos aman tanto el bosque y la arboleda!

Yáñez había encontrado un asiento en el coche, y pegado al cristal iba saboreando el panorama algo ceniciento de la calle de Segovia. Sacóle de su relativa abstracción algo que oyó decir a dos sujetos que ocupaban el asiento de atrás.

—Mira, ¿conoces esa casa?—decía uno de ellos.

—¿Cuál?

—Aquella que está para derribar, que tiene ya la acera levantada, pero que sigue habitada aún.

—¡Ah, sí!

Alfonso miró también: en una de las calles que salen a la izquierda de la de Segovia y que son mitad vía y mitad corral, había una casita de dos pisos y de un solo hueco en cada uno: era sucia, costrosa, cayéndose a pedazos y dando la impresión de que la piqueta, que ya

sobre ella se cernía, por pronto que llegase iba a hacerlo demasiado tarde. Era uno de esos edificios que parecen destinados a figurar un día en las planas de los periódicos ilustrados con cualquiera de estos títulos al pie: «La casa en que se cometió el horrendo crimen el día 13 del corriente», o «Edificio donde los hermanos Grajales tenían establecida la fábrica de moneda falsa».

Los vecinos de asiento seguían cuchicheando, ahora ya en voz más baja, aunque no tanto que Yáñez no pudiera enterarse.

—Pues ahí, en el tercer piso, que es interior, vive la tía esa de que te hablé la otra noche. La Filo, ¿no recuerdas? Aquella que estaba en el paraíso de Romea con dos nenas como de unos once o doce años.

—¡Ah, sí! Y ¿es ahí donde las tiene?

—Ahí. Ya ves tú quién va a figurárselo viendo la casa por fuera...

—No, el sitio no está mal elegido: solitario, sin testigos molestos...

—Ahora la echan de la casa por derribo, pero ella se está resistiendo todo lo que puede porque no encuentra donde mudarse. No creas tú que es fácil hallar un sitio tan bien dispuesto y donde ciertas cosas no llamen la atención.

—Bueno, y ella, ¿recibe a todo el mundo?

—No es casa pública, pero ¡figúrate tú! Lo que sí toma son sus precauciones: tiene mucho miedo a que la cojan.

—Y ¿tiene buen ganado?

—De todo hay. Ella se dedica a cazar a las chicas por la calle: se fija en esas pequeñas que piden limosna, en las periodistas, en esas golfillas que pordiosean en las puertas de los teatros sacando unas perras a cambio de abrir y cerrar las portezuelas de los coches; las baña, las friega bien, las extirpa las liendres, las viste con unas ropitas sencillas, pero limpias, y se las ofrece a la clientela. Y no creas tú que esta es cosa muy despreciable: vienen ahí algunos señorones que la pagan bien.

—Lo que no sé es cómo se atreven a meterse en esa caverna; a mí me daría miedo.

—¡Bah! Nunca ha ocurrido nada. Te advierto que la Filo es una mujer muy buena y muy formal.

—Sí, sí; si no lo dudo.

Alfonso Yáñez daba botes en el asiento oyendo todo aquello. ¿Sería verdad? ¿Habría él encontrado por fin lo que buscaba con tanta ansia desde hacía tanto tiempo? ¿Estaría su felicidad en aquella casucha de aspecto sórdido y lamentable?

Pensando en esto habían pasado ya por el si-

tio de su fechoría nocturna. De preocupado que iba, casi no se fijó. Tenía que contener sus nervios para no apearse en marcha y dirigirse a la casa en ruinas. ¡No, no! Había que esperar: entre otras razones, porque ciertas tentativas convenía llevarlas a cabo de noche cerrada; el día no es propicio más que a los hombres de médula normal y sexualidad honesta.

Felizmente, ahora, a las cinco y media, ya había muerto el día en la ciudad. Yáñez tuvo tiempo de hacer su viaje hasta la Puerta del Angel y volver en el mismo tranvía a la plaza de Santa Cruz, y aún le sobró para flanear un poco por los soportales de la Mayor y encaminarse muy despacio al lugar del suceso.

Estaba nervioso, preocupado, temiendo haberse hecho demasiadas ilusiones: todo aquello que él había escuchado en el tranvía puede que no fuera verdad, podía ser una de tantas cosazas como se dicen, una necedad que un chusco inventa y que luego los demás repiten con el mismo aplomo que si lo hubieran visto.

Pero él iba decidido a enterarse bien; de sobra se sabía que el fracaso había de ser el compañero de sus primeras gestiones: aquella mu jer, con la escama natural al ver una cara nueva, era lógico que lo negase todo. No le impor-

taba: ello demostraba que no era tonta, y a Yáñez le gustaba tratar con gente lista.

Al llegar frente a la casa, y antes de meterse por la boca negra del portal, la examinó desde la acera opuesta. Podría estar habitada, pero por fuera no lo parecía: ni una luz, ni una señal de vida veíase en ninguno de sus dos balcones; sólo en el del segundo se balanceaba lentamente un trapo blanco puesto a secar, y que parecía el pañuelo con que pidiera socorro un náufrago muy debilitado ya por la agonía.

En la calle, muy corta, no había nadie: la otra acera la ocupaba todo el muro de un mesón que tenía por la de Segovia la entrada principal, y el fondo era una gran tapia de ladrillo, resto de cuando anduvieron los moros por aquel barrio, y que sólo servía para privar de toda salida a la calleja.

El timbre de un tranvía muy de tarde en tarde era casi el único ruido que llegaba hasta allí; cuando Yáñez cruzaba para meterse decididamente en la boca del lobo, llegó hasta él el clasico pregón de las *chuletas de huerta*, que en estos anochecidos de invierno parece un lamento.

Las losas del interior del portal también estaban levantadas, y el visitante caminó por él

como por un bancal dejado de barbecho. La obscuridad era absoluta, pero no quiso encender una cerilla; tanteando con el pie tropezó con un escalón y alzóse en él confiando en que después habría otros: así era en efecto; pero los tramos de aquella escalera estaban distribuídos de modo tan arbitrario, que a lo mejor, cuando menos se esperaba, venía un gran descanso, en cuya superficie, relativamente plana, pasábase Alfonso un largo rato pateando al aire, hasta que se convencía de que, al menos por un rato, se podía marchar en forma plana.

Hacía la subida varias vueltas, pero ellas venían indicadas por la forma misma del escalón y no presentaba gran dificultad la cosa. A veces palpaba el muro para ayudarse en aquel reconocimiento en las tinieblas: tardaba poco en retirar la mano, y hubiera preferido romperse las narices, pues la pared rezumaba una mezcla de humedad y grasa, muy parecida a la que exhalan los botijos viejos, y que resultaba repugnante.

Parecióle percibir de pronto una débil claridad: más que rayo de luz, parecía como que las tinieblas, sin dejar de serlo, se tornasen un poco menos densas. A través de un cristal y de un enrejado vió la llamita de un cabo de vela, y oyó el chirriar de una fritura en la lum-

bre; había llegado al primer piso. Los vecinos, con el agua y la luz cortada, por ese sistema de bloqueo persuasivo que emplea el Ayuntamiento cuando quiere echar a los habitantes de una casa, se alumbraban como podían. Pero la débil lucecita primitiva era suficiente para que, a su amparo, Yáñez viera la puerta del piso, un trozo del muro grasiento, y la vuelta brusca que hacía allí la escalera tras el breve rellano.

Había que seguir subiendo. Desde la mitad del trayecto que separaba ambos pisos, comenzó a oir el llanto de un niño; no llanto chillón de rabieta, sino ese quejido tristón de la carne muy tierna, a la que muerde un dolor, imposible de delatar por una boquita aún demasiado pequeña. En aquel piso no había luz, pero no podía dudarse de que estuviera habitado: el pequeño seguía llorando sin prisas y sin consuelo.

Se detuvo Yáñez; después de este tramo vendría ya la morada de la Filo; ahora se trataba de algo más que de subir. La escalera se estrechaba, se encajonaba entre dos lienzos de pared.

Alfonso, deteniéndose, pensaba que, entre las muchas tonterías que le había hecho llevar a cabo aquella su insana afición de macho anor-

mal, no era la menor esta visita a las ruinas de una casa en la que, en rigor, no sabía lo que le esperaba. Volvió a pensar en que pudiese ser una fantasía todo aquel relato de los viajeros tranviarios, y de que él, sin detenerse a comprobar la referencia—comprobación nada fácil ciertamente—, hubiese obrado muy de ligero.

Pero, a pesar de todo, no pensaba en retroceder; ya no. La curiosidad podía en él tanto como el deseo.

Siguió subiendo, y de pronto, sin ver nada, sintió así como si un gran agujero, en comunicación directa con el abismo, se hubiera abierto ante él. Notaba un hálito extraño, algo así como si se hubiera cambiado la atmósfera de aquella mazmorra. Detúvose de nuevo y púsose a pensar en lo que sería aquella escalera estrecha, lóbrega, siniestra, en cualquiera de esas tragedias domésticas de que ningún hogar está libre: una defunción con la consiguiente bajada del ataúd, la subida de un sacerdote llevando en sus manos el Viático medicina suprema, una mudánza, el cobro del impuesto de inquilinato...

Alfonso Yáñez tuvo miedo: más que a espectros y fantasmas, a romperse las narices. Echó mano a la caja de cerillas, y ya iba a frotar

una, cuando vió que sus ojos, habituados poco a poco a la obscuridad, empezaban a vislumbrar algo: fueron primero los barrotes de una reja, gruesos como de cárcel antigua, y después, tras ellos, un trozo de azul, moteado de puntitos brillantes, que no era otra cosa que el celeste firmamento que a todos nos cobija, en el que lucían desde hacía rato las estrellas.

La casa, por allí, tenía un patio no muy grande, forma de embudo, que por aquel lado de los pisos terceros interiores terminaba ya sus muros y abría al cielo; para evitar que los vecinos se cayesen, habían cubierto el espacio entre pared y pared con aquella reja, cuyos barrotes, de tan gruesos, parecían hinchados. El aire de la calle entraba allí libre, y de ahí el cambio de atmósfera que Yáñez había notado.

Miró abajo, al patio, y no vió más que un orificio muy negro; se volvió, y a su mismas espaldas distinguió dos puertas. ¡Hola! Aquella choza con escalones se permitía el lujo de dividir sus pisos en derecha e izquierda, como cualquier palacio de la calle de Zurbano. No dejaba de ser una complicación, porque, ¿en cuál tenía que llamar? Después de todo, era igual: sabía que, lo hiciese en el que lo hiciese, resultaría, como ocurre siempre en estos casos dudosos, que se había equivocado.

Más le preocupaba la altura inverosímil de las puertas: era la de esos nichos que hay empotrados en las paredes de los cementerios, y en los que parece que hasta los difuntos han de encogerse para entrar. Si él había de pasar por allí, menuda reverencia iba a tener que hacerle a la persona que le abriera la puerta.

Él había visto viviendas así en los folletines y en las películas y dramas policíacos, pero no creyó nunca que la realidad las ofreciera tan a la mano como para topar con ellas sólo con tomar, por ejemplo, el tranvía de la Fuentecilla.

Se dirigió al nicho de la izquierda y llamó.

La idea fué de Senia, pero el resto de la familia acogióla con agrado: se trataba de ir a visitar a Lolín en el colegio en que había sido recluída.

La familia Pillaruelos enteróse de la reclusión, y *casi* de los motivos de ella, por una carta que la propia prisionera escribió a Senia; claro que en la carta no lo decía todo, porque como el régimen del colegio prohibía que las alumnas pudieran comunicarse por escrito con el exterior sin que las cartas pasasen por la censura de una de las madres encargadas de tan antipática función, la chica únicamente pudo escribir, bañándose en hipocresías, que su encierro era un castigo, y que éste se lo tenía muy merecido.

La diabólica y morenaza primita se imaginó lo demás. De todas maneras tenía ganas de cambiar unas palabritas, aunque fueran pocas, a solas con la castigada, para que le contara detalles. La madre aceptó lo de la visita al colegio como una humillación infligida a aque-

llos parientes pobres, ya que el encierro de su sobrina venía a ser la confirmación de su teoría, con arreglo a la cual, la gente de los barrios bajos no tenía pudor y honradez.

Pero antes de hacerla, creyó conveniente avisar a su hermana, y al efecto, escribióla una carta, en la que, poco más o menos, venía a decirle:

—El próximo domingo iremos a ver a tu hija a su colegio. Aunque tú nada nos ha dicho de la desgracia que habéis tenido con ella, nosotras nos hemos enterado.

Pensó que podía darse el caso de coincidir con su hermana en la sala de visitas del colegio, ya que al preguntar por teléfono a éste sobre el día y la hora en que podrían ver a la alumna, las informaron de que su madre acudía algunos domingos a visitarla. Esa coincidencia no le preocupaba y más bien favorecía sus planes de humillación.

Al domingo siguiente, que era el último de Enero, la madre y las tres hijas subieron en el automóvil y se encaminaron a la calle de Ayala; la hora de la visita era la de las once de la mañana y llegaban con el tiempo justo. El padre no había querido acompañarlas porque decía, y no sin razón, que nada se le había perdido en aquel colegio, y, además, porque afir-

maba que esas visitas a gente privada de libertad le afectaban siempre mucho.

Hacía una mañana espléndida, llena de sol e impregnada de aire tibio; una de esas mañanas de invierno que se descuelgan a lo mejor por series de diez o doce en Madrid, sin duda con el propósito de dejar en ridículo a todo el que se atreva a hacer una profecía relacionada con el clima en la villa y corte.

La sala de visitas era una habitación no muy grande, llena de esa coquetería monjil que no tiene nada que ver con el lujo, y que más bien parece una mezcla de comodidad y limpieza. Había unos banquitos de terciopelo obscuro alrededor de las paredes, y unas sillas delante de todos ellos, como queriendo indicar el sitio que habían de ocupar las colegialas y sus visitas; había una mesa en el centro, sobre cuyo tablero se veían unos números de *El Mensajero* y de *La Lectura Dominical*, y un ejemplar de la *Vida de Santa Ursula*, patrona de la casa, escrita por un señor que había sido conserje del Tribunal de la Rota; en las paredes había unos cuadritos religiosos; en los ángulos de la estancia unos floreros de flores artificiales, colocados en unas repisas, y en el muro frontero a la puerta de entrada lucía, bajo un gran fanal, la joya de la habitación, y

quizá de toda la casa: una estatua de la citada Santa Ursula a gran tamaño, y que, por ciertos detalles, debía representarla antes de que la buena señora se quedara viuda.

Cuando hizo su entrada la familia Pillaruelos, ya había en la pieza algunos grupos: una alumna muy pequeña, tanto que debieron quitarle el pecho a la puerta del colegio, estaba rodeada de cinco señoras, de las cuales, una por lo menos, debía ser su madre. Otra, ya grandecita y muy guapa, estaba en un rincón sola con un caballero anciano que, de cuando en cuando, le daba unos golpecitos en la barba.

Las chicas de Pillaruelos, Senia más que las otras, se fijaron con mucho interés en el uniforme que lucían las colegialas: era un vestido muy largo que casi las llegaba a los pies, de un color azul-bombero, ceñido a la cintura por una banda de idéntico tono, y adornado, bajo el cuello vuelto y muy planchado, por una enorme chalina blanca. Con el trajecito pasaba lo que pasa con la mayoría de ellos, aunque las mujeres y los modistos digan otra cosa: que a las guapas les sentaba admirablemente, y a las feas les sentaba como un tiro. Lolín, con él, debía estar para comérsela.

Apareció en seguida en la puerta del salón: la acompañaba una hermana que tenía aspec-

to de garbanzo a medio cocer, y que no era más que un simbolismo de la vigilancia especial a que la pequeña estaba sometida aun dentro del régimen riguroso de la casa. La hermana, al ver en los visitantes de la colegiala caras nuevas, les hizo muy amablemente unas cuantas preguntas acerca del parentesco que las unía con Lolín, y de algún otro particular anodino; después se retiró modestamente a un rincón, como cediendo paso a las expansiones familiares, pero sin perder de vista el grupo.

Las primas encontraron a Lolín muy rara; no era el traje, que le estaba muy bien, sino el peinado. Al ingresar en el colegio, la directora había preguntado a la madre con toda tranquilidad si quería que a su hija se le cortara el pelo. Por lo visto la religiosa tomaba demasiado en serio lo del castigo, y quería aplicar a la pequeña un régimen de correccional.

Cortárselo no, porque doña Adela no consintió que con la principal belleza corporal de su hija se cometiese tamaña herejía; pero con ese sadismo, acaso inconsciente, de casi todas las monjas que se dedican a educar jovencitas, arreglaron el peinado de Lolín de la manera que menos podía lucir y favorecer la hermosura del conjunto. Era el mismo peinado obliga-

torio para todas las internas; pero en ella, cuyo rostro aislado no ofrecía grandes encantos, la crueldad resaltaba aún más. Venía a ser esa *coiffure* tan grata a las tiples cómicas del género chico, cuando han de representar un papel de tonta de capirote—¡oh manes de la Mayendía y de la Isaura!—: el pelo muy liso y pegado al casco de la cabeza, y luego, todo lo que sobra, recogido atrás en una coleta a modo de rabo de lagartija o de cola de león tiñoso.

Si la educación religiosa no tuviera más inconveniente que ese de la *toilette* ratonera a que obliga a sus educandas, ya era más que suficiente para renegar de ella y proclamar el laicismo de la enseñanza. Felizmente, Alfonso Yáñez no había visto a su amor de aquella guisa: si la ve, organiza en Madrid otra semana trágica de Barcelona, con su encarnizado asalto de conventos.

La primera preocupación de Senia desde que estaba allí su prima era poder cuchichear con ella unas palabritas a espaldas de su madre. La cosa no era nada fácil, pues como no había con quién distraerla, la conversación hízose general desde los primeros momentos.

—Cuéntanos, cuéntanos—decía a su sobrina la hinchada señora — qué has hecho para que te metan aquí.

La pequeña se puso muy pálida. ¿Qué iba a contestar? Cualquier cosa menos la verdad, porque la verdad ¡era tan inverosímil!

—Pues, nada: fué que... la profesora de piano, ¿sabe usted?, le contó a mamá una cosa que no era verdad.

—¡Ya!... ¿Y qué le contó?

—Pues le dijo que yo...

Lolín, antes de seguir adelante, roja como la púrpura y retorciéndose en la sillita como un sacacorchos, miró fijamente a Senia en demanda de auxilio y ambas se echaron a reir.

La madre paseó por el grupo de las cuatro muchachas una mirada severa, y de pronto, fijándose en Maripú, que estaba muy abstraída contemplando la estatua de Santa Ursula como una muñeca más, le dijo:

—Mira, asómate a esa ventana y verás cómo juegan las chicas.

Por uno de los huecos de la sala se veía a lo lejos el patio que servía de recreo a las colegialas; oíanse unos chillidos alegres, amortiguados por la distancia, y desde el sitio ocupado por Lolín y sus visitantes veíanse de cuando en cuando unas pelotas subiendo por los aires como si quisieran escapar de la prisión del colegio.

Cuando la pequeña Maripú fué a ocupar su

puesto junto a la ventana, doña Natalia dijo, sin abandonar su aire terrorífico:

—Bueno, ya puedes hablar: supongo que era la presencia de Maripú lo que te contenía. Hay cosas que no debe oir nunca una pequeña.

Lolín quedóse estupefacta: no había pensado en semejante cosa. Constreñida a inventar algo, habló, para salir del paso.

—No, si fué que había un chico que me escribía unas cartas en las que me decía muchas tonterías. Una de ellas fué a parar a manos de mamá y me echó a mí la culpa y me metió aquí.

Senia la oía hablar y adivinaba la verdad. Era el tío del cine, no cabía duda: su tía se había enterado, y allí estaba la explicación de todo.

La morenita creyó en una intervención de la Divina Providencia cuando vió que la religiosa, de tipo de garbanzo a medio cocer, se acercaba al grupo y empezaba a hablar con su madre.

—Hoy no viene ya doña Adela a ver a la chica—dijo como introducción.

Y metiéronse en un diálogo lleno de futilidades, pero que a Tali, Senia y Lolín les permitió aislarse un poco tiempo, el suficiente, sin embargo, para que la última, en un aparte como los de las comedias, les contase la escena

de la sorpresa a la puerta trasera del café de San Isidro.

Senia oía el relato y notaba que en ella iba aumentando la admiración por su prima, por aquella nena que de modo tan formidable, y con una aventura tan enorme, daba el salto a mujer hecha y derecha. Al lado de aquella prisión por el amor de un hombre, ¿qué valían—pensaba melancólicamente la tobillera morenita—sus jugueteos en la sombra de los cines con aquel imbécil pollo que sólo sabía gruñir como un lechoncito en los momentos álgidos?

Otra monja entró y con dos palmadas dió por terminado el tiempo de la visita.

La despedida fué afectuosa, y algo delicuescente por parte de Lolín, a cuyos ojos asomaron a última hora los rocíos de unas lagrimitas.

Senia, viéndola llorona, pensaba:

—¡Qué estúpida! ¡Con lo que yo daría por cambiarme por ella!...



En efecto, la regla se cumplió una vez más: Alfonso llamó a la puerta de la izquierda, y al cabo de un rato, que a él le pareció un anticipo de la eternidad, salió una mujer joven, desgreñada y pobremente vestida.

—¿Está la Filo?—preguntó tímidamente el galán.

La dama examinóle con altivez, y al cabo de una pausa le dijo como en un desahucio:

—Es en esa puerta, ahí al lado.

Y cerró la suya con un portazo, que era el equivalente de un bofetón.

Yáñez llamó a la derecha, ya con cierto desahogo: por lo menos sabía a qué atenerse.

Lo de llamar no era cosa llana: buscó a tientas un timbre, el tirador o el cordón de una campanilla, y, no hallando ni vestigios de una u otra cosa, dió un golpe con los nudillos en la madera.

Sonó a hueco, pero a esa oquedad siniestra de los ataúdes, que no tiene nada que ver con otras oquedades: la del cerebro de un litera-

to, por ejemplo. El lector, que es un hombre culto, sabe perfectamente que así es como llaman a la puerta del sepulcro de Carlomagno en el tercer acto de *Hernani*.

Allí la espera fué más larga que en la puerta vecina: no sólo no contestaban, sino que del interior no venía señal alguna de que la casa estuviera habitada. Iba a repetir el golpe cuando la puerta se quejó y, alumbrada por una vela, apareció una mujer joven aún, con el rostro cansado y con aspecto de campesina, pero de campesina limpia.

—¿Está Filo?

—Pase usted.

Era fácil decirlo, pero un poco más difícil el hacerlo: Yáñez miró la puerta, hizo un cálculo de capacidades, y al fin, doblándose como un arbusto castigado por el huracán, penetró.

Vióse en una estancia baja de techo, y éste abohardillado; a un lado y otro abrían dos puertas, y al fondo, cercano a las vigas, un ventanuco con unos hierros en forma de cruz, que comunicaba con el firmamento *casi* directamente. El mobiliario, que no debía llevar la firma de Lisárraga, lo constituían una mesa en el centro, una cómoda bajo el ventanuco, con un espejo sobre el tablero, y tres sillas.

Bien se veía que aquello debía ser el *hall* de

la casa. La dueña de ella estaba un poco azorada ante lo imprevisto de la visita, y le ofreció una silla para que se sentase.

—¿Es usted la Filo?

—Servidora de usted.

Alfonso habíasela imaginado de otro modo. Sin preámbulos, que no le gustaban ni aun en los reales decretos, fué derecho al grano. La Filo escuchábale, mirándole fijamente a los ojos, como si quisiera averiguar si aquel pájaro nuevo subía a su casa de buena fe; claro que, por mucho que le miró, quedóse en la duda.

Su primera respuesta fué una negativa: no, ella no sabía ni quería saber nada de aquello. ¿Quién le había informado al visitante?... Y como éste contestase con evasivas, pues le parecía demasiado pintoresco afirmar que se había enterado en un tranvía, ella siguió negando, cerrada como una almeja que ha hecho voto de no abrirse.

Nada de ello sorprendió a Yáñez: era el comienzo de todas; hizo protestas de buena fe, dió su nombre y le dió a entender que estaba perfectamente enterado de la necesidad de aquellas precauciones, pero que él era moro de paz. Viendo que ella estaba dura, empleó un argumento eficaz:

—No hablemos más: me parece natural que usted desconfíe de mí y de todo el mundo; pero como a mí no me duelen prendas, vamos a hacer una cosa si a usted le parece bien.

—Usted dirá.

—Pues es muy sencillo: usted me proporciona a mí una chica de esas, me dice dónde y cuándo la puedo ver, fuera de su casa, por supuesto, y yo, por cada una de ellas que me facilite, le pago su corretaje, y en paz. Así, usted gana lo mismo y no se expone a perder nada.

Filo echóse a reir. ¡Aquel señor decía unas cosas!... Y en uno de esos arranques de sinceridad que son frecuentes aun en las mujeres más ladinas, se confesó con el recién llegado.

Sí, era verdad: no le habían informado mal; ella se dedicaba a eso, pero no trabajaba más que con gente muy conocida, con amigos muy íntimos... Si él quería ser uno de ellos, por su parte no había inconveniente, ahora que...

—¿Qué?

—Pues que llega usted en muy mala ocasión, porque ahora no tengo nada, nada.

Alfonso Yáñez quedóse triste y pensativo. ¡Válgame Dios! ¡También era mala suerte la suya!

La mujer le dejó que rumiase un rato largo

su tristeza, y al cabo de él, como quien habla por hablar, sabiendo que lo que va a decir no tiene importancia alguna, dijo:

—Ahí tengo una chica, pero no le va a usted a gustar.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado jovencita.

—¿Qué edad tiene?

—Aún no ha hecho los doce.

A Yáñez le dió vergüenza oir aquello: vergüenza de sí mismo, porque ahora resultaba que aun para aquella mujer, dedicada a la especialidad, resultaba demasiado lo que a él... le encantaba.

Pero la vergüenza pasó pronto. El ambiente, mezcla de miseria y de vicio, y el tono franco y el carácter abierto de aquella mujer que debía estar muy al cabo de la calle de todas las bajezas, le animaron a confesarse, a decir en voz alta a la Filo lo que jamás se había atrevido a decir a nadie más que a sí mismo, y aun a sí mismo se lo decía mezclado con disculpas y explicaciones.

—Mire usted, eso para mí no es un inconveniente; yo tengo un gusto muy raro, no me avergüenza decirlo. Si no lo tuviera no habría venido a su casa. Y no critico a nadie: cada cual que haga lo que quiera, y yo no me he de

ocupar de meterme en vidas ajenas. Tengo además la conciencia de que, haciendo lo que hago, no causo mal a nadie; porque ya comprenderá usted, Filo, que yo, a esas criaturas, no las quiero para... perjudicarlas. No soy tan salvaje; de mis manos salen como del vientre de su madre, mejor dicho, más limpias aún.

—No podría usted tampoco, aunque quisiera. Si eso no son mujeres.

—Bueno, mire usted, de eso habría mucho que hablar. Yo creo que nunca es la mujer tan mujer como en esos años que van de los doce a los diez y seis: en la pequeña, en la tobillera, está todo lo que luego ha de ser la mujer hecha: la curiosidad, la inquietud, la coquetería, la vanidad, el instinto materno, la abnegación... ¡Todo! Capullos de una flor que no necesita más que abrirse, frascos de esencia con el pomo a medio...

Un trastazo enorme dado en la puerta por donde Yáñez había pasado poco antes, vino a cortar la pieza oratoria que éste había empezado a fabricar con cierta alevosía. Filo fué a abrir.

—Con permiso de usted.

Apareció un joven con el tipo y la indumentaria perfectas del madrileño chulo de baile:

gorra de visera, pañuelito al cuello y chaqueta entallada. Avanzó, y al ver a un señor, descubrióse muy fino y dió las buenas noches.

—Es el marido de mi hija—dijo la Filo, acotando el personaje.

El recién llegado introdújose modestamente en la habitación de la derecha.

—¿Tiene usted una hija?—dijo Alfonso, no queriendo seguir ya hablando de lo suyo.

—Sí, señor; está de camarera en el café de la Encomienda. Ahora está ya allí hasta las tres o las cuatro de la mañana. Tienen dos chicos pequeños, que tampoco están aquí ahora: se los ha llevado una vecina al cine.

Yáñez, sin saber por qué, sintió de pronto la necesidad de ultimar su asunto y salir de allí. Aquella estancia, alumbrada únicamente por la luz de una bujía, le resultaba algo siniestra.

—Bueno, de modo que esa pequeña ¿cuándo me la puede traer?—dijo, bajando la voz todo lo que pudo.

La Filo, señalando a la estancia donde había entrado el chulo, le dijo:

—No, no se preocupe usted: es como si fuera yo misma... Pues la chica..., cuando quiera usted; hoy ya es tarde, porque vive lejos.

—No, no digo hoy; pero mañana, por ejemplo...

—Sí, mañana, sí. ¿A qué hora puede usted venir mañana? Esta hora, ¿es buena para usted?

—Sí, sí: desde luego.

—Pues si usted me asegura que ha de venir, yo se la tengo preparada.

Salió a despedirlo, no a la puerta, que eso allí hubiera sido poca ceremonia, sino hasta la mitad de la escalera, alumbrándole con la vela, para evitar que se matase... y no pudiera volver al día siguiente.

Al verse en la calle, Yáñez sintió como si de pronto le hubiera vuelto la conciencia y se diera clara cuenta del antro en que se había metido. Hablaron verdad los del tranvía, pero ¿no pudo ocurrir que en aquella casa le acechara a él algo muy siniestro? Ahora pensaba qué hubiera hecho él si cuando llegó el yerno — morganático, probablemente — de doña Filo, que, en realidad, tenía cara de infeliz, hubieran entrado con él tres tiazos mal encarados y le hubieran exigido que les entregase cuanta cosa de valor llevaba encima, incluído un colmillo de oro de la mandíbula superior. ¿Se habría defendido? Locura. ¿Habría pedido socorro? Insensatez.

Pero—también en esto habían dicho verdad los viajeros tranviarios—la Filo era una bue-

na mujer: desde luego mucho mejor que su casa.

De lo que estaba seguro es de que volvería a la noche siguiente. La tentación era demasiado fuerte, demasiado picante, para no ceder a ella.

¿Cómo sería aquella chica? ¿Qué cosa de agrio, de apetitosamente feroz tendrían ciertas caricias en el seno de aquella cueva? Nunca había pensado él en la posibilidad de martirizar a una pequeña; pero ahora iba pensando que no sería mal escenario aquella caverna de la Filo para ensayar uno de esos martirios de niña secuestrada que tanto intrigan luego de ser referidos en los periódicos con un poco de fantasía. No es que Yáñez estuviera decidido a ello, pero la idea no le repugnaba; por lo visto, en estas desviaciones del apetito aberrante el trastorno iba en aumento, y aunque se sabía dónde se empezaba, no se sabía nunca dónde se iba a parar. A ese paso, de disparate en disparate, Alfonso llegaría al caso de Soleilland—matando a una pequeña de siete años en el momento de deshonrarla—y de otros sátiros homicidas.

El hombre se hubiera mentido a sí mismo si, a la noche siguiente, al doblar la esquina de la calle de Segovia para subir a la casa, se hu-

biera dicho que no tenía miedo. Lo tenía, y era un miedo impreciso, indeterminado, que lejos de impedirle seguir el camino, venía a ser como un excitante de la aventura.

No cabía negar la posibilidad, siquiera remota, de que allí le preparasen una encerrona. *La noche, la ocasión...*, que dijo el poeta, no podía ser más propicia: él había leído algo de eso en novelas que presumían de naturalistas, y era preciso convenir en que la decoración tenía mucho de novelesco. Los imaginarios secuestradores sabían la hora precisa en que él iba a acudir a la cita; por la pinta habían podido calcular que era hombre de algún dinero, y también sabrían que a esta clase de visitas no se suelen llevar acompañantes. Si no se aprovechaban de todo eso, es que aquellos secuestradores imaginarios eran unos primos.

Paseando muy lentamente, como quien se dispone a saborear el deleite callejero de una noche serena, vió Yáñez en el centro de la calleja unas sombras que le parecieron augustas: eran dos guardias de Orden público; envueltos en sus capotones de invierno, parecían dos cedros del Líbano, algo pequeños, que hubieran echado a andar.

La presencia de aquellos dos servidores de

la ley cambió el tono y la clase de su miedo. Él iba, indudablemente, a cometer un delito; el Código, tan confuso en otros extremos, en este de la corrupción de menores estaba muy claro. Aquellos guardias, a pesar de su aire bonachón de socios que pasean haciendo apetito para la cena, ¿no estarían allí para sorprenderle, para cogerle *in fraganti* y sin posibilidad alguna de negativa?

Esto no recordaba él si lo había leído en alguna novela naturalista; pero, por lo mismo, puede que estuviera más cercano de la verdad.

Y era el caso que, mientras lo pensaba, seguía andando decidido hacia la casa en ruinas; ni uno de sus pasos disminuyó en velocidad, obedeciendo al ritmo acobardado de su pensamiento. Así dicen que caminaban los héroes de las tragedias griegas camino de la encerrona que les preparaba la Fatalidad... En el momento en que iba a pisar el portal Yáñez, casi se cruzó con los guardias y les pudo ver las caras: fué un gran alivio para sus temores; aquellos hombres disfrutaban de unos rostros tan serenos, tan patriarcales, que, mirándolos, no había manera de pensar en Códigos ni en delitos. Eran, indudablemente, dos buenos padres de familia que estaban deseando que terminasen pronto las horas de servicio para

marchar a sus respectivos hogares y comerse unas sopas de ajo.

Alfonso, ya en la entrada, pensó que más bien estaban allí para velar por su propia seguridad y guardarle las espaldas mientras retozaba puercamente a lo Sileno, evitando que alguien pudiese quebrarle una pezuña.

Hoy la subida fué algo menos penosa que el día anterior, ya por aquello de que camino conocido camino mejorado, ya porque desde los primeros escalones tuvo el cuidado de encender unas cerillas.

Desde fuera, el aspecto del mechinal de la Filo era distinto al de la noche precedente: por la cerradura, y por algunos otros resquicios que a modo de sonrisas ofrecía el maderamen de la puerta, veíanse salir sendos hilillos de luz. Además oíanse voces algo regocijadas, y hasta alguna risita sana, que no sonaba mal en medio de aquel tétrico paraje.

Le abrió la propia Filo y, antes de entrar, pudo ver que en la estancia donde él había conferenciado con la dueña de la casa había cuatro personas jugando a las cartas: alrededor de la mesa que ocupaba el centro disputábanse unas perras, naipe a naipe, el yerno de la Filo, otro joven también achulado, pero de aspecto más fino, y dos jovenzuelas de poca edad, una de las cuales llevaba el pelo suelto por la espalda.

No es que Yáñez creyera ante aquel cuadro que se había metido en un lunes del Ritz, pero le agradó el aspecto sencillo de aquellos jóvenes, y sobre todo la cortesía respetuosa con que contestaron a su saludo de entrada. Uno de ellos—el joven fino—hasta se puso de pie.

La Filo, sirviéndole de guía, no dejó que hiciera estación en el *hall*, donde, por otra parte, a menos que uno de los jugadores de bridge le cediera el asiento, hubiera tenido que acomodar las posaderas, a lo morisco, en el santo suelo.

—Pase usted por aquí, señorito.

Siguieron un pasillo muy corto que comunicaba con la cocina, y a mitad de él, a la luz de la vela que la Filo llevaba, Yáñez vió que un trozo del techo había desaparecido y el cielo comunicaba con la casa directamente.

—Es que como ya hace un mes que levantaron todas las tejas—dijo ella—, con las últimas lluvias se ha reblandecido el techo y se ha hundido. Ahora el agua entra aquí que parece esto el tercer depósito.

Esta fué una nueva clase de miedo que Yáñez no había experimentado en la calle: el miedo a morir aplastado en el hundimiento de toda aquella carcoma que, por lo visto, iba ya por el primer episodio.

—Y ¿no piensa usted mudarse, Filo?

—¿Y dónde, señorito? Tres meses llevo como loca buscando cuarto, y no encuentro nada. Si las bolas del puente de Segovia fueran más grandes, yo le pediría al alcalde que me vaciaran una de ellas y me dejaran meterme dentro.

Como verás, lector, la Filo cultivaba el humorismo con mucho más éxito que Bernard Shaw.

Habían pasado por la cocina, en cuyo hornillo se enternecía un guiso de repollo que daba al aire aromas de letrina, y penetraron en una estancia que era—Yáñez lo comprendió al momento—el lugar del sacrificio. Te aseguro, lector, que la tal estancia era eminentemente típica: para llevar un poco de orden en su descripción, procederé por apartados. Te confieso que yo, como escritor, encuentro muy molesto *poner* una habitación.

Altura: un metro ochenta desde el pavimento a las telarañas con que el techo se exorna a modo de reposteros.

Anchura: aproximadamente la de un tranvía de la Prosperidad.

Huecos: la puerta, de una sola hoja, que bailoteaba mucho sobre sus goznes y bajo la cual también había que inclinarse al entrar, y un ventanillo que, por encima de los tejados ve-

cinos, daba al campo, al río, al mar tal vez; podía uno asomarse por él perfectamente.

Mobiliario: un camastro de hierro, de esos que tienen las criadas en las casas modestas, cubierto con una colcha rameada sobre la que había señales de que alguien hubiese estado tumbado hacía poco; un lavabo de pie, y sobre él una toalla regular de limpia; una perchita de la que pendían unas faldas... de mujer al parecer, y una silla.

Decorado: algún letrero en los muros, que por su aspecto leproso y húmedo tenían mucho parecido con los de la escalera de la casa.

Aparatos de luz: la bujía a medio consumir que la Filo traía y acababa de dejar dentro del palanganero.

—Ahora viene la chica. La tengo ahí desde hace un rato—dijo la mujer.

—¿Es una de esas que jugaban a las cartas?

—¡No! ¡Qué va! Es mucho más pequeña.

Yáñez respiró: por un momento había pensado en un camelo como el de aquella menor de treinta y cinco años de la casa cercana al Callao.

La chica vino conducida por la Filo. No le había engañado: decididamente aquella Filo era una mujer buena, honrada y formal en sus tratos.

—Bueno, ahí se quedan ustedes.

Yáñez cerró por dentro la puerta con un pestillo tan débil que era una ilusión de cerradura.

Examinó despacio a la pequeña; estaba en el límite justo: un poco más joven, y ya, por demasiado niña, no servía. Al menos para él: ya sabía que habría aficionados que la encontrasen demasiado vieja. Él todavía no llegaba a tanto; pero, con el tiempo, estaba seguro de llegar.

Para Alfonso, en estos casos que podríamos llamar dudosos entre la niña y la mujer, había un detalle que le resolvía al punto la duda: la expresión de la cara. Si al mirar, si al reir una de estas pequeñas había en su mirar o en su reir algo de malicia, de picardía, era que la niña había muerto. Tal vez todo ello no fuera más que una interpretación demasiado subjetiva, pero con arreglo a ella obraba siempre.

Y de modo tan firme, tan inconmovible, que a veces, frente a un rostro ambiguo de esos que aún no dicen nada, Alfonso profetizaba:

—Esta niña, dentro de cuatro o cinco meses estará ya madura.

Claro que si alguien le hubiera pedido que explicase el por qué, no habría podido hacerlo. Era un matiz, un gesto, para cuya expresión oral no hay aún palabras en ningún idioma.

Esta de ahora servía; pero mirándola, comprendía Yáñez que acaso unas semanas antes habría sido demasiado pronto.

Como quien saca con un sacacorchos imperfecto un tapón de mala calidad, Yáñez fué sacándole a la chica poco a poco y en pedazos su historia y la de su familia. Porque aquel pitusín femenino ya tenía una historia. Era hija de unos cocheros, y por más intentos que hizo Alfonso no pudo aclarar esto: ¿qué clase de cocheros eran? ¿De casa grande, de punto, de esos tan pintorescos de pompas fúnebres que, vestidos a la Federica, parecen muñecos de un Museo del traje? Y al decir *unos cocheros*, claro es que querría decir un cochero y una cochera; pero no lo decía.

—¿Tú madre sabe que vienes aquí?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—¡Claro! No ve usted que yo salgo siempre de mi casa acabao de comer al mediodía y ya no vuelvo hasta por la noche...

—¿Y nunca te pregunta dónde has estado?

—Alguna vez.

—¿Y qué le contestas?

—Pues la digo... que en el cine, o por ahí de paseo con unas amigas.

—¿Dónde viven tus padres?

—En la calle del Escorial.

—Y tu padre ¿tampoco se ocupa de dónde vas ni de lo que haces?

—Mi padre no me quiere. ¡Me arrea cada paliza!

—Es la costumbre: se creerá que eres un caballo más. Debe ser cochero de punto, ¿no?

La chica se le quedó mirando como ante un enigma:

—Es cochero.

Y no había quien la sacara de ahí.

Yáñez echó por otro camino:

—¿Hace mucho tiempo que vienes aquí con la Filo?

—Antes de ahora he venido dos veces.

—¿Sí? ¿Y con quién?

—Pues una de ellas con un señor así de barba, más viejo que usted.

—¿Más todavía?

—¡Anda, ya lo creo!

—¿Bien vestido?

—¡Vaya! Llevaba unos sortijones...

—Y la otra vez, ¿con quién?

Quedóse pensativa, haciendo visibles esfuerzos por recordar, abriendo y cerrando muy de prisa los ojos:

—No me acuerdo... Me parece que fué con un cura.

—¡Qué dices!

—Sí, sí; con un cura fué.

—Entonces eres una santa. ¿Y vestía de cura?

—¡Anda! ¿Pues cómo quería usted que vistiese?... Es uno que vive en nuestra misma casa, en el piso de abajo; me había dicho muchas cosas al encontrarme por la escalera, y un día me fué siguiendo, me vió entrar aquí y se metió él también.

—Ya, ya...

Hacíale gracia a Yáñez la manera de hablar de la chiquilla: era una mezcla de ingenuidad y cinismo que resultaba muy apetitosa.

—Oye, y ¿cómo fué la primera vez que tú te viste a solas con un hombre?

—¿La primera?

—Sí.

—¡Ah, eso fué en la calle! Yo iba entonces por las noches a la salida de la Comedia y de otros teatros cercanos a la Puerta del Sol, y siempre caía alguna perra.

—Pero, ¿qué hacías?

—Pedir limosna; ir a avisar los coches a la plaza de Santa Ana cuando los señoritos no tenían ganas de ir hasta allí; abrir las portezuelas... Una noche, entre el público, salió un señor muy alto, que parecía extranjero, me hizo un guiño después de mirarme un gran

rato, y me dijo por lo bajo que le siguiera, que quería hablar conmigo. En la calle de la Visitación se paró y me dijo que si quería acompañarle. Fuimos allá, al Prado, por cerca del Museo, y allí, sentados en un banco, me enseñó a hacer una porción de cosas, después de haberme dado un duro.

—¿Y no tuviste miedo?

—Miedo, ¿de qué? ¿No ve usted que lo primero que hizo fué darme el dinero? Señal de que no me quería para nada malo.

La lógica era de las aplastantes, y Yáñez no insistió sobre ello; lo único que hizo fué pensar en lo fácil que era meter para siempre a una niña en un pozo de inmundicias, contando con la doble complicidad del hambre y de algunas, muy pocas, moneditas de plata.

Quedó satisfecho de la chica, y así se lo dijo a la Filo al despedirse. Fueron grandes las zalemas y los extremos de gratitud a que la buena mujer se entregó cuando él, como pago de su corretaje, le puso en la mano un billete de cinco duros y le prometió volver muy pronto.

Los jugadores habían desaparecido, y en la casa reinaba una calma llena de seguridades. El repollo seguía cociendo, y únicamente su aroma de alcantarilla turbaba un poco el ambiente idílico de aquel albañal.

Salió a la calle el galán y pensó que, por esta vez, habían fracasado los presentimientos siniestros, las novelas de ambiente y los decorados de folletín; los habitantes de aquella casa eran todos unos infelices, una buena gente que, para vivir, se agarraba a aquello de las menores, como podía haberse agarrado a un acta de diputado. Todos, hasta los jugadores, que parecían haberse colocado allí a la entrada nada más que para dar la nota de color.

La pareja de guardias seguía dando sus paseos, pero dió la casualidad que, apenas Alfonso dobló la esquina de la calle de Segovia y se situó a esperar un tranvía en la parada próxima, pudo ver cómo los dos servidores del orden, terminado sin duda su servicio, se retiraban tranquilamente calle abajo, camino de la Comisaría.

¡Naturalmente! Ya no tenían necesidad de guardarle a Sileno las espaldas.

Alfonso Yáñez sentíase cansado desde hacía unos días: era un cansancio puramente físico, una especie de embotamiento de los sentidos, que le tenía siempre torpe y desasosegado.

No podía engañarse, y sabía muy bien a qué atribuir todo aquello; eso que se llama el amor físico, el deseo carnal, cuando se satisface de un modo normal y por los caminos naturales, es muy difícil que llegue a fatigar a una naturaleza robusta, a menos que el abuso pase los límites racionales; pero cuando esa misma satisfacción sigue cauces desviados, y se logra merced a manejos torpes en los que casi todo es desgaste nervioso, el cuerpo se entrega muy pronto y la cabeza no tarda en rendirse a la fatiga de las columnas que la sustentan.

Los grandes paseos en las tardes soleadas, que eran el gran recurso terapéutico del ex comerciante, se le hacían cada día más difíciles. Las piernas se le doblaban al andar, apenas pasaba de los primeros metros, y por la espalda sentía unos tirones muy fatigosos, así como

si se hubiera puesto los tirantes muy apretados.

Como además el apetito había huído casi por completo, y el sueño no era más que una serie de saltos en la cama con intermitencias de pesadillas casi siempre de asunto grotesco, el hombre empezó a preocuparse. Y la preocupación le duró hasta que un día, a media tarde, estando leyendo en su habitación del hotel, le dió un vahido, algo así como un aura, que le tuvo unos segundos con la conciencia perdida: entonces dejó de preocuparse, porque se decidió en firme a ir a ver a un médico al día siguiente.

Lo que más le impulsó a ello fué que, precisamente con el de hoy, llevaba veinticinco días justos sin tocar ni gustar una mujer, ni de las menores ni de las mayores; era una dieta rigurosa que se había impuesto, y que para mantenerla le obligó los primeros días a ciertos alardes de voluntad.

El médico elegido fué el recomendado por el dueño del hotel, un señor ya viejo, sin duda el de más nombre dentro de la especialidad de enfermedades nerviosas, y que, aunque ya visitaba poco, no cerraba nunca las puertas de su casa cuando un enfermo llamaba a ellas.

Vivía el sabio—que lo era algo más que de mote—en una calle de los finales de la de Se-

rrano, y cuando, a las tres de la tarde, penetró Alfonso Yáñez en su despacho, el doctor, con un levísimo mohín de contrariedad, dejó caer sobre una mesa atiborrada de libros y papelotes uno de aquellos que estaba leyendo. Era su ocupación favorita: leer, leer siempre, con ayuda de unos lentes que parecían el delantero de una escafandra.

Al enfermo impresionóle la severidad del despacho, la falta de escenografía de toda la casa, sin enfermos que aguardasen en la antesala y sin criados ceremoniosos que impusiesen la molestia de la espera: sólo una criada joven y guapa, vestida de negro, que le condujo directamente al despacho sin avisar ni pasar recado. Y la figura del maestro, con el rostro rasurado, el cráneo apenas cubierto por unas hebras grises, y una mueca de tranquilo desdén en la boca fruncida, acabó de azorarle del todo.

Mandóle sentar delante de él, y enmudeció.

Yáñez no sabía cómo empezar; pero comprendía muy bien que era él efectivamente el que debía hablar, ya que, importuno, habíase metido allí a perturbar la santa y aprovechada quietud de aquel hombre.

Empezó hablando del profundo cansancio que sentía, de su inapetencia, de sus insom-

nios, contando a saltos, a medida que los recordaba, detalles de su martirio de aquellos días, pero sin aludir para nada a la causa que, indudablemente, los había provocado.

El doctor le dejaba hablar, mirándole muy fijamente a los ojos; de cuando en cuando, como para dar ánimos al narrador, hacía una leve inclinación de cabeza y la acompañaba de un mugidito afirmativo, como diciendo:

—¿Y qué más?

Alfonso, de cuando en cuando, hacía una pausa, porque en realidad habíasele agotado la materia; pero viendo que el otro seguía mudo e inconmovible, continuaba el raconto, repitiendo cosas, queriendo resaltar un detalle que a él le parecía de gran importancia, relacionando causas y efectos un poco fantásticamente.

Por fin se calló del todo. Ahora ya, como no contase un cuento, sí que se le había acabado la materia.

Hubo una pausa más larga aún que las precedentes; al cabo de ella, el doctor preguntó:

—¿Usted es casado?

El enfermo, que estaba rojo desde que entró allí, enrojeció aún más.

—No, señor...

Otra pausa.

—Bueno; pero, ¿vive usted con alguna mujer?

El sabio hablaba muy lentamente, con voz muy baja, pero recortando y marcando mucho las palabras, casi con acento valenciano.

—No, señor, no; tampoco.

Abrió el otro la boca en una sonrisa que enseñaba unos cuantos dientes nada chicos, y dijo socarrón:

—Mejor. ¿No le parece que es mejor?

No hubiera creído Yáñez que aquel hombre fuera capaz de reir, pero vió que sí: reía como debía reir Voltaire... cuando no hacía literatura.

—Sí...; por lo menos está uno más tranquilo.

—Bueno, y... usted, ¿qué es lo que quiere?

Yáñez se quedó de una pieza. ¿Se habría metido en casa de un loco? Porque, en sana razón, ¿qué sentido tenía aquella pregunta?... Un señor llegaba a casa de un médico a la hora de la consulta, penetraba hasta su despacho, sentábase ante él, y empezaba a contarle sus penas y fatigas: el médico le escuchaba en silencio, y luego, con toda calma, le preguntaba qué quería. ¡Pues qué iba a querer! ¡Que lo pusieran bueno!

Y, sin embargo, la pregunta del sabio era un monumento de lógica y una prueba efectiva de su sabiduría. Porque este hombre enterado,

el primer psicólogo acaso de su tiempo, tenía la desgracia aparente y la suerte efectiva de no creer en una porción de cosas que tenían categoría de verdades inconcusas, no sólo para el vulgo, sino para la mayoría de sus compañeros de profesión. ¿Curar? Si había de ser contraviniendo los instintos fundamentales del enfermo, castrándole ciertas pasiones de las cuales vivía, ¿para qué intentar la curación, aun suponiéndola posible? Sería como esos polvos antialcohólicos que se administran a los borrachos contumaces: suciedad para el estómago, y, a larga..., ganancia para los taberneros.

Sabía él muy bien que el hombre era un saco de imperfecciones, y que con ellas a cuestas tenía que vivir, a menos que se suicidase. Tratar de corregirlas era ser más soberbio que el Padre Eterno y querer enmendarle la plana. Por pensar así el doctor, tenía fama de escéptico, cuando en realidad era el más fervoroso creyente en las fuerzas, desviadas o no, de la Naturaleza, y sus diagnósticos aparecían siempre como pesimistas en extremo, siendo así que sólo eran una fuente de optimismo.

En cierta ocasión, a uno de sus enfermos antiguos, hombre muy rico, atacado de melancolía por involución, le dió en su casa un arre-

chucho y empezó a romper cuantos cacharros y tiestos de cristal tenía en sus habitaciones; la familia, alarmada, colgóse al teléfono en demanda del doctor, y, sin soltar el auricular, sin salir a la calle, evacuó éste la consulta.

—¿Qué hacemos, doctor, ya que usted dice que no puede venir?—decían los parientes aterrados, mientras en la plaquita del aparato resonaban los trastazos de los cacharros rotos.

—¿No hace más que eso de romper cosas?

—Nada más; pero va a acabar con la vajilla.

—¿Y eso le divierte?

—¡Muchísimo! ¡Menudas carcajadas da cada vez que atina!

—Pues, entonces, déjenle ustedes en paz; no hay que darle un disgusto al pobre señor, con lo enfermo que está y con el dineral que tiene.

Y colgó el auricular, cortando la comunicación.

Pero si el médico pensaba así, los enfermos no le acompañaban en el pensamiento. Yáñez ahora, en vez de contestar directamente a la para él absurda pregunta, se destapó del todo, y arrostrando la vergüenza que le daba el relato, contó al doctor cuanto le venía ocurriendo desde hacía unos meses, desde el día mismo en que conoció a Lolín.

Fué una confesión completa, acabada, sin

omitir detalle, aun de los que menos le favorecían; como si de la fidelidad del relato dependiese su curación, iba volcándolo todo, sin veladuras, arrojando sobre sí mismo pelladas de cieno con cierta voluptuosidad morbosa.

El sabio había vuelto a fruncir la boca en su gesto habitual y a mirarle con fijeza; escuchaba la narración, pero de cuando en cuando parecía cruzar por sus ojos una ráfaga de aburrimiento, de fatiga, de desviación de la atención tal vez, como si la mente se le fuera a pensar en la lectura que había interrumpido la entrada de este pobre hombre. Otras veces la mueca de desdén se acentuaba; aquel señor creía estar contándole algo interesante; lo sería para un novelista, para un literato, para uno de esos seres que, viviendo únicamente a expensas de la imaginación, parecen no tener más fin que deformar las vulgaridades de la vida cotidiana convirtiéndolas en piedras preciosas. Para él, aquel cuento tan largo era sencillamente una tabarra.

Terminó por fin, y el doctor dijo amablemente:

—Sí, eso pasa mucho... Pero ya le digo, ¿qué es lo que quiere usted de mí?

Un poco irritado contestó el enfermo:

—Que me cure usted, doctor, ¿qué voy a que-

rer? Para eso me he atrevido a molestarle... Que me quite usted, si hay medio para ello, este apetito insaciable que me hace ir por la calle detrás de una chica como un perro, esta verdadera hambre que me obsesiona, que me martiriza y que no me deja pensar en otras cosas, y que, desde luego, no es natural.

—Sí, hombre, sí; ¿no ha de serlo? Naturalísima; si no lo fuera no la sentiría *su naturaleza* de usted.

—Pero entonces...—dijo ya más humilde—, ¿usted cree que no tengo remedio?

—Remedio, sí; el remedio que tienen estas cosas. Mire, fíjese: usted mismo, en esos momentos en que, según acaba de contarme, ha saciado su apetito con esta o la otra chica, ¿no se ha notado aliviado, libre por algún tiempo, mucho o poco, de la obsesión?

—Eso sí; desde luego.

—Pues ahí tiene usted trazado el camino que ha de seguir; es un principio admitido por todos que las obsesiones se curan realizándolas; realice usted la suya, lo más metódica y lo más cómodamente posible, y verá cómo no le atormenta. Claro que hay obsesiones muy difíciles de realizar, por lo menos en el estado actual de la sociedad; por ejemplo, la obsesión de asesinar a un hombre, de beber sangre hu-

mana, ¡qué sé yo! Pero usted no está en ese caso, según me ha contado.

—Claro que no; sin embargo, doctor, no crea usted que es fácil lo mío. Hay cosas que aún no están organizadas... por lo menos en Madrid.

—¿No?... No sé yo... Sin embargo, yo creo que a usted, con dinero y con tiempo por delante, no le ha de ser difícil proporcionarse periódicamente esa clase de manjares. ¿No?

Yáñez estaba viendo que aquel señor acababa recomendándole que pusiera un anuncio en los periódicos.

—Voy a darle a usted unas indicaciones de régimen de comidas y de un poco de método de vida. ¿No?

Dijo esto como si en realidad siguiera hablando de lo mismo que antes, y se puso a escribir en un papel que tenía allí a la mano sobre la mesa. Lo hacía con una letra muy grande, y tardó poco en acabar. Entregóselo al enfermo, y éste se apresuró a leer.

Allí no había receta ninguna y sí una lista pequeña de algunos manjares excitantes cuyo uso se prohibía; mandábase un baño tibio diario y un paseo de unas cuantas horas.

—¿Al aire libre?—preguntó Yáñez, creyendo que allí faltaba algo.

—O por los soportales de la plaza Mayor: es igual; por donde a usted más le guste.

Pagó la consulta, y como preguntara que cuándo había de volver por allí, el doctor, algo extrañado, le dijo:

—¿Volver? No. ¿Para qué?... Vamos, volver puede usted hacerlo por aquí siempre que quiera, y charlaremos un rato; pero de otras cosas.



Habían pasado dos semanas, y Alfonso Yáñez se encontraba positivamente mejor. Dormía casi como antes, comía con regular apetito y, aunque era cierto que no había podido volver a sus grandes paseos de otros tiempos, ya las piernas se le cansaban menos. Sería el régimen de comidas, que seguía con todo rigor; sería el baño tibio, sería la sugestión de la visita al doctor, que en ciertos enfermos es por sí sola causa suficiente de alivio, o, simplemente, sería que el arrechucho iba pasando; pero lo cierto era que él se encontraba más dueño de sí mismo.

La dieta genésica continuaba manteniéndola de un modo absoluto; eran los últimos días de Febrero, y hacía ya más de un mes que no había tenido con mujer alguna más relaciones que las puramente visuales. Y notaba que, a medida que la abstinencia se prolongaba, costábale menos trabajo mantenerla. La obsesión, sin haber desaparecido del todo, estaba como amortiguada, iba apagándose poco

a poco, y aunque alguna vez se volvía aún en la calle para mirar una mata de pelo cayendo por la espalda de una tobillera, no dejaba de bendecir la hora en que se le había ocurrido visitar al doctor famoso, pues para él, de allí había arrancado su liberación.

Una tarde, divagando sin rumbo por las calles, encontróse de pronto en la de Toledo; torció a la derecha y no tardó en dar en la de Segovia, por la cual, en aquel momento, se extendían los últimos rayos de un sol moribundo que, con sus reflejos, convertía en dos barras de plata los rieles del tranvía.

Alfonso notaba, no sin cierto regocijo, que a medida que iba avanzando hacia el paraje en que estaba situada la casa de la Filo, iba despertando en él el gusanillo sexual, pero con un despertar suave, sin el bramido tempestuoso de antes, sino más bien como un niño que, al abrir los ojos a la luz de la mañana, sonríe dulcemente y pide el desayuno.

Yáñez pensó en subir..., suponiendo que no hubieran tirado ya la casa o se hubiera caído ella sola. Sí, subiría. ¿Por qué no? Después de todo, el médico no le había prohibido aquello de una manera absoluta; únicamente habíale dicho que lo metodizase. Todo se reducía, pues, a subir con cierto método.

No tuvo necesidad de ello, porque encontró a la Filo en medio de la calle ante la casa charlando con otra mujer; al verle dejó a la otra con el chisme en la boca, y acudió a saludarle.

¡Cuidado si le había echado ella de menos! ¿Es que había estado malo el señorito?

—Sentía yo que no viniera usted por aquí, porque le tengo guardada una cosa que... ¡eso sí que es canela fina! ¡Me he acordado más de usted estos días! Se trata de una chica que es la primera vez en su vida que hace eso; pero la primera de verdad.

—Bueno, pues... tráigamela mañana a estas horas.

Lo dijo con toda naturalidad; después de todo, era prescripción facúltativa: había que realizar la obsesión.

Aquella noche ya no durmió tan bien como las anteríores; desvelábase a veces pensando en lo que iba a hacer la tarde siguiente, y por la mañana notaba una prisa irracional por que pasara el tiempo, cierta inquietud necia que era algo así como temor a lo deconocido.

Sin embargo, al llegar la hora pudo notar también que no iba él a aquella visita con el entusiasmo de otras veces, aunque, en rigor, por nada del mundo se hubiera vuelto atrás.

En Puerta Cerrada detúvole una mujer para pedirle una limosna; era muy joven, de rostro simpático, y además de una criatura de pocos meses, que tenía medio tapada bajo un mantón muy raído, llevaba cogidita de la mano otra nena rubia, como de unos ocho o nueve años, que tenía cara de frío. Yáñez le dió unas perras y siguió andando, pero como a poco volviera la cabeza, pudo ver una escena pintoresca: la madre entregó a la nena rubia una de las monedas de cobre que él acababa de darle, y la pequeña, dando saltitos, metióse en una panadería, que había a dos pasos de allí, de donde salió en seguida empuñando con ambas manos un panecillo francés, al que atizaba unos mordiscos que al joven le recordaron los que daban los leones del Retiro a la carne podrida de su menú.

Y no se sabía en cuál de los dos rostros había más satisfacción: si en el de la hija cada vez que hincaba el diente en la masa, o en el de la madre al mirar cómo su hija devoraba el panecillo. Alfonso sentía un orgullo muy grande al pensar que aquellas dos alegrías las había causado él, y aunque el esfuerzo que para ello había tenido que hacer no había sido muy grande, se aplaudió a sí mismo como si acabase de ganar una gran batalla.

En el mechinal de Filo no estaba más que ésta y su hija, la camarera del café de la Encomienda: era una rubia muy simpática, que podría tener unos veintitrés o veinticuatro años. La madre se la presentó, y luego, cuando ya los dos solos iban por el pasillo que conducía a la cocina, la Filo le dijo muy por lo bajo:

—Bueno, a usted no le gustan las mujeres ya hechas; pero si alguna vez quiere usted variar y le gusta mi chica, no tiene más que decírmelo.

—Pero, ¿y el marido?

—¡Válgame Dios, señorito! No se ocupe usted de eso. Los pobres no podemos andar con ciertos escrúpulos.

En la alcoba que ya conoce el lector estaba encerradita la pequeña que hoy iba a servir de pasto a la lujuria de Yáñez; al oir que abrían la puerta retiróse del ventanillo, donde estaba asomada, y fué a refugiarse en un rincón de la estancia.

—No te asustes, tonta: si este señor es muy bueno y te quiere mucho.

Alfonso adoptó una actitud pasiva para no intranquilizar demasiado a la que ya lo parecía bastante. Sentóse en la silla, encendió un cigarro y dijo a la neófita:

—Siéntate ahí, en la cama, pequeña. Y no

pases ningún cuidado: no se hará más que lo que tú quieras.

La miró al rostro con atención: buscaba en él algo que no encontraba y que para su apetito era indispensable: la malicia, la picardía en la sonrisa y en la mirada.

Era una criatura muy morena, con melenas muy rizaditas y labios muy rojos, y con unos ojos muy abiertos, casi espantados. Estaba allí como cohibida, sin saber en realidad para qué la habían metido en aquella estancia con aquel señor, que hasta ahora tampoco parecía saber lo que debía hacerse. No la habían instruído, no la habían ilustrado, y la chica conservaba ese candor que sólo da la ignorancia y que tanto se parece a la estupidez.

Pero Alfonso quería resolver un enigma. ¿Sería de verdad aquella la primera vez que la criatura se veía en trance semejante? Él trataba de averiguarlo; pero quería hacerlo sin manchar para nada la posible inocencia de la novata, temiendo descubrirle, con una palabra dicha a destiempo, algo que ella no supiese.

Y era que, sin saber por qué, aquella niña le inspiraba un respeto que, hasta entonces, ninguna le había inspirado. No sólo estaba muerta su naturaleza ante ella para el deseo, sino que además habría querido sacarla de allí, li-

brarla de no sabía qué peligros a los cuales la simple estancia en aquella habitación la exponía.

La chica, a requerimientos suyos, le contó que era hija de un albañil, que ahora no trabajaba por estar enfermo; no tenía madre, pues la que hacía de tal había desaparecido de la casa unos meses antes, sin que su ausencia fuese, en verdad, muy notada. Padre e hija vivían ahora en un cuartucho de la calle de las Aguas, donde, sin duda para hacer honor al nombre de la vía, entraba el líquido elemento los días de lluvia por el techo y las ventanas, adoptando todas las formas de la ducha: regadera, de espalda, vaginal, etc. Ahora, dijo, su padre la esperaría para llevarle el dinero que le entregase la Filo; ella, muchas veces, comía en casa de unas vecinas.

—Tu padre, ¿está en la cama?

—Casi siempre, sí, señor; se levanta algunos ratitos, así cuando hace buen sol, pero se tiene que volver a acostar en seguida, porque las piernas no le llevan.

—Pero, ¿qué es lo que tiene?

—Pues unas calenturas.

Decía la verdad: el tono era de una gran sinceridad, y al mismo tiempo de una gran sencillez, hablando de toda aquella miseria con esa

ausencia de lacrimosidad y de sentimentalismo que hay en los relatos de las personas que no han conocido otra cosa que pobreza en toda su vida.

Yáñez la miraba: era bonita la chiquilla, y *sería* una cosa codiciable cuando sus once años de ahora supiesen hacer aquel gesto pícaro que él pedía en las caras. Por esta vez la Filo había calculado muy por lo bajo. La salvaba su excelente intención; pero para manchar con sus babas aquello habría hecho falta ser ya huésped de un manicomio.

Era, indudablemente, un momento de crisis en su ánimo: invadíale una piedad infinita, unas ansias locas de llorar ante aquella criatura, por ella y por las demás, por toda aquella carne joven que la miseria de una organización social fracasada arrojaba a las pezuñas de unos tíos guarros como él, cobardes y envilecidos por sus apetitos desviados. Cierto que a veces el instinto despertaba en forma tan violenta, que parecía imposible negarse a satisfacerlo; pero ¿es que no valía la pena intentar el esfuerzo de voluntad necesario para domar aquella furia de macho cabrío? El envilecimiento de unas almas y de unos cuerpos que empezaban a vivir, ¿no era un muro con fuerza bastante para contener el coceo de la bestia?

Porque no era ya sólo esta pequeña de ahora, eran todas, aquella lista, ya larga, de mujercitas que Yáñez había tenido en sus brazos aquellos últimos meses, y en ninguna de las cuales, ¡ni por excepción!, había él sorprendido el menor asomo de correspondencia fisiológica a su propio espasmo de macho rijoso en el momento culminante. Lo hacían todo de un modo mecánico, forzado, para complacer al que pagaba, por lo cual la prostitución resultaba mayor, ya que no tenía siquiera la disculpa de una pasión, de un vicio algo precoz.

Aquellas chicas, mejor y más a gusto que encerradas con él, o con otro cualquiera, estarían en el cine de la Flor viendo películas o correteando por las calles. ¡Era natural! Demasiado pequeñas para haber aprendido la ciencia del fingimiento, no tenían ni siquiera ese arte hipócrita de las mujeres de más de veinte años, que tanto les ayuda para fomentar la ilusión del varón en los momentos en que, física y mentalmente, más desarmado se encuentra.

Alfonso Yáñez, en presencia de aquella pitusa, en cuyo rostro se pintaba a las claras el anhelo por salir de allí, sentía asco de sí mismo y se arrepentía cordialmente de todas aquellas sus bajezas ante tanta criatura. Hubiera querido tenerlas allí a todas para echarse a sus

pies; pero no babeando de lujuria, como se echaba otras veces, sino para pedirlas perdón, si es que este perdón, causado ya el daño, no resultaba tardío.

Quiso merecerlo con alguna buena obra.

—Oye—dijo a la pequeña, que, sentadita en la cama, parecía ya menos inquieta—, ¿te atreves a que vayamos los dos a tu casa a ver a tu padre?

—¡A mi padre!... ¿Para qué?

—Como dices que está enfermo y no trabaja, para socorrerlo yo en lo que pueda. ¿Tú no pensabas, al salir de aquí, ir a llevarle el dinero que te diera la Filo?

—Sí: me está esperando.

—Bueno; pues en vez de ir tú sola vamos los dos, y además de ese dinero le daré yo otro.

—Sí, pero ¡bueno se va a poner si se entera que es usted el señor que me ha dado los cuartos!

—No te preocupes, que yo inventaré una historia cualquiera, y verás como no se enfada.

La chica no dijo sí ni no, y Alfonso se encargó de arreglarlo todo.

—Mira, yo ahora salgo y le pago a la Filo lo suyo: me voy a la calle, tú te esperas aquí, y, cuando te haya pagado, sales, yo te aguardo en la esquina, y me llevas a tu casa. ¡Ah! Y no

se te vaya a escapar decirle a la Filo nada de lo que vamos a hacer: no quiero que lo sepa... Bueno, y no vayas a tardar en salir: yo no me moveré de la esquina hasta que tú salgas.

Alfonso fué a abrir la puerta, y la chica, con una ingenuidad como no la tendría la más pura de las educandas del Sagrado Corazón, le preguntó:

—Y ¿yo no tengo nada que hacer aquí con usted? ¿Ya ha terminado?

Yáñez se volvió, quedósela mirando más fijamente que nunca y, cogiéndole las manecitas, que estaban yertas, le preguntó:

—Oye, ¿tu padre te besa con mucha frecuencia?

—Sí, bastante: cuando está bueno, siempre que entra o sale a la calle.

—¿Te pega mucho?

—No. Algún cachetillo suelto cuando hago algo malo, pero en seguida se le pasa y me acaricia. La que sí me pegaba mucho era mi madre.

—Y, claro, cuando tu padre te da un beso tú no te asustarás.

—¡Anda! ¿Por qué me voy a asustar? Me pica con los pelos de la barba, pero yo me aguanto y le doy un beso a él.

—Bueno; pues antes de salir de aquí me vas

a hacer un favor: déjame que te dé un beso igual, exactamente igual, que los que te da tu padre. Pero tú no me lo devuelvas, ¿eh?

Bajó los ojos y dijo:

—Como usted quiera.

Le tomó él la cabeza entre las manos y le estampó en la frente un beso puro, sin veneno alguno; en el momento de dárselo pensó en lo cruel que sería tener una hija y que un desalmado, en justa venganza, viniera algún día a mancillársela a mansalva. Pero eso no ocurriría, y parecíale que aquel beso, acaso el más casto que había dado en su vida, le redimía de todas las vergüenzas pasadas.

En su alegría hubo un punto de horror, porque al rozar con sus labios la piel de la muchacha le pareció sentir en ésta aquel espasmo, aquella sacudida que nunca había aparecido en las demás al sentirse besadas a lo guarro... Puede que este estremecimiento floreal de la pequeña fuera el más grande, el más tremendo castigo para aquel sátiro arrepentido y harto de carne.

La chica cumplió bien el encargo; no habrían pasado cinco minutos cuando ya estaba en la calle con las monedas que la Filo le había entregado. Al pagar a ésta Yáñez tenía lágrimas en los ojos: la poca luz que había en la casa fué

lo que impidió que la celestina le viera lloriquear.

De la calle de Segovia a la de las Aguas el camino a recorrer no era muy largo: a la poca gente que les veía pasar por aquellos parajes, relativamente solitarios, no dejaba de llamarle la atención la pareja de aquel señorito llevando de la mano a aquella nena, que, por lo pobre del indumento, se veía que no podía ser su hija.

Un grupo de comadres comentó el paso de los dos en esta forma:

—Debe ser uno de la secreta que ha cogido a esa golfilla y la lleva para que la metan en un asilo.

Yáñez casi oyó el comentario, pero no creyó preciso pararse a deshacer el error.

Por el camino iba haciéndose su composición de lugar. Era casi seguro que el padre de aquella chica sabía perfectamente a qué había ido ésta a casa de la Filo; la misma pequeña lo había dado a entender de un modo bastante claro al decir que el autor de sus días la estaba aguardando con el dinero. Ese dinero tenía que proceder de alguna parte, y una niña como aquella no tenía, por cierto, muchos medios de ganarse unas pesetas en una hora.

Si era así, si aquello no era un juicio temera-

rio basado en lo engañoso de las apariencias, Yáñez tenía dos obras que realizar en aquella casa de la calle de las Aguas: la primera, socorrer al enfermo y a su hija, quitando así todo asomo de razón a ciertas explotaciones, y después, procurar convencer al padre de que la niña lo era aún demasiado para que, por muy ancha que se tuviera la conciencia, su dedicación a cierto culto secreto no tuviera todos los caracteres de una bestialidad.

No dejaba de hacerle gracia que fuera él, ¡él precisamente!, el misionero encargado de tal clase de misiones; y acaso, por su propia corrupción, le faltasen fuerzas y argumentos para convencer a quien, después de todo, era lobo de su misma camada.

La casa donde vivía la chica era una de esas casas llamadas a la malicia, que tanto se ven aún en el viejo Madrid. No tenía más que un piso, y en un cuarto interior de éste penetraron los visitantes: para hacerlo no tuvieron que dar golpe alguno, oprimir timbre ni usar llave ni ganzúa; a la mitad del tablero de la puerta había un orificio pequeñísimo y por él salía el cabo de un bramante; tirando de éste, la puerta cedía por haberse corrido el cierre.

Tenía la habitación muchos puntos de contacto con la casa de la Filo; pero en ésta había

una bombilla de luz eléctrica, muy llena de cagadas de mosca, que pendía del techo hasta cerca del suelo, y a más el mobiliario estaba un poco mejor cuidado. Alfonso, con cierta sorpresa, pues no era eso lo que él esperaba, no se encontró con el consabido hogar en total ruina que rezuma miseria hasta por las baldosas del pavimento: aquello era un hogar pobre de obrero, pero nada más.

El enfermo estaba en una viejísima cama de madera, cuyas ropas estaban bastante limpias.

—¿Eres tú, nena?—dijo al oir ruido, y sin abandonar su postura cara a la pared.

Pero al oir una voz de hombre que daba las buenas noches, se volvió e incorporóse raudo en el lecho como para evitar una sorpresa. Al ver a aquel hombre trayendo de la mano a su hija pensó para sí:

—¡Vaya! Nos hemos caído.

Yáñez empezó contando un cuento chino: él era un caballero particular que se había encontrado a la pequeña en la calle llorando en el quicio de una puerta. Al preguntarle lo que le ocurría le contó que se le había perdido un dinero que le acababan de dar y le enteró de que vivía sola con su padre, que estaba enfermo y sin recursos.

—Y he venido a ver si todo eso era verdad—

terminó—y a socorrerles a ustedes en lo que pueda.

El enfermo le miraba torvo, y le dijo:

—Bueno; pero usted... ¿no será de la policía?

—¿De la policía? ¿Por qué?... ¿Tiene usted algo que temer de ella?

—Yo, no, señor: como no sea un delito el no poder trabajar porque se está enfermo y el no tener para comer.

Yáñez echó mano a la cartera y tomó un billete de cien pesetas, que alargó al enfermo.

—Tome, guárdese eso... A ver si así se convence de que no soy un policía, pues si lo fuera, cumpliendo con mi deber, en vez de venir a su casa a traerle un socorro hubiera venido a levantarle de la cama y llevármele detenido.

—Detenido a mí, ¿por qué?

—Por mandar a una chica de once años, que da además la casualidad de que es su hija, a hacer porquerías con los hombres en casa de la Filo.

El padre echó a su hija una mirada que era un puro haz de venablos.

—¡Mentira! ¡Eso es mentira! No le haga usted caso a esta mocosa, señor, que miente más que habla... ¿Qué le has contado tú a este caballero, so golfa?... Ya comprenderá usted, señor, que yo, como no puedo moverme de esta

cama, no puedo impedirla que tome el portante y se vaya por ahí a golfear. Si estuviera aquí su madre ya sería otra cosa. ¡Acércate, pendón, que te voy a dejar sin sesos de una bofetada!

—No será estando yo aquí — dijo Yáñez, tomando una silla que a los pies de la cama había—. La chica no tiene culpa de nada, y aunque usted no me ha dicho que me siente, me sentaré y hablaré, a condición de que me escuche usted sin hacer aspavientos.

—Señor, si es que...

—Cállese y oiga.

Y Alfonso, con gran franqueza, contó al padre la verdad. La chica no había tenido que decir nada ni acusar a nadie, porque era él, él mismo, el que, sin conocerla, se había entrevistado con la pequeña hacía una hora en casa de la Filo. Tan culpable es el corruptor como el corrompido, y acaso más aquél, porque es el que toma la iniciativa y facilita el arma, que es el dinero.

—Ya ve usted que somos dos cómplices de un mismo delito: no he de ser yo el que me delate a mí mismo.

El enfermo, empuñando en la mano derecha el billete de veinte duros hecho varios dobleces, empezó a lamentarse y a echarse maldiciones.

—Sí, yo lo comprendo, soy un canalla; pero

muchos en mi caso lo serían. Hace dos meses que no trabajo, y las dos pesetas de socorro que me pasa la Sociedad no me llegan ni para caldo; ésta algunos días come ahí, en ca unas vecinas, pero eso no pue durar siempre. Los primeros días yo quise que se fuera a vender periódicos a la Puerta del Sol, pero es muy sosa y no sirve para eso... En esto, el otro día vino a visitarme la señá Gervasia. ¿Usted no conoce a la señá Gervasia?

—No, señor; no tengo ese honor.

—Pues es una amiga y vecina de la Filo, que es comadre de un cuñado mío. Conoce a esta pequeña desde que nació, y empezó a hacerme los cargos y a decirme que también los hijos tienen la obligación de mantener a sus padres cuando éstos no pueden ganarlo, y que a la chica no le pasaría nada, pues sólo se trataba de algunos señores caprichosos que iban allí a hablar con las pequeñas. Por lo visto, uno de esos caprichosos era usted. Más vale que haya sido usted que no otro cualquiera.

—Bueno, pues por lo pronto esas dos pesetas diarias del socorro se van a convertir en cinco gracias a tres que añadiré todo el tiempo que dure la enfermedad. No pongo más que una condición: que la chica no vuelva por casa de la Filo... ni por otra parecida.

—¡Claro que no volverá! Usted ha de verlo. ¡Hija de mi alma!

—Si vuelve yo he de saberlo, y en ese caso, no sólo le retiro a usted la pensión, sino que, sin miedo a la responsabilidad que a mí pueda caberme, le denuncio a la justicia.

Quiso el enfermo darse de alta provisionalmente y levantarse de la cama para dar las gracias a tan espléndido protector. Pero fué éste el que se levantó de su asiento dispuesto a marcharse.

—Yo volveré por aquí con mucha frecuencia para ver cómo sigue usted, y, sobre todo, cómo sigue y qué es lo que hace esta chica. Tengo interés en que sea una persona decente, por lo menos hasta que tenga edad para dejar de serlo por su propia voluntad. Además, en confianza, créame a mí, que entiendo de eso: no sirve para el oficio.

Cuando se hubo marchado, el enfermo, como hablando consigo mismo, dijo:

—¡Caramba! Nunca creí yo que en casa de la Filo encontrarais las chicas tan buenas proporciones. Sin embargo, vas a tener que dejar de ir, al menos por una temporada.



¿Era posible? ¿O es que se encontraba tan malo, ahora que ya se creía casi bueno, que tenía alucinaciones visuales?

Aquella muchacha rubia que venía por el centro del paseo era Lolín, y la señora que la acompañaba era su propia madre. Por lo visto había habido indulto y la habían sacado del colegio.

Alfonso no sabía qué hacer, y era preciso resolverse pronto, porque el cruce se aproximaba: había ido a pasear por Recoletos y la Castellana después del almuerzo, y lo que menos podía esperar era tropezarse con su antigua novia. La resolución tenía que ser demasiado rápida para ser acertada: saludarla, hacerla siquiera un gesto al pasar, no era posible llevando, como llevaba al lado, al sargento de la madre. Pero dejarla seguir, perderla otra vez como si no la hubiera visto, tampoco podía ser.

Afortunadamente él las había visto por encima de las cabezas de una fila de mozalbetes

que iban en su misma dirección, y ellas no le habían podido ver a él. Se echó al centro del paseo y, cruzando al andén opuesto, se puso a seguirlas de lejos. Más tarde, después de pensada más despacio, tendría tiempo de tomar una resolución.

Poco a poco, casi sin pretenderlo, se fué acercando, y, sin darse cuenta también, volvió a cambiar de andén y se encontró a las espaldas mismas de su novia. Parecióle como si todo lo pasado en aquellos últimos meses fuese un absurdo disparate sin existencia real: su persecución de niñas por las calles, sus visitas a ciertos antros, su ataque de garañón enloquecido en los jardines de la Tela...

Veía de nuevo la áurea cascada de los cabellos de Lolín cayendo por su espalda, y le parecía que sólo aquello en el mundo tenía atractivos suficientes para justificar todas las locuras, y pensaba seguirlo hasta el fin del mundo mientras no se lo impidieran por la fuerza.

Al llegar a la estatua de Castelar ya tenía decidido lo que había de hacer: cruzaría de nuevo el paseo, daría un gran rodeo y, marchando en dirección contraria, se haría el encontradizo. Quería no más que ella le viera, que supiera que aún existía en el mundo, y después, ya saldría lo que tuviera que salir.

Necesitó echar mano de toda su serenidad al llegar el momento: cara a cara en el centro del paseo, Lolín le había visto por fin, y mientras ella se ponía muy pálida, él se puso colorado hasta las orejas.

¿Y la madre? El cambio de color no entraba, por lo visto, en su almacén emocional, porque al ver al seductor de su hija no hizo más que quedársele mirando muy fijamente. Sin embargo, sus resoluciones eran más rápidas que las de Alfonso, porque al cruzarse con éste le sonrió benévola como se sonríe a un antiguo conocido.

El galán tomó aquello por una mueca chungona con que la buena señora, incapaz de perdón, quería humillarle una vez más. Pero lo que ya no supo cómo tomar fué lo que vino después: la dama, inspeccionando los alrededores, y viendo que en ellos no había mucha gente que los pudiese contemplar, y deteniéndose con su hija, abordó al paseante, procurando dibujar una sonrisa plena de amabilidades.

—¿Qué es eso? ¿Ya no nos conoce usted? Pues nosotras a usted sí.

—Señora, yo...

Fué un principio de escena molestísimo, porque Yáñez no sabía qué decir, y lo primero

que ignoraba era si le estaban gastando una broma o si aquella señora se había vuelto completamente loca. Pero ella misma se encargó de poner las cosas un poco en claro, porque, volviendo otra vez el grupo hacia el Hipódromo, invitó a Yáñez a acompañarlas un rato en el paseo.

Hizo que la chica caminase un poco delante, porque *ciertas cosas* no tenía por qué oirlas, y empezó a hablar con mucha diplomacia.

—Yo le debo a usted una explicación y voy a dársela con mucho gusto. Aquella tarde yo no tenía el honor de saber quién era usted, y me enteré de que mi hija, ocultándose de mí, iba a verse con alguien casi todos los días; ya usted comprenderá lo que es una madre, y luego, como la chica es aún tan pequeña, a mí me dió miedo no fuera a dar algún mal paso. Yo comprendo que estuve con usted algo fuerte aquel día; pero ¡hágase usted cargo!...

—Ya, ya, señora; tiene usted toda la razón. Aunque le advierto que yo siempre he tratado a Lolín como si fuera hija mía.

Acaso al decir esto Alfonso pensase en que hay padres incestuosos.

—Ya, ya lo sé; si así no fuera, yo no habría dado este paso que doy ahora. Ella es aún una criatura, y hay que aconsejarla: aunque está

grandecita, le advierto que no cumple los catorce años hasta el mes que viene. No sé si lo sabrá usted.

—Sí, sí, desde luego.

—Esta temporada de colegio le ha sentado muy bien: está más juiciosa, más aplomada.

—Y ¿no vuelve a él?

—No, señor; si el llevarla no fué más que para que recibiese una lección. Ella en el fondo es buena, y como yo, después—las madres tenemos que ser curiosas a la fuerza—he hecho averiguaciones y he procurado enterarme, y sé que es usted una persona dignísima, pues debo decirle que no hay inconveniente en que reanude sus relaciones con la chica.

Alfonso Yáñez comprendió que ahora le tocaba hablar a él, y, sin embargo, seguía sin saber lo que tenía que decir. Aquella señora acababa de coger una esponja y borrar con ella todo lo pasado; pero la palabra *relaciones*, ¿qué sentido tenía para aquella madre?

La duda fué muy breve, porque la noble dama, viendo su mutismo, añadió:

—Sé que es usted una persona decente y que quiere usted bien a mi hija; ya comprenderá que, dada su edad, no hay prisa ninguna. Para fijar la fecha de la boda es aún pronto. ¿No le parece?

¿Por qué aquella cosa definitiva, demasiado definitiva, en la que él no había nunca pensado ni como posible, no le producía ahora a Yáñez extrañeza alguna? Casarse él con Lolín... Es decir, con una chica que, teniendo veinte años y un pico menos que él, podía casi casi ser su nieta.

La madre invitó a la chica a acercarse, y allí mismo, después de una sonrisa que cambiaron él y ella, iniciaron su charla como dos novios formales que, después de regañar por una futesa, hubieran hecho las paces al revuelo de un encuentro fortuito.

Siguieron el paseo, ellos charlando de sus cosas, y la madre a su lado, pero procurando quedar un poco distanciada, con esa facilidad que tienen todas las madres para hacerse las lipendis en cuanto hay un marido en perspectiva.

Atravesaron, ya de vuelta, todo Madrid, y a la puerta misma de la casa en la calle de Juanelo, después de indicar doña Adela al novio que muy pronto le sería permitida la entrada en la casa para pelar en ella la pava con más comodidad, Alfonso creyóse en el deber de preguntar por alguien que, en rigor, era el que debía haber presidido todo aquello.

—¿Y su esposo de usted?

Doña Adela se quedó como si la pregunta cayese de la luna. Se diría que tuvo que pensar un poco para caer en la cuenta.

—¡Ah!... No sé. Estará en su tertulia del café.

—Salúdelo en mi nombre.

—Ya sé que aquella noche se hicieron ustedes muy amigos. ¡Es de lo más pegajoso!

—Sí; pero ya ve usted que, en eso de la amistad, fué él quien acertó.

—¿Por qué?

—Pues porque hemos acabado todos por ser muy amigos.

La dama se mordió los labios y recibió la lección. En su presencia acababan de decir de un modo delicado que su marido había sido más listo que ella. ¡Bien se notaba que Yáñez iba a ser su yerno! Pronto empezaba a decirla impertinencias.

Alfonso empezó a hacer los preparativos para la boda desde el día siguiente. No sabía cuándo se casaría; pero sabía que, fatal, ineludiblemente, tenía que casarse. Esa institución grotesca que se llama matrimonio, inventada tan sólo para dar alas y bríos a la estúpida vanidad que es congénita en la mujer, le había inspirado siempre un desprecio que invadía los límites de lo asqueroso; por lo mismo, al ver

que era con Lolín, con su Lolín, con la que lo casaban, comprendió que aquella chiquilla mandaba en él y que todas sus aberraciones, sus desviamientos sexuales de aquellos últimos tiempos, habían venido a convertirse en una sumisión de su carne a la chica de los cabellos rubios.

Porque una cosa vió muy clara desde el primer momento: que si no se casaba con ella la perdía para siempre. Le habían cazado; pero no con el procedimiento usual para esta clase de caza, es decir, la cita pecaminosa con la doncella, la sorpresa *in fraganti* preparada de antemano y la consiguiente amenaza del Juzgado y de la cárcel; no, aquí no había hecho falta nada de eso. Un alejamiento oportuno de la presa codiciada, tiempo al tiempo para que, durante él, pudiese el galán buscar inútilmente la sustitución, y presentación de nuevo en el momento oportuno.

Porque el lector, avisado de suyo, no habrá dejado escapar dos cosas: primera, que doña Adela, verdadera inteligencia de la casa, habíase enterado perfectamente en aquellos meses de que Alfonso Yáñez era hombre de dinero; segunda, que Lolín no había jugado en todo aquello más que un papel pasivo, sin enterarse de las maquinaciones de su madre.

Yáñez también se daba cuenta de todo: era la única explicación que podía tener la actitud de doña Adela; pero él se dejaba engañar... porque sabía que no le era dable hacer otra cosa.

A veces iba por la calle y se cruzaba con una de aquellas tobilleritas que tantas tonterías le habían hecho cometer en aquellos últimos meses: ellas eran las mismas, frágiles, de rostro pícaro, de pelo suelto al aire y a la luz como las heroínas y las diosas que antaño vagaban por los bosques o salían del mar sin más ropa que unos encajes de espuma; pero a él ahora no le conmovían, no le decían nada, y desde luego no hubiera dado por ellas cinco pasos más en su camino.

¿Cómo había podido entusiasmarse con aquello? ¿Qué encanto había encontrado en aquellos cuerpos de muchacho, en aquellas miradas de gata famélica, en aquellas cabelleras que, a lo mejor, estaban sucias y lacias como colas de caballo?

En cambio ¡el cuerpo de Lolín! ¡La mirada, mezcla de curiosidad y de candor! ¡El pelo, verdadero oro en hebras, que no podría pagarse con todo el oro del mundo!

El verano se echaba encima. Alfonso llevaba más de un mes entrando en casa de su novia, y un día, a la vuelta de un cine, donde les

había acompañado la madre, el ex comerciante fijó, *motu propio,* la fecha de la boda: se casarían en Octubre, por los días en que se cumplía el aniversario de su primera entrevista. Había que casarse, y cuanto antes.

Decidió esto en vista de que Lolín, desde que eran novios *de verdad*, como ella decía, se negaba en absoluto a todas aquellas concesiones que antes, cuando no eran novios en serio, prodigaba a... manos llenas. Se habían acabado los besos furtivos, los sobos de la cabellera, que tanto deleite causaban al novio, los tocamientos, las aproximaciones...

No ya en casa, los muchos ratos en que los dejaban solos con la mesa del comedor por delante, y donde Lolín contestaba siempre sus proposiciones con la misma frase: «¡Alfonso, por Dios! ¡Aquí en casa!», pero aun en medio de las tinieblas del cine, cuando todo peligro resultaba puramente imaginario, la pequeña era de una aridez inconmovible. Y si él se lamentaba, achacando sus negativas a falta de cariño, la muy ladina le contestaba con esta frase, que debía haber leído en alguna novela de esas que llaman psicológicas:

—Todo lo contrario, Alfonso; por lo mismo que te quiero y voy a ser tu mujer, no están bien ciertas cosas.

En la tarde de hoy, y mientras en la pantalla del cine unos novios se besaban y abrazaban frenéticamente, Lolín había retirado su brazo del de la butaca porque había notado que uno de los de su novio ejercía en él presión un poco intensa. Y Alfonso, volado ya, al volver, y al despedirse en el portal, lo soltó como un tiro:

—Nos casaremos en Octubre.

A las dos mujeres les pareció muy indicada la fecha.

El prometido se volvió a su hospedaje y dió la casualidad que fué aquel el día que más tobilleras se tropezó en su camino. Era la hora de salida de los talleres, y las calles estaban invadidas por bandadas de oficialas y aprendizas, algunas niñas aún, pero que ya ayudaban, aunque fuera con poquito, a poner el puchero en casa.

Las había de todos los tipos, morenas y rubias, elegantitas y ordinarias, mozas de rumbo popular y verdaderas señoritas por el vestido y por el ademán, jovencitas auténticas, de pelo suelto o en melenas, y otras que, con idéntico tocado, se veía que querían prorrogar su apetecible condición de menores, perdida acaso cuando la guerra de Cuba.

Alfonso Yáñez las miraba, y no le apetecía

ninguna. ¿Qué tenía la más guapa de ellas que pudiera compararse a su Lolín?

Y no se daba cuenta de que, en rigor, pasaban algunas, muy pocas, más bonitas, más atrayentes que su novia. Pero no podía dársela: porque para él, inconscientemente, Lolín, por encima de otros encantos, de otros atractivos, tenía el de haber sido la primera, la única, que al conjuro de sus palabras y de su aliento había abierto los ojos pasando en un segundo de niña a mujer, de capullo a flor abierta. Fué en aquel su primer paseo, y en un paraje tan poco romántico como la calle del Mediodía Chica.

Pero el sitio era lo de menos.

La noticia de la boda de Lolín cayó como un cohete—decir como una bomba sería hiperbólico—en casa de las Pillaruelos.

Al saber lo de la salida del colegio de la prima y lo del noviazgo con Yáñez, acontecimientos entre los que medió escasamente una semana, la Pillaruelo madre se escandalizó enormemente. ¡Qué gentecita aquella, Dios mío, y qué manera más fea tenían de hacer las cosas!

Las mujeres de la casa, sin excluir a la diminuta Maripú, estuvieron varios días muy intrigadas con quién podría ser el novio: sabían que era un señor muy rico y de mucha más edad que ella, pero no le conocían. Mas una mañana, como Senia pasease con la *carabina* por el andén izquierdo de la Castellana, ¡zas!, tropezóse con los novios, escoltados valientemente por la madre: hubo parada, presentaciones, aclaraciones y excusas de «ya iremos a veros», «ya os avisaremos», etc.; pero la guapetona morenita avalencianada no necesitó ni una palabra para salir de dudas. En seguida

reconstruyó el tipo: aquel señor era el mismo que, aquella tarde memorable, acompañaba a Lolín en el Cinema Iberia.

¡Vaya con la mosquita muerta! ¡Bien había sabido atraparle! Senia, al oir que su prima se casaba con un señor rico, pensó que sería algún viejales, pero en realidad era un buen tipo que no representaba su edad, y que a ella no dejaba de gustarle.

Hubiera deseado Senia encontrar un hombre así, pero la suerte no le ayudaba. Precisamente por aquellos días había terminado con el pollo que ahora la acompañaba al cine y, por cierto, no era el mismo de la tarde del encuentro con Lolín. Después de aquél había habido dos: todos se iban. Se conoce que a ella le faltaba mano izquierda para torearlos. O que empleaba demasiado pronto una y otra mano...

Cuando llegó a su casa, no pudiendo contar a su madre el encuentro del cine, a pesar de tratarse de asunto viejo, le contó a Maripú lo que acababa de descubrir. A la pequeña hasta entonces no le habían importado mucho estas cosas, pero hoy precisamente...

La noche antes le había ocurrido una cosa que la tenía inquieta, cambiada. En realidad llevaba unos días así, se notaba algo raro,

como un anhelo, como una curiosidad muy viva que le hacía mirar con indiferencia sus juguetes y despegarse un poco de su muñeca favorita, de aquella linda *Laly*, regalo de Lolín precisamente. Su mentalidad atrasada, que la hacía ser más niña de lo que le correspondía por la edad, parecía querer dar un salto y ganar el tiempo perdido.

Pues decíamos que la noche anterior se metió en la cama con *Laly*, cosa que hacía con cierta frecuencia; aquella tarde, a la salida del Príncipe Alfonso, un jovencito muy rubio y muy mono que había estado todo el tiempo de los entreactos comiendo pasteles y mirándola desde un palco frontero, la dijo por lo bajo, aprovechando la aglomeración:

—De buena gana te daba un bocado, nena.

Maripú no supo el significado exacto de la frase, pero desde luego no pudo creer que el tobillero rubio la confundiera con un pastel más. Lo del bocado debía ser para otra cosa. Y lo cierto fué que ahora, metida ya en la cama y apagada la luz, estrechaba contra sí el cuerpecito de *Laly* con más brío que otras veces, y notaba que los achuchones eran mayores a medida que la imagen del pollo pastelero se afianzaba en su imaginación.

El Señor Dios, que dicen que todo lo ve, era

testigo de que ella no había puesto nada de su parte, pero ocurrió que una de las piernecitas de la muñeca, en uno de los achuchones fué a colocarse en cierto paraje del cuerpecillo de Maripú que es de los pocos que la civilización y la moda actual no permiten a las mujeres mostrar en público. El pie de *Laly* se paseaba por allí a su sabor, y la chiquilla empezó a notar cierta complacencia en aquel paseo, complacencia que, al ir aumentando, la impulsó a mantenerlo allí, y aun a imprimirle ciertos movimientos rotatorios.

La nena no hubiera creído nunca que, además de los juegos inocentes a que ella de ordinario se entregaba con la muñeca, hubiera aquel tan dulce. ¡Qué lástima no haberlo sabido antes!

Era otra flor que se abría, siguiendo el destino de todas.

Y por estar ya casi abierta pudo atar cabos y darse perfecta cuenta de todo, cuando Senia le contó el encuentro que había tenido en el paseo de la Castellana. Alzando un poco la memoria evocaba la escalera aquella del cine y a su prima Lolín bajando muy juntita con un hombre, y evitando el saludarlas como para no tener que explicar nada. ¿Y aquél era este de ahora? Ya: luego el oficio de las nenas era el

de ser complacientes con los hombres que se les acercasen, como lo era la propia Senia que ahora le estaba hablando, y cuyos largos coloquios con los pollos que la acompañaban en los cines y en los paseos recordaba ahora Maripú con una clarividencia asombrosa para los detalles.

Sí, la realidad era así, y todas iban llegando a ella, empujadas por la fuerza misma del instinto; y aun se diría que cada generación llegaba más temprano.

La gente habla de la experiencia de las mujeres corridas, lagartonas que conocen al dedillo las flaquezas del macho y, en sus luchas con él, salen casi siempre adelante; pero Alfonso Yáñez había pensado muchas veces en aquellos días qué mujer experta y ya madura habría podido dominarle a él con el dominio total, absoluto, con que Lolín teníale secuestrada la voluntad. Y para llegar a ese resultado, la pequeña no había tenido que hacer nada más que dejarse ver, y mirar ella a su seductor con unos ojazos muy abiertos en los que brillaba una infinita curiosidad.

¡Apetecibles tobilleras! En ellas estaba todo, y no tenía la mujer ya hecha ni una sola cualidad que no hubiera existido en el cuerpo y en el espíritu de la doncella de doce años. Con el

pasar de éstos, aquellas virtudes y aquellos vicios se amplificaban, tomaban nuevas formas, pero el germen había existido en ellas desde el principio; y así como no hay madre, por cariñosa que sea, que trate a sus hijos con más ternura que una nena a sus muñecas, no hay tampoco coqueta, de esas que se creen refinadas y perversas, que sepa mirar con la coquetería de una menor de catorce años, o cruzar las piernas como las cruza una nena rubia cuando sabe que la están mirando.

Una moda sabia, poniendo a todas las mujeres—desde los cuatro a los ochenta años—las faldas a la altura de las rodillas, las ha convertido a todas en tobilleras; y eso son, en realidad, desde que nacen hasta que mueren; por lo menos lo más agradable que hay siempre en ellas es ese aire de nenas que quieren saber y, por lograrlo, no vacilan en arriesgarse en lo más peliagudo.

....

El día de la boda las tres primas de Lolín estaban desde primera hora en la iglesia de San Ginés.

Las acompañaba el padre; la madre, atacada de una neuralgia oportuna, no había podido presenciar el acto; en rigor era que le cargaba la ceremonia.

Los comentarios del público versaban sobre un solo tema:

—¡Qué joven es la novia!—decían todos.

Y una solterona, que había ido allí en clase de vecina de Lolín, y que llevaba ya presenciadas setenta y dos bodas en treinta años, puso este comentario a la relativa solemnidad de la fiesta:

—¡Hay que ver! Algunos padres se olvidan de todo con tal de casar a sus hijas: es un crimen convertir en mujer una criatura tan joven.

Aquella señorita no conocía el Código civil, uno de los libros más pornográficos que se conocen.

La morenita Senia, que actuaba de dama de honor y se había colocado lo más cerca posible de los novios, miraba la ceremonia con sus ojazos muy abiertos y sin perder ni un solo detalle. De manera que así como había obrado Lolín era como había que conducirse en este mundo para que los hombres no se le fueran a una de las manos; ella era más guapa que su prima, había tenido ya media docena de novios, y era algunos meses mayor. Y sin embargo, la prima se casaba y ella no.

Había, pues, que ser mosquita muerta; dejar que hicieran, no buscarlos; pero si se presentaban, trincarlos bien, fuera por donde fue-

ra..., aunque el sitio más seguro ya sabía ella cuál era.

Al salir de la iglesia y subir Alfonso Yáñez al coche con la que ya era su mujer, se fijó en un detalle del tocado de ésta en el que, aunque parezca mentira, no había parado mientes. Lolín, por primera vez en su vida, se había recogido el pelo en un moño; el traje de novia no consentía otra cosa.

Y Yáñez pensó con cierta melancolía:

—¡Ya empiezan los inconvenientes del matrimonio!

FIN



